

JUANA TABOR (1942)

HUGO WAST  
(Gustavo Martínez Zuviría)

## 200 años después de Voltaire

El 30 de mayo de 1978 fray Plácido de la Virgen se acostó tan fatigado que a duras penas alcanzó a rezar las letanías con que terminaba su rosario, y se durmió profundamente.

Debió parecerle deliciosa la tabla del camastro en que se tendía vestido conforme a la regla, y blando el leño mal desbastado de su almohada.

Estaba sin embargo en la edad en que el sueño es arisco, y el insomnio un compañero habitual. Había nacido el primer día del siglo XX; tenía pues 78 años. Su jornada comenzaba antes de la medianoche; el rezo de su breviario y algunas devociones le llevaban tres horas largas; la misa, media hora; el confesionario, a veces una hora, a veces cuatro o cinco o más si venían muchos penitentes que hablaran en latín o castellano, únicos idiomas que él conocía, ya que nunca pudo ni quiso aprender el esperanto, la lengua universal desde 1960.

A media mañana recibía las visitas de los que necesitaban sus consejos o sus socorros, en seguida del almuerzo frugalísimo de los gregorianos que seguían la regla de la Trapa; después un rato de lectura espiritual —que se convertía a menudo en una breve siesta— y todas las demás distribuciones de la comunidad. Salía poco, o más bien nada, de aquel viejísimo caserón que era su convento.

Ese día tuvo que predicar un largo panegírico de San Gregorio con motivo de haberse consagrado en su iglesia seis jóvenes sacerdotes, celebrantes de primera misa.

No serían muchos en el público que llenaba las tres naves los que entendieron su sermón, porque lo dijo en latín. De haberlo dicho en castellano lo habrían entendido menos aún.

Fray Plácido de la Virgen pertenecía a una de las más ilustres congregaciones religiosas, la de los gregorianos, que iba extinguiéndose como una lámpara que quema las últimas gotas de su aceite.

Después de haber tenido centenares de casas en el mundo pobladas con millares de frailes, ya no le quedaban más que tres o cuatro conventos agonizantes.

Como una inmensa higuera mordida por los siglos, sus ramas, antes frondosísimas, habían ido secándose sin que otros retoños brotaran de la vieja raíz.

Alguien pensaba que el mundo iba entrando en la época del enfriamiento religioso que precederá al fin de los tiempos, o al segundo advenimiento de Cristo conforme a las palabras del propio Jesús: “Cuando viniere el Hijo del Hombre, ¿os parece que hallará fe sobre la tierra?” Todavía sin embargo existían vocaciones: muchedumbres de jóvenes sentían el llamado a una vida más alta, sacrificaban su juventud, abandonaban la imperfecta libertad del mundo y compraban la libertad de Cristo que consiste en someterse para siempre a la voluntad ajena. Mas era para ingresar en otras órdenes religiosas, y sólo muy de tarde en tarde la iglesia de los gregorianos celebraba una fiesta como la de ese día.

Uno tras otro, como bueyes viejos, iban cayendo sus frailes en el surco de la inconclusa tarea, con muerte plácida y edificante.

Los ángeles se apoderaban de sus almas; sus compañeros, salmodiando el oficio de difuntos, tendían el cadáver sobre la misma tabla que durante tantos años fue su lecho; conforme lo dispone su regla le clavaban el hábito al contorno del cuerpo, y sin otro aderezo lo metían en una fosa recién cavada en la jugosa tierra del camposanto, para que bajo la sombra de piadosos cipreses se disolviera aguardando la resurrección de la carne. En una esquina de aquel terreno había un lapacho, gran árbol seco desde hacía doscientos años. Los frailes no volteaban su inmenso tronco inútil porque en sus ramas estériles se posaban las palomas de su campanario, y porque afirmaba una antigua tradición que ese árbol volvería a florecer en la primavera en que moriría el último papa, es decir en la víspera misma de la segunda venida de Cristo.

Acabada la ceremonia del entierro cada fraile volvía a sus trabajos, un poco más triste y algo más solo también, porque ningún novicio reemplazaba al difunto y su celda se convertía en un refugio de musarañas y murciélagos.

¡Con qué dolor fray Plácido de la Virgen, superior del convento, presenciaba la extinción de su orden!

Diez años, veinte años más y no habría nadie en el mundo para vestir aquel blanco sayal de lino que el fundador prescribió inspirado en el que describe Daniel en sus visiones: “ceñida la cintura con una banda de oro de Uphaz”.

Por ello, si a las cansadas presentábase un joven pidiendo el hábito, su viejo corazón cantaba un Tedeum.

Después de penosas alternativas, en que más de una vez el convento de Buenos Aires hubo de cerrarse, en aquel 30 de mayo de 1978 dijeron su primera misa seis nuevos sacerdotes, y entre ellos uno famoso ya por su austeridad y su talento.

Fray Simón de Samaria tenía treinta años al orde-narse. La dura regla gregoriana no apagó su espíritu. A pesar del cerquillo con que afrentaba su arrogante cabeza, cuando subía al púlpito las gentes quedaban pasmadas y presas de contagiosa emoción.

Fray Plácido lo contemplaba con amor y temblor, y al admirarlo se llenaba de indefinible angustia: “El corazón de un hombre”, afirma el libro santo, “anuncia a veces más cosas que siete centinelas sobre una altura”.

Por ello esa tarde, después de la ceremonia de la consagración, cuando juzgó que el joven sacerdote se hallaría solo, fue a su celda, lo besó en la mejilla y le dijo:

—¡Ya tienes las manos consagradas, hijo mío! Ya eres sacerdote del Altísimo.

—Sí, para toda la eternidad —respondió el joven.

—Escúchame en el momento más solemne de tu vida, ahora que eres tanto como un rey, porque el aceite de unción es una diadema.

El joven respondió con las palabras de Samuel pues sabía cuánto agradaban al superior los textos bíblicos:

—Habla, señor, que tu siervo te escucha.

—Yo he pedido largamente al Señor que suscitara en nuestra orden un hombre capaz de darle el brillo que le falta, a fin de que a la manera de otras órdenes que estuvieron a punto de extinguirse, renaciera, se multiplicara y llenase el mundo.

Fray Simón escuchaba a su superior con los ojos fijos en las baldosas y con las manos en las mangas sueltas del hermoso hábito.

—Como hizo reflorar Santa Teresa a las carmelitas y Ran cé a los trapenses, así anhelaba yo que alguien hiciera renacer la vocación gregoriana; pienso que Dios ha escuchado mi oración, porque cuando veo el influjo que tienen tus sermones sobre el pueblo no puedo menos de repetir el versículo del profeta con que la iglesia honra a San Juan Bautista en su vigilia: “He puesto mi palabra sobre tus labios”.

—Ecce dedi verba mea in oretuo —murmuró el joven fraile, para mostrar al viejo que recordaba el pasaje, y por su médula corrió un estremecimiento de placer.

El superior le miró intensamente, como si adivinase la falla de aquella magnífica armadura, y le dijo:

—Pero..., después de cada sermón enciértrate en tu celda, humíllate, disciplínate y suplica a Dios que te envíe un ángel para que te abofetee y no te deje caer en el orgullo secreto que Él castiga con otras tentaciones, según lo manifiesta San Pablo.

—Así lo haré —respondió mansamente fray Simón.

El superior lo miró con el rabllo del ojo y prosiguió:

—¡Ay de ti si no pudieras llegar a la humildad sino a través de las caídas! Ten por seguro que el Señor permitirá las más bochornosas tentaciones para que aprendieses cuán poco valemos sin su gracia.

—Eso ya lo sé, por mi teología.

—¡Quiera Dios que no llegues a saberlo por tu experiencia!

—Perdóneme, V. R. —replicó sorprendido el joven— pero dígame con franqueza: ¿ha encontrado algo en mí que le cause inquietud?

No era día de explicarse con demasiada precisión y el viejo fraile prefirió seguir hablando en general.

—En el voto de pobreza que has hecho como gregoriano debes incluir no solamente la renuncia a toda propiedad material, sino también a toda propiedad espiritual.

—¿Las virtudes son eso que V. R. llama propiedades espirituales? ¿Cómo puede renunciarse a las virtudes?

—Te diré: las virtudes producen un gusto, una delectación. La perfección está en renunciar a esos gustos espirituales que produce la virtud, porque a la corta o a la larga cautivan la voluntad y hacen creer que todo lo que contraría nuestros gustos espirituales es malo, y todo lo que los fomenta es bueno.

—Realmente —dijo fray Simón— recuerdo haber leído en algún tratado de mística que los gustos espirituales son a veces más peligrosos que los gustos corporales...

—Y yo estoy seguro —agregó fray Plácido— de haber leído en las explicaciones de Santa Catalina de Génova que a los gustos espirituales hay que huirles más que al diablo, porque enlazan al hombre. De ellos nace el amor propio espiritual con apariencia de bien, infinitamente más peligroso que el carnal, por ser la raíz de todos los males que puedan afligirnos en este mundo y en el otro. La rebelión de Lucifer y de sus ángeles no tuvo otra causa que el amor propio espiritual.

—Terrible cosa debe de ser ese amor, pero ¡cuán difícil no confundirlo con el celo por la gloria de Dios!

—Yo te enseñaré el secreto para descubrirlo infaliblemente.

—¿Cuál es?

—La obediencia; todo lo que hagas en virtud de la santa obediencia a tu regla o a las órdenes de tus superiores, es bueno. Todo lo que hagas contrariándola, así sea el sufrir martirio, es malo.

—Yo soy un hombre de deseos —dijo con melancolía el joven recordando las palabras del arcángel en la profecía de Daniel— y muchas veces yo mismo ignoro qué viento me arre bata.

Fray Plácido meneó la cabeza como diciendo: “¡Vaya si sabré yo lo que te pasa, hijo mío!”

Le palmeó cariñosamente el hombro y le repitió las palabras de Kempis:

—“No es santo todo lo alto, ni todo deseo puro. A veces nos mueve pasión y pensamos que es celo”... ¿Debo seguir hablándote, hijo mío?

—¡Hábleme, padre mío! —exclamó fray Simón con cierta inquietud, porque sentía que los ojos del viejo escudriñaban hasta el fondo de su alma.

El viejo prosiguió así:

—La piedra de toque de la virtud de un sacerdote es su absoluta adhesión al papa. Esa voluntad; mejor diré, ese sentimiento —porque el joven levita debe transformar en carne de su carne, en una especie de instinto, lo que al principio de su carrera pudo no ser más que una fría voluntad— esa adhesión a Roma es lo que lo hace un miembro vivo del cuerpo místico de Cristo.

—¿Cómo ha de ser y qué límites ha de tener esa adhesión?

—Debe ser ilimitada —contestó con presteza el viejo— desinteresada y silenciosa mientras no llegue el caso de pregonarla, porque entonces debe pregonarse aun a costa del martirio. Pero no sólo debe orientar tu acción exterior, sino también atar tus pensamientos...

—Mucho es eso —observó melancólicamente el joven.

Y el viejo prosiguió:

—Y todo lo que te aleje de ese sentimiento tenlo por una tentación diabólica.

—¿Todo? ¿Aunque sea una virtud?

—Todo, aunque te parezca una virtud, aunque sea la cosa más sublime de la tierra, aunque sea la promesa de una tiara, aunque sea la seguridad de una cruz.

—¿Y si se apareciese Cristo y me dijera: “Aléjate de Roma y sígueme”?

Fray Plácido reflexionó apenas un segundo y respondió sin titubear:

—Eso está predicho en el Evangelio, y será la señal de que el mundo va llegando a su fin. Tres evangelistas, Mateo, Marcos y Lucas, lo dicen con idénticas palabras “Vendrán muchos en mi nombre; si alguno os dijera: ‘El Cristo está aquí; el Cristo está allá’, no le creáis, porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas...” Y como ésta ha de ser la suprema tentación de los elegidos, Jesucristo, al ponernos en guardia, añade una advertencia: “Mirad que os lo he dicho de antemano...”

Después de un rato de silencio embarazoso el viejo reanudó su plática.

—La virtud primordial de un religioso —prosiguió fray Plácido— es la obediencia, porque, siendo hecha de humildad, encierra todas las otras. Obediencia no sólo exterior, que es aparente, sino interior, que significa la renuncia a la propia voluntad.

¿Y también a la propia opinión?

—Sí, también. Un religioso no realiza su fin sino cuando aniquila su personalidad y viene a ser como una gota de agua en el mar; sin dimensiones, ni límites, ni elementos exclusivos. Ella está en el mar y el mar está en ella.

—Así lo haré —respondió fray Simón blandamente.

—Escucha ahora una advertencia que no debes olvidar: sobre dos pilares se asienta la vocación del sacerdote; mientras ellos resisten el edificio se mantiene. Cuando uno de ellos afloja, el otro no tarda en ceder y todo se derrumba.

—¿Cuáles son esos pilares?

—Tú pensarás en otras cosas más grandes y en apariencia más sublimes. Para mí esos dos pilares son el rezo litúrgico y la devoción al papa, o con otras palabras, la oración disciplinada y la infalible humildad.

Fray Simón se estremeció, como aquel a quien de improviso le tocan una herida oculta. Luego se arrodilló y besó los pies del viejo, calzados de sandalias.

El superior se fue y él quedó solo en su celda, cuyas enjalbegadas paredes parecían teñidas de púrpura, pues por sus cristales, que daban al huerto, penetraban los rojos fulgores de un maravilloso crepúsculo.

Abrió la ventana y respiró a pleno pulmón el oreado viento de la tarde.

—Señor, Señor —exclamó, golpeándose el pecho a la manera del publicano—, me siento como Daniel, hombre de deseos: ¡vir desideriorum es tu! Tengo la conciencia de que llevo conmigo todas las energías de una nueva creencia. Mi misión es reconciliar al siglo con la religión en el terreno dogmático, político y social. Me siento sacerdote hasta la médula de los huesos; pero he recibido del Señor un secreto divino: la Iglesia de hoy no es sino el germen de la Iglesia del porvenir, que tendrá tres círculos: en el primero cabrán católicos y protestantes; en el segundo, judíos y musulmanes; en el tercero, idólatras, paganos y aun ateos... Comenzaré yo solo, en mí mismo, el perfecto Reino de Dios... Soy el primogénito de una nueva alianza.

La celda se llenó de azulada sombra. La campana, llamando al coro, lo sacó de su arrobamiento.

En el coro había seis frailes. Más tarde, en el refectorio, reuniéronse hasta doce entre profesos y coristas, y como fuese un día de gran fiesta, el cocinero añadió a las coles hervidas y a las lechugas con aceite, que formaban su ordinario sustento, un trozo de anchoa asada y un jarro de cerveza. Fray Plácido exultaba viendo aquel tímido reflorecimiento de su congregación. ¡Pluguiera a Dios que el arroyito que brotaba en el santuario se transformase en río caudaloso como el de la visión de Ezequiel!

Para descansar el cerebro fatigado, esa noche en la celda se puso a leer un libro en que se contaba minuciosamente la muerte de Voltaire, necio y desventurado personaje que en el espantoso trance interesábase más por el destino de su vieja osamenta, semiputrefacta ya, que por el de su alma inmortal. Leyó las artimañas de que se valió para que no se negara a su cuerpo la sepultura eclesiástica, que ansiaba sólo por la más inexplicable y contradictoria vanidad. Para lograr ese propósito llamó al confesor y consintió en firmar un documento retractándose de sus doctrinas.

Pero, como mejorase de esa enfermedad y recobrarla la salud, se arrepintió de su retractación, y temiendo recaer en ella si volvía a enfermarse, levantó en presencia de un notario una protesta contra una manifestación análoga que in artículo mortis pudiera arrancarle otro confesor.

Pasaron nada menos que treinta y cinco años; Dios lo esperaba con infinita paciencia. Se halló de nuevo en trance de muerte, y preocupado siempre por el destino de su cadáver, aceptó los auxilios de M. de Tersac —cura de San Sulpicio, su parroquia— y extendió la retractación de ritual, sin la que ningún sacerdote tenía facultad para absolverlo. Pero el cura sometió el caso al arzobispo, que no aceptó aquel documento redactado con demasiada astucia, y exigió algo más categórico. Voltaire, aprovechando una fugaz mejoría, empezó a chicanear. De pronto llegó de veras la muerte, y el filósofo expiró, no rodeado de flores y amigos y dialogando y sonriendo filosóficamente, según lo imaginaban sus admiradores, sino blasfemando; desnudo, porque su vientre inflamado no soportaba ni una hebra de hilo, y gritando que le dieran un estanque de hielo para aplacar la sed.

Tales llegaron a ser su tortura y su desesperación, que hundió las manos en el pus de su vejiga y se llenó la boca, mientras los circunstantes, su sobrina la Denis, su sobrino Villette, su criado Wagnières, sus médicos Tronchin y Lorry, transidos de horror, contemplaban la escena.

—Talis vita, finis ita —dijo el fraile yendo a cerrar el libro.

Se contuvo al ver una fecha: Voltaire había muerto el 30 de mayo de 1778, y esa noche se cumplía el segundo centenario

—¡Doscientos años! —exclamó el superior—. Sucesión inacabable de sufrimientos. Y sin embargo todavía su eternidad ni siquiera ha comenzado. ¿Qué misterios, Señor, los de estas almas a las que disteis más luz que a las otras y que os han blasfemado más? ¿Qué escondido deleite hay en el orgullo, que embriagó y perdió a la tercera parte de los ángeles?

Con estos pensamientos se puso a rezar, hasta que lo venció el sueño y se durmió.

Debió dormir apenas dos horas; un fuerte ruido le hizo abrir los ojos y vio por la ventana que aún no había salido la luna. Plena oscuridad en la huerta, y en su celda un resplandor extraño y un insufrible hedor.

Se incorporó en el camastro y estiró la mano hacia su pila de agua bendita. Lo paralizó una voz infinitamente dolorosa, que venía del rincón más alejado.

—Guárdate de tocar esa agua, porque me harías huir. Guárdate de pronunciar exorcismos, si quieres que te comunique los secretos del porvenir. Yo soy el desventurado filósofo cuya muerte viste escrita; un sabio a los ojos de los necios, y hoy un necio eterno a mis propios ojos... ¿Quieres oírme?

Fray Plácido alcanzó a ver la figura de un hombre desnudo, con las carnes calcinadas y consumidas; evidentemente, la figura de Voltaire.

—¡Habla en nombre de Cristo!

No bien pronunció esta palabra, oyó el crujir de aquellos huesos, los vio doblarse hasta arrodillarse sobre las baldosas y escuchó un lamento:

—¿Por qué lo llamaste? ¿No sabes que cuando suena ese nombre todos los habitantes del cielo y del infierno se arrodillan? Tú no puedes ni siquiera imaginarte el suplicio que es para mí, que solamente lo llamo “el Infame”, adorarlo cada vez que otros lo nombran con su verdadero nombre.

—¡Habla; no lo nombraré más! —dijo el fraile, temeroso de espantar aquella sombra a la que deseaba arrancar sus secretos.

Y al advertir el rictus de la desdentada calavera, le preguntó, perplejo:

—¿Te ríes, Voltaire?

—Esta risa es mi condenación. Yo he hecho reír a los hombres para que no creyeran en la divinidad del Infame. ¡Y yo creía! Creía y temblaba, sabiendo que un día nos encontraríamos frente a frente. Me sentía dotado de una inteligencia portentosa, mayor que la de todos los hombres después de Salomón, y pude elegir entre servir a Dios o alzarme con ella contra Él y ser su enemigo eternamente.

—Y dijiste, como Luzbel: ¡Non serviam!

—¡Sí! Y Él me dio, en cambio, larguísima vida, para que tuviese tiempo de arrepentirme.

—¿Y ahora te arrepientes de no haberla aprovechado?

—¡No! Arrepentirse es humillarse, cosa imposible en la miserable condición de mi alma. Si yo volviera a vivir, volvería a condenarme...

—¡Explícame ese horrible misterio!

—Durante sesenta años fui festejado y aplaudido como un rey. Poetas, filósofos, príncipes, mujeres, se pasaban de admiración ante la más trivial de mis burlas.

—¿Y tú, te admirabas también a ti mismo?

—Yo, a medida que avanzaba la vejez, tenía mayor asco del objeto de aquella admiración de hombres y mujeres, pues cada vez que abría mi boca, antes que ellos sintieran el rumor de mis palabras, yo olía el hedor de mi aliento. Pero si era nauseabunda la fetidez de mi boca, era incomparablemente peor la hediondez de mis pensamientos.

—¡Infeliz!

—Ellos me consideraban un semidiós y yo los despreciaba, sintiendo pudrirse mi carne, envoltura del alma inmortal. ¡Ay de mí! Durante 84 años esa carne, que iba disolviéndose, fue mi única defensa contra el Infame. Mientras yo, es decir, mi voluntad, subsistiera atrincherada en esa carne, podría seguir lanzando mi grito de guerra: ¡Aplastad al Infame!

—¡Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera! —exclamó, horrorizado, el viejo, sin pensar en las consecuencias de esa triple alabanza.

—¡Ay! —dijo Voltaire con indescriptible lamento; y otra vez se oyó el siniestro crujir de sus rodillas quemadas que se doblaron hasta el suelo; y se vio a la macabra figura postrarse de hinojos—. Éste es mi tormento mayor: ¡confesar su divinidad!

—In nomine Jesu —murmuró el fraile para sí mismo—, omne genu flectatur caelestium, terrestrium et infernorum.

Y añadió en voz alta:

—¿Acaso no temías a Dios?

—¡Oh, sí, lo temía! ¡Oh, miseria y contradicción de mi soberbia! Cuando pensaba en la muerte me aterraba, y hubiera dado mi fortuna, mi fama y mis libros por un solo grano de humildad, la semilla del arrepentimiento. Pero la humildad no es natural; es sobrenatural. Un hombre sin ojos podría ver más fácilmente que un hombre soberbio decir: “Pequé, Señor; perdón.” Ver sin ojos es contranatural; una fuerza natural puede modificarse por otra fuerza natural. Pero arrepentirse sin humildad es contra lo sobrenatural, infinitamente más allá de las fuerzas del hombre. Se necesita la gracia divina.

—¿Y, por ventura, Dios no te la dio?

—¡Sí, a torrentes! Pluguiera el cielo que no se me hubieran dado tantas gracias. Pues, al juzgarnos en esta sombría región, se tienen más en cuenta las gracias rechazadas que los pecados cometidos.

—¡Sigue, Voltaire! Te escucho con ansiedad.

El patriarca de Ferney prosiguió así, entre secos y horripilantes sollozos:

—Cuando uno ha rechazado obstinadamente durante veinte años, treinta años, medio siglo, los auxilios sobrenaturales de la gracia, Dios lo abandona a sus simples fuerzas naturales, la inteligencia y la voluntad. Yo veía mi destino si no me humillaba; pero humillarme habría sido un milagro. Y mi orgullo me embriagaba diciéndome que yo, hediondo y agusanado, podía por mi libre albedrío resistir a la gracia, complacerme en mi fuerza y luchar contra Dios. ¡Qué delirio, hacer lo imposible aun para las estrellas de los cielos y los mismos arcángeles: resistir a Dios! Tenía el frenesí de la blasfemia y del sacrilegio. Por burlarme del Infame comulgué muchas veces sacrílegamente delante de mis criados; y mis amigos me aplaudían y me imitaban. Y así llegué al día del espanto.

—La hora de la venganza —dijo el fraile, horrorizado—. Effunde frameam. Desenvaina tu espada, Señor.

—Así fue; llegó el turno de Dios, y desenvainó la espada sobre mí.

—Cuéntame tus últimos momentos.

—Los hombres no sospechan los misterios de esa hora, especialmente del postrer momento en que las potencias del alma, la memoria, el entendimiento, la voluntad, adquieren una agudeza inconmensurable.

—¿Cuánto dura eso?

—Supón que sólo sea un segundo; pero en ese segundo cabe mucho más que toda tu vida, por larga que fuera; allí cabe tu eternidad. En ese instante puede tu voluntad fijarle el rumbo. ¡Desventurado de mí! La obstinación de ochenta años, transformada en impenitencia final, es como un muro de bronce incandescente que rodea el alma y aguanta el último asalto de la misericordia, temblando, ¡oh, contradicción!, de ser derrotada, y espantándose de antemano de lo que será su propio triunfo. ¡Ay de mí! Yo triunfaba. Los rayos de la gracia se rompían sobre mi corazón como flechas de marfil contra una roca.

—¿Triunfa la gracia alguna vez?

—Millares de veces, porque es la virtud de la Sangre. ¡Cuántas retractaciones inesperadas, que quedan en el secreto del más allá! Pero si vieras la dureza de los que pecaron contra el Espíritu... de los desesperados, de los irónicos que por lograr un chiste arrojaron una blasfemia, de los que vendieron al orgullo su última hora, de los

apóstatas. Para asistir y vigilar la impenitencia final de éstos, el diablo abandona toda otra ocupación. Y se mete en sus venas y hay como una transfusión del orgullo diabólico en el alma del renegado.

—Los hombres no conocen las profundidades de Satanás —murmuró fray Plácido.

—Si el diablo pudiera arrepentirse, ése sería el momento de su conversión, cuando por fortalecer la soberbia de un alma se ha empobrecido de la suya transfundiéndosela. ¡Ay!, cuando se llega a esas profundidades, el alma se hunde voluntariamente en su destino.

—¿Voluntariamente? —interrogó el fraile.

—¿Te sorprende? Escucha: yo he firmado con mi propia mano mi eterna condenación. Y la volvería a firmar cien veces, con pleno discernimiento, antes de humillarme y decir ¡Pequé, Señor; perdóname!

—No cabe en mi mente —replicó fray Plácido aterrado— que sea verdad el que si volvieras a vivir volverías a merecer tu condenación.

—¡Sí, cien y mil veces! En el último instante de mi vida, cuando por aliviar mi sed me llené la boca de inmundas materia y arrojé aquel espantoso alarido que ha quedado en mi historia; cuando mis ojos se cuajaron, todos me creyeron muerto. Pero yo estaba vivo, arañando el barro podrido de mi carne que todavía, por unos segundos, me libraba de caer en manos de Dios.

—¿Todavía podías arrepentirte?

—Sí, Y se me apareció el Infame con su corona de espinas y las llagas abiertas en manos y pies; el pecho ensangrentado y un papel sin firma, que era mi sentencia. “Yo, que te redimí con mi sangre”, me dijo, “no la firmaré; pero te la entrego a ti para que tu libertad disponga.” Durante un segundo, en que vi mi pasado y mi porvenir, sopesé las consecuencias. Ya ni siquiera tenía que pedir perdón. El Infame se adelantaba a ofrecérmelo; bastábame aceptarlo confesando que pequé. El mundo ignoraría hasta el día del juicio mi retractación, y yo me salvaría. ¡Imposible! Durante sesenta años había combatido contra el Infame. Si ahora aceptaba su perdón, la victoria sería suya. Si lo rechazaba, yo, gusano de la tierra que no tenía más que medio minuto de vida, me levantaría hasta Él y haría temblar los cielos con mis eternas blasfemias. Pero era tal el horror de mi destino que vacilé. ¡Quién me hubiera dado un grano de humildad en ese instante!

—¿No lo habrías rechazado, acaso?

Voltaire guardó silencio y luego respondió, con voz cavernosa.

—¡Sí, lo habría rechazado! Entonces cogí la sentencia que Él no quería firmar, y yo fui mi propio juez y la firmé con esta mano que escribió La Pucelle y que ahora derrite el bronce... ¡Mira!

Voltaire alargó aquella mano que tantas blasfemias inmundas había escrito con extrema agudeza y rozó un candelero de bronce, en una alacena de la pared.

El duro utensilio se derritió como se habría derretido una vela puesta en la boca de un horno. Las gotas del metal cayeron sobre las baldosas y allí se aplastaron.

—Sabe, pues —prosiguió Voltaire— que ninguna condenación lleva la firma del Cordero. ¡Todas llevan la nuestra!

Sonó una campana. Voltaire se estremeció.

—Las campanas meaterran. Todo lo que mide el tiempo me aterra. Un año. Diez años. Doscientos años. ¿Cuándo se acabará el tiempo y empezará la eternidad desnuda?

—¿Cuándo? —interrogó el superior— ¿Acaso no se divisan ya las últimas etapas del Apocalipsis? ¿No ha saltado ya el sexto sello del libro de los siete sellos?

La luna brillaba entre los cipreses de la huerta. Voltaire miró hacia las cruces plantadas en la tierra a la cabecera de los muertos en el Señor, y volvió los ojos con angustia.

—Un día no lejano florecerá el lapacho en el fondo de la huerta; y se levantarán los muertos a recibir a su Señor; tú, que no morirás hasta su venida, subirás con ellos los resucitados en los aires, para acompañar al que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Pero antes... —se detuvo.

El fraile temió que se callara en el momento de la revelación, y lo instó con estas palabras:

—Antes habrá venido el Anticristo...

—Sí —exclamó Voltaire con diabólico entusiasmo—. Ésa será la época en que el Infame será vencido en el catolicismo y en sus santos... Vosotros los frailes creéis invencible al catolicismo. ¡No! ¡Sabe que será vencido!

—Ya lo sé —respondió fray Plácido— es de fe que será vencido, mas sólo por un tiempo. El Apocalipsis anuncia que la Bestia del Mar, o sea el Anticristo, dominará todos los pueblos, lenguas y naciones, y hará guerra a los santos y los vencerá, lo cual le será permitido durante cuarenta y dos meses. Pero, ¿eso tardará mucho todavía? ¿Quiénes se equivocan: los que creen que faltan miles y miles de años para la venida del Anticristo, o los que creen que estamos ya tocando su reino?

—¿Tú qué crees?

—Yo creo —respondió fray Plácido— que el Anticristo vendrá pronto, y que esa venida ocurrirá antes del período de paz religiosa durante la cual el diablo estará preso y atado con una gran cadena y encerrado en el abismo.

—¿No sabes que esa no es la opinión de la mayoría de vuestros intérpretes?

—Sí, lo sé —dijo el fraile—. La mayoría de los intérpretes modernos sostienen que el fin del mundo aún dista millares de siglos, y que el Anticristo vendrá en las vísperas del día grande y horrible del Señor, cuando Satanás salga de su prisión y sea desatado por un poco de tiempo. Pero yo pienso lo contrario: que aunque el mundo pueda físicamente durar millones de años, la humanidad está ya próxima a conocer al más grande enemigo de...

—¡No lo nombres! Ya te comprendo.

—Y que ese enemigo, que llamamos el Anticristo, será una persona; un hombre de perdición, como dice San Pablo, y no una sociedad ni una secta, como sostienen algunos.

—Piensas con verdad: será un hombre, pero no estará solo; se encarnará en una orden religiosa cuyo superior será su falso profeta.

—¿Qué orden?

—Dentro de diez años lo adivinarás sin que yo te lo diga.

—Y creo —prosiguió el fraile— que los judíos lo recibirán como al Mesías, y por lo tanto que su venida será antes de la conversión de los judíos, en medio de una gran persecución de todas las naciones contra el pueblo de

Israel. De modo que la verdadera señal de la aproximación del Anticristo no será la persecución universal de los cristianos, sino la persecución de los judíos.

—¡Esa es la verdad! —dijo Voltaire.

—Y pienso también que esto ocurrirá pronto, y que sólo después de la muerte del Anticristo se convertirán los judíos y Jerusalén será restaurada, con un rey de la estirpe de David.

—¡Así será! —confirmó Voltaire

—¿Está pues próximo a nacer el Anticristo?

—Ha nacido ya.

—¿Dónde? ¿De qué raza? —interrogó ansiosamente fray Plácido; pero la desconfianza lo turbó—. ¿Cómo voy a creerte, si eres hijo de la mentira?

—El Señor me manda decir verdad: el Anticristo, que nació en 1966, es de la tribu de Dan; y lo proclamarán su rey no solamente los judíos, sino también los musulmanes.

—¿Será grande su imperio?

—Sí: el número de sus jinetes será de doscientos millones, según el cómputo del Apocalipsis.

—¿Y su capital cuál será?

—La ciudad de su nacimiento, la mayor y más gloriosa y más santa ciudad del mundo.

—¿Jerusalén, entonces?

—No: Roma.

—¿Roma, cuna y capital del Anticristo? —exclamó estupefacto el fraile—. ¿Por qué, pues, los intérpretes dicen que nacerá en Babilonia?

—Roma es Babilonia. Vuelve a leer el final de la primera epístola de Pedro Apóstol y hallarás la explicación. Todo está en las Escrituras. Todo está profetizado.

—Sí —dijo el fraile—. El profeta Amós ha dicho: “El Señor no hará nada que no haya revelado a sus siervos los profetas.” Pero los intérpretes disputan sobre el sentido de las profecías. Centenares de años han pasado discutiendo lo que simbolizan las siete cabezas de la Bestia del Mar, que tienen diadema... ¡Explícame eso!

—Está en el Apocalipsis, y tú lo sabes. Son siete reyes, que lo han sido, materialmente o moralmente, por la influencia que ejercieron entre los hombres. Cinco de ellos pasaron ya: Nerón, Mahoma, Lutero; el cuarto fui yo, y el quinto Lenin.

—¿Y los que no han pasado todavía?

—El sexto ya es: el emperador del Santo Imperio Romano Germánico...

—Pero ni ese imperio ni ese emperador existen. Hay un Imperio Romano sobre el cual manda Carlos Alberto, y hay un Imperio Germánico que tiene por soberano a Adolfo Enrique.

—Antes de diez años no formarán más que uno —respondió Voltaire—. Berlín y Roma serán ciudades de un solo imperio, bajo el cetro del sucesor de Adolfo Enrique, quien preparará el advenimiento del séptimo rey, que será rey de Roma, el undécimo cuerno del Dragón...

—¡El Anticristo!

—Yo volveré a visitarte dentro de diez años y dentro de veinte.

—¿Y yo estaré vivo aún? Piensa que he nacido el primer día de este siglo.

—Tú, que vives ahora bajo el Pastor Angélico, verás pasar como ondas de un río a los últimos papas, a Gregorio XVII, a Paulo VI, a Clemente XV. Tú concurrirás al cónclave que elegirá a León XIV, judío, hijo de Jerusalén, convertido al Infame y bajo cuyo reinado se convertirán los judíos, y tú verás florecer el lapacho y al último Papa, Petrus Romanus.

Fray Plácido escuchaba y temblaba.

—¿Seré cardenal, por ventura?

—No necesitarás serlo. Reinará en Roma la sexta cabeza, que hará morir a un papa; y tú habrás conocido a la Bestia de la Tierra, el falso profeta del Anticristo, y vendrá la hora de la séptima cabeza, que será una mujer, y del undécimo cuerno, el rey de los romanos, el propio Anticristo.

—¿Y la orden gregoriana existirá entonces?

—Dentro de diez años te contestaré. Te baste saber que de la orden saldrá un astro resplandeciente, cuyo nombre está en el Apocalipsis. ¿Podrías descubrirlo?

—¡Ajenjo! —murmuró fray Plácido con un hálito de voz.

—¡Creí que no fueses capaz de nombrarlo!

¿Por qué el superior de los gregorianos dijo aquel nombre, que significa en el Apocalipsis una estrella caída?

¿En quién pensó? ¡En nadie! ¡Dios era testigo de que en nadie pensó!

Para aturdir su inquietud se puso a repetir el texto del Apocalipsis. “Y el tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella ardiendo como un hacha; y cayó en la tercera parte de los ríos y en la fuente de las aguas. Y el nombre de la estrella es Ajenjo, y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajeno y murieron muchos hombres que las bebieron, porque se tornaron amargas.”

Aquel símbolo había sido interpretado como alusión al fraile apóstata Lutero, cuyas doctrinas envenenaron a tantos millones de hombres.

¿Podría aplicarse 500 años después a otro personaje? Quiso pedir aclaración pero Voltaire había desaparecido. La puerta de la celda estaba cerrada. Por los vidrios de las entornadas ventanas llegaban torrentes de luna.

Fray Plácido abrió de par en par la puerta y la ventana, porque el hedor de la habitación era insufrible.

—¡Qué extraño sueño! —se dijo cogiendo un hisopo y rociando con agua bendita el suelo y las paredes.

Era noche de plenilunio. Todo aparecía envuelto en un cendal de plata. No había para qué encender la luz.

Se acodó sobre el alféizar y respiró a pleno pulmón el aire sutil y purísimo. Contó dos, tres, cinco cruces entre los matorrales; vio las ramas yertas del lapacho, sintió sueño y se recogió. Pero al encaminarse a la tarima su pie tropezó con un obstáculo. Se agachó; era una plasta de bronce fundido.

—¡El candelero! —exclamó con espanto.

Se santiguó, se acostó de nuevo y se durmió en el acto.

Ya en las campiñas lejanas cantaban los gallos presintiendo el alba.

## El Satanismo

Pasaron efectivamente diez años. Fray Plácido de la Virgen cumplió los 88 en pleno vigor mental y físico, Tal vez los que le veían de tarde en tarde notaban que se iba encorvando y que se dormía más a menudo en la lectura o en el coro.

Las vocaciones gregorianas no aumentaban; la orden parecía condenada fatalmente a la extinción. Sin embargo, la fama de fray Simón de Samaria crecía como las olas en la pleamar. Llamábanlo a predicar de los puntos más remotos de la tierra. En todas partes del mundo se le escuchaba por radio y se le veía por televisión; pero a las gentes no les bastaba televerlo o teleoírlo, y querían sentirlo cerca y departir con él.

Sus sermones se entendían por igual en Buenos Aires que en Moscú, Nueva York o Pekín, pues predicaba en esperanto, el idioma universal inventado por el lingüista judío Zamenhof y adoptado por todas las naciones, que abolieron bajo severas penas los demás idiomas, contrarios al espíritu de unión que pregonaba la humanidad.

El inglés, el castellano, el ruso, el árabe, el griego, el japonés, el chino, eran ya lenguas muertas.

Apenas las hablaban algunos viejos incapaces de aprender el esperanto, y algunos eruditos autorizados por los gobiernos para estudios literarios. Solamente la Iglesia Católica se negó a acatar la innovación, y mantuvo el latín como su lengua oficial; esto dio al idioma de Horacio una difusión enorme, ya que muchísimos católicos lo aprendieron por no usar el esperanto, la lengua que hablaría el Anticristo.

Ocurrió, pues, que para llegar al corazón del pueblo fue indispensable que los predicadores aprendiesen el esperanto, y fray Simón de Samaria llegó a hablarlo con tal fluidez y elegancia que se le consideró un clásico en ese idioma.

En cambio fray Plácido de la Virgen no lo habló nunca, excusándose con su avanzada edad, y fue aislándose de la gente tanto, que en los últimos años no pudo alternar sino con los que sabían latín y con tres o cuatro viejos amigos seglares que no abandonaron su castellano. Los demás no le entendían.

Muchas otras novedades advertíanse en las vísperas del año 2000. La higiene y la ciencia de curar las enfermedades habían progresado de tal modo que se logró duplicar el promedio de la vida humana, y con frecuencia se hallaban viejos de edad asombrosa en buena salud.

Se había descubierto la manera de rebajar el tono nervioso del organismo y hacer que el reposo del cerebro y del corazón fuera absoluto durante el sueño, como lo hacen los faquires. De este modo la tercera parte de la vida, que se pasa durmiendo, transcurría sin desgaste orgánico, con lo cual se prolongaba la existencia. Esto contuvo por algún tiempo la despoblación gradual del mundo, aunque no lo rejuveneció, porque el decrecimiento de la natalidad alcanzó cifras pavorosas.

A principios del siglo XX nacían en Europa 38 niños por cada 1.000 habitantes y morían 28 personas: el saldo era de diez por mil en favor del crecimiento de la población.

Ciento treinta años después, en 1930, nacían 19 y morían 14. El aumento se redujo a la mitad.

Medio siglo después, en 1980 —a poco de la aparición de Voltaire, que pasó por haber sido una pesadilla de fray Plácido— el promedio de nacimientos en todo el mundo no excedía de 3 por cada 1.000 habitantes, y las muertes eran 7. Es decir, la humanidad perdía cada año 4 habitantes por cada 1.000.

El globo, que durante sesenta siglos, desde los tiempos de la primera pareja humana, había visto siempre crecer su capital de sangre de carne y de cerebro, comenzó a perder cada año unos diez millones de habitantes. Este era el resultado de una tenaz y escandalosa propaganda malthusiana que se efectuaba so color de ciencia, explotando el miedo al hijo, que complica la vida y absorbe los recursos que sus padres hubieran podido destinar a sus placeres.

Desacreditáronse como anacrónicos los hogares donde nacía más de un niño. Se ridiculizaba a los padres de dos o tres criaturas. Un hijo era motivo de lástima; dos, causa de desprecio; tres..., más valía atarse al cuello una piedra de molino y arrojarlo al mar.

En las naciones de antigua cultura y de viejos vicios se puso de moda la esterilización por mutuo consentimiento de los recién casados, amén de la esterilización obligatoria al menor indicio de enfermedad orgánica.

Alemania, que en 1940 llegó a 85 millones de habitantes, medio siglo después no contaba más que con 60 millones, entre los que predominaban los individuos de 50 a 150 años y escaseaban los niños. El poderoso imperio germánico empezaba a secarse como la vid mordida por la filoxera. ¡Eugenesia! Idéntico fenómeno advirtiéndose en otras naciones de mucha instrucción y poca religión.

Francia, en la que se había restaurado el trono de San Luis, empezaba a rehacer su población de 20 millones de habitantes, en su mitad viejos. Inglaterra a duras penas se mantenía en los 30. Estados Unidos había caído por abajo de los 80. ¡Malthus!

Sólo Italia, que conservaba la fecundidad —esa única bendición de que la sociedad humana no fue despojada ni por el pecado original, ni por el diluvio—, alcanzó a contar doscientos millones de habitantes en todo el imperio, que tenía provincias en Europa, África, Asia y Oceanía.

El Japón también era fecundo; aspiraba a reconstruir el imperio mongólico de Gengis-Khan, y dominaba ya la mitad del Asia.

El imperio del Brasil se extendía desde las bocas del Orinoco, límite de la Gran Colombia, hasta el Río de la Plata, y se había apoderado de la Banda Oriental y el Paraguay, con lo que redondeó una población de 150 millones de habitantes, dueños de las más fértiles y variadas comarcas del globo.

En el norte de América del Sur existía la Gran Colombia, formada por Panamá, Colombia, Venezuela y Ecuador; y en el Pacífico, el imperio de los Incas, constituido por Perú y Bolivia.

Alsur de América estaba el pequeño reino de Chile, regido por la dura mano de un rey aliado del Brasil que aspiraba a ensanchar sus dominios, y la República Argentina.

El mapa argentino había sufrido graves modificaciones a raíz de una de las grandes guerras europeas.

Chile obtuvo la soñada salida al Atlántico, toda la Tierra del Fuego, la gobernación de Santa Cruz y las islas Malvinas que las naciones europeas no pudieron conservar.

La Argentina no estaba en condiciones ni de fruncir el ceño, y se resignó. Y según decían los estadistas, podía considerarse satisfecha de que no le hubieran quitado más tierras al sur y de conservar al norte dos provincias que podían haberle disputado los vecinos.

Finalizaba el mes de mayo de 1988...

Pero ya ni en Buenos Aires ni en ninguna parte del mundo se decía mayo. Entre tantas cosas reformadas, estaba el calendario.

El año tenía ahora trece meses de 28 días.

La reforma fue resuelta en 1955, quince años después que la Sociedad de las Naciones de Ginebra se disolvió a orillas del lago de su propio nombre, cuando comenzó la guerra entre las naciones que se llamaban a sí mismas del Nuevo Orden y las que se decían de la Democracia. Terminada esta guerra hubo tres lustros de paz. Los diplomáticos se aburrían en el ocio y las señoras de los príncipes también. Un día de aburrimiento, las cuarenta esposas de los cuarenta primeros ministros de las naciones más adelantadas tomaron sus aviones, que marchaban a la velocidad de 1.200 kilómetros por hora, y se apearon en una isla del archipiélago de las Carolinas, la isla de los Ladrones, en el Pacífico, donde se habían reunido los financieros para crear una moneda internacional en reemplazo del oro.

Mientras ellos hacían esto, ellas abolieron el calendario gregoriano, que fastidiaba a los negociantes con sus meses irregulares; uno de 28, otros de 30 y otros de 31 días.

La verdad es que desde tiempo atrás algunas grandes empresas en los Estados Unidos se regían privadamente por un calendario de 13 meses, cada uno de cuatro semanas, con un día blanco al final del año, que eran dos en los años bisiestos.

Algo parecido al calendario inventado por el filósofo positivista Augusto Comte, que llamó a los trece meses con el nombre de sabios y héroes civiles.

En este punto el congreso de las cuarenta esposas anduvo dividido, pues cuando se trató del mes de junio —al cual Comte llamó San Pablo— se originó enconada disputa. Todas estaban conformes en llamar al segundo mes Homero y Bichat al decimotercero, aunque ignoraban quién fuese el uno y el otro. Pero San Pablo no les sonaba bien para tan alto honor.

Con el fin de evitar la discordia, las cuarenta esposas resolvieron prescindir de los personajes históricos, y denominaron a los meses con los nombres que les dieron los Caballeros Templarios en la Edad Media: nisan, tab, sivan, tammuz, aab elul, tischri, marshevan, cislev, tabeth, sehabet, adar, veadar; denominaciones usadas por los judíos desde hacía miles de años. Se prescindió de bautizar los días de la semana, y se les llamó por su número de orden: el primero, el segundo, etcétera, con excepción del sábado, que conservó su nombre.

El año se iniciaba con el primer día de la primera semana del mes de nisan, y para comenzar los cálculos de la nueva época, se eligió el 29 de marzo de 1955, dos semanas antes de la Pascua.

Desde ese día empezaron a contarse los años por el nuevo sistema, y terminaban el sábado de la cuarta semana del mes de veadar, o sea el día 364 del año. El 365 era un día blanco, que no pertenecía a ninguna semana ni mes, y fue fiesta universal como la antigua Navidad del Señor.

Diez años después, en 1965, una revolución sindiosista estalló en Rusia, que había vuelto al régimen capitalista, y barrió las naciones como una tromba de fuego. Aniquiló toda idea de justicia, de bondad y de belleza; pulverizó las más preciosas joyas del arte de los siglos, y en cinco años que duró amontonó cien millones de cadáveres, haciendo pensar a los creyentes que era el comienzo de los dolores, *initium dolorum*, palabras con que Jesús llama a las primeras señales del fin del mundo.

Poco a poco la humanidad fue saliendo de aquel lugar apocalíptico, donde los caballos se hundieron en sangre hasta las bridas; la Providencia suscitó para cada nación un jefe, casi siempre un soldado joven —los viejos, decían, sólo pueden ser médicos o sacerdotes—, y ese hombre restauró las jerarquías, abolió las libertades de lujo, a fin de que los hombres pudiesen gozar de los derechos esenciales: derecho de no ser asesinado, derecho de trabajar sin ser esclavo de los sindicatos, derecho de ser padre de sus hijos, derecho de ser hijo de Dios. El mapa del mundo cambió otra vez de colores; las pequeñas naciones se convirtieron en provincias de los grandes imperios.

Pero toda revolución deja en las costumbres alguna invención, a la manera de esas granadas que no estallaron y que los ladrones recogen en los sembrados y olvidan al lado del camino, hasta que un día un niño jugando las hace reventar. Aquella revolución, a pesar de que fuera vencida por la reacción de unos pocos dictadores, afianzó y legó a los nuevos imperios el esperanto, el año de trece meses y la moneda universal de papel.

La Iglesia Católica, que había resistido a las innovaciones, sólo aceptó la moneda universal de papel (el marx), que destruyó la estúpida idolatría del oro; pero siguió rigiéndose por el calendario gregoriano y hablando su hermoso latín.

Finalizaba, pues, el mes de mayo de 1988, y era la noche del primer día de la tercera semana del mes de sivan cuando resonó la viejísima campana del convento llamando a los frailes para las oraciones del alba, que ahora se decían a la medianoche.

El gobierno argentino, de estirpe sindiosista, toleraba la religión católica, a fin de demostrar que se respetaba la libertad de conciencia; pero sólo permitía la existencia de una orden religiosa, la de los gregorianos, especulando con su próxima extinción, y mandaba que los oficios religiosos se celebrasen entre las 12 de la noche y las 3 de la mañana, para hacer más difícil el asistir a ellos.

Al oír la campana fray Plácido se incorporó en la tarima, se santiguó, y se echó al suelo.

Una fría y espléndida luna hacía resplandecer los cachos de vidrios incrustados en el filo de las tapias antiquísimas que circundaban al convento.

El fraile abrió su postigo y vio cosas espeluznantes en aquel camposanto donde sus antiguos hermanos de religión dormían bajo la tierra, aguardando la trompeta del ángel que los llamaría a juicio.

Era el camposanto una sombría huerta, abandonada a las hierbas silvestres desde siglos atrás por falta de hortelanos.

Y entre aquellos matorrales, viniendo del fondo, apareció una bestia rarísima.

Fray Plácido se ajustó los espejuelos, temiendo que sus ojos lo traicionaran.

—¿Señor, Dios de los ejércitos! ¿Qué animal apocalíptico es éste?

Al mismo tiempo un torbellino como de cuatro vientos encontrados zamarreaba con furia la arboleda, sin que ni una brizna llegara hasta él.

—¿Estoy soñando, por ventura? —se dijo, y repitió un versículo del profeta Joel leído en la misa de uno de esos días: *Senes vestri somnia somniabunt* (“Vuestros ancianos tendrán sueños”) lo cual sería signo de los últimos tiempos.

Aquella bestia era evidentemente un león, pero tenía alas de águila. De pronto perdió las alas, se irguió y semejóse a un hombre.

Tras ella surgió otra, como un oso flaco y hambriento que había encontrado una horrible pitanza entre las tumbas, pues venía devorando tres costillas.

Ambas fieras se pusieron a la par, aliándose, y dieron la cara hacia el camino, por donde apareció una tercera, manchada, como un leopardo fortísimo con cuatro cabezas.

Y casi pegada a ella una cuarta bestia no semejante a ninguna en la tierra, que tenía dientes de acero que relumbraban como sables bajo la luna, y pies tan poderosos que pulverizaban los cascotes y pedruscos del suelo.

Y este cuarto animal ostentaba diez cuernos, entre los que brotó un cuernito, que creció y se transformó, y tuvo ojos de hombre y boca soberbia y desdenosa.

Fray Plácido cerró los ojos y se apartó de la ventana; comprendió que se repetía ante sus ojos la visión que Daniel vio el primer año de Baltasar, rey de Babilonia, y que las cuatro bestias prefiguraban los cuatro imperios que existirían en los últimos tiempos; y destruidos ellos, vendría Cristo sobre las nubes a juzgar a los vivos y a los muertos.

Volvió a mirar y pensó que la primera bestia figuraba a la masonería, sembrada en el seno de muchas naciones y aliado secreto del oso de Satania, que devoraba tres costillas; éstas eran Escandinavia, Turquía y la India. El poderoso leopardo no podía ser sino Inglaterra, y sus cuatro alas y cuatro cabezas, el símbolo de sus aliados y dominios.

En cuanto a la bestia sin parecido con ninguna y armada de diez cuernos, discurrió que fuese el judaísmo, que es como un Estado dentro del organismo de muchas naciones, a todas las cuales rige y domina secretamente.

¿Y aquel cuernito que nacía entre los otros diez y se criaba con ojos de hombre y boca altanera, que luchaba y vencía a los diez...?

¿Un nuevo imperio? ¿Acaso el Anticristo?

En ese instante oyó la horripilante voz de Voltaire, que diez años atrás se le presentara en noche parecida.

—Te prometí volver —le dijo— y aquí estoy.

—Ninguna de las cosas que me anunciaste se ha cumplido —le contestó el fraile con displicencia, mas sin echarle agua bendita, porque quería arrancarle sus secretos.

—No ha llegado el tiempo todavía..., faltan diez años..., doce años... No más de quince años...

—¿Faltan para qué?

—A su tiempo lo verás.

—Me anunciaste que ya había nacido el Anticristo...

—Y no mentí. Hoy es un mozo de veinte años, que se prepara en el estudio de las ciencias y de las artes para el más tremendo destino que pueda tener un mortal.

—¿Dónde vive?

—No puedo revelártelo.

—¿Quiénes son sus maestros?

—El diablo, por medio de talmudistas y faquires.

—Algunos teólogos sostienen que estará poseído de Satanás y que no será moralmente libre, sino determinado fatalmente al mal. ¿Es verdad eso?

—No es verdad. El Anticristo es moralmente libre; podría hacer el bien si quisiera, pero su orgullo es infinitamente mayor que el de cualquier otro hombre. Yo mismo, en su comparación, fui un pobre de espíritu...

—¿Tiene ángel de la guarda?

—Sí, como todos los hombres. Y también, como todos los hombres, tiene un demonio tentador especial, que es el más alto en la jerarquía infernal; como no lo ha tenido nadie, ni Nerón, ni Lutero, ni yo; es el propio Lucifer.

—¡Desventurado mozo! —exclamó el fraile—. ¿Por ventura podría salvarse?

—Sí. La sangre del Infame lo ha redimido también a él. Pero su obstinación es tan grande que, aun reconociendo que el Mesías es Hijo de Dios, si lo encontrara, con sus mismas manos lo clavaría de nuevo en la cruz.

—¿Y tiene conciencia de su destino?

—¡No! Ni Satanás, antes de su caída, tuvo conocimiento de su futura condenación.

—San Pablo dice del Anticristo que poseerá todas las seducciones de la iniquidad... ¿Realmente es tan hermoso?

—El más hermoso de los descendientes de Adán. Nadie puede compararse con él. Hombres y mujeres enloquecerán cuando lo vean. Aunque es joven, tiene ya todos los vicios imaginables; la ambición, la crueldad, la impudicia; y sin embargo, quienes lo tratan lo creen dotado de las mayores virtudes, tan hábil es en la simulación.

—¿Cuándo comenzará su reinado universal?

—Cuando florezca el árbol seco.

—Voltaire... ¿sufres?

—Hace diez años te dejé una señal. ¿Acaso creyó nadie en ella?

—No; los que vieron fundido mi candelero de bronce lo atribuyeron a un rayo o a un experimento a distancia.

—¿Ves mi mano? Voy a estamparla en la pared.

La doliente sombra se volvió al blanco muro y lo tocó apenas con la palma abierta, y en el acto se derritió el revoque hasta la profundidad de un centímetro.

—¡Infeliz de ti! —dijo el viejo con horror.

—Piensa que todavía me hacen misericordia, y que si no me contuviera la Omnipotencia, yo mismo, por el peso de mi propia obstinación, me hundiría en mares de fuego que sólo conocerá el Anticristo.

—¿No puedo hacer nada por ti?

—Pasó el tiempo en que yo pude hacerlo todo con sólo una lágrima, y no quise. Y ahora nadie puede hacer nada; y si alguien pudiera, yo no querría.

—¿Me permites que te pregunte algo?

La sombra se inclinó.

—¡Pregunta!

—He visto en la huerta...

—Ya sé; la visión de Daniel.

—¿Qué naciones significan esas bestias?

—No son naciones; son las cuatro doctrinas máximas que al fin del mundo se aliarán para combatir al Infame.

—¿Cuáles son?

—Judaísmo, islamismo, paganismo y racionalismo o, como se le llama ahora, liberalismo. Esta última es la bestia de los diez cuernos, porque ha engendrado diez errores; y el undécimo, que acabará con los otros diez y luchará contra el Infame, frente a frente.

—¿Cuál es?

—La más tenebrosa maquinación que hayan podido inventar los hombres bajo la inspiración inmediata del diablo para ir preparando las vías del Anticristo... El racionalismo, que yo engendré, a su vez engendró el ateísmo, del cual ha nacido la postrera religión de este mundo: el satanismo... Dentro de diez años volveré.

La sombra del réprobo desapareció con estas palabras.

Durante muchos días en la cal de la pared se vio la marca negra de una mano huesuda; pero nadie quiso creer en la señal.

Pensaban que fray Plácido chocheaba, y algunos juraron haber visto esa mano desde hacía mucho tiempo, desde que una vez restauraron la celda y un albañil se apoyó distraídamente en el revoque fresco.

## Los jenízaros del satanismo

En tiempos de Solimán el Magnífico, que llevó los negros estandartes de Mahoma desde el mar de la India hasta el estrecho de Gibraltar y dio de beber a sus caballos en todos los ríos desde el Danubio hasta el Éufrates, disponían los musulmanes de tropas jóvenes, especialmente adiestradas para hacer guerra sin cuartel a los cristianos.

De un valor ciego y cruel, aquellos soldados con entrañas de hiena eran hijos de cristianos. Cautivos, arrebatados a sus hogares por los islamitas y conducidos a Constantinopla, allí olvidaron su lengua y su religión y fueron la flor de los ejércitos del sultán.

Una educación ingeniosa y nefanda, que mezclaba los deleites orientales con los ejercicios más viriles, logró transformar aquellas almas bautizadas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en los más implacables enemigos de la Cruz.

Los llamaron Yeni-Cheri, o sea “milicia nueva”, especie de soldados que el mundo no conocía; y de allí hemos sacado la palabra jenízaros, expresión brillante y dolorosa para las imaginaciones cristianas.

Por análogo modo, en Rusia, o mejor dicho en Satania, cuando el comunismo desapareció desplazado por el sindiosismo, que sabía que el verdadero fondo de toda gran revolución es una pasión religiosa, los jefes concibieron el diabólico plan de formar batallones escogidos con las decenas de millares de niños españoles que sus corifeos, durante la guerra civil en España, arrancaron a sus hogares católicos y enviaron al extranjero, so pretexto de salvarlos de la muerte o del hambre, y en realidad para vengarse de sus padres, que combatían en las filas nacionalistas.

El diablo, en siglos de siglos, no ha podido inspirar un crimen más ruin y perverso que aquella razzia de niños robados y desterrados de su patria.

Nunca más sus desolados padres volvieron a verlos. Aquellos millares de niños, de cuatro, cinco, seis años, fueron en Rusia objeto de la más tenebrosa vivisección de almas que jamás se viera.

Muchachos y muchachas, por cuya vida y educación nadie velaba, fueron cruzados, seleccionados y educados con una disciplina mortal, pero con la rienda suelta para todos los caprichos de la imaginación y de los sentidos, y acabaron por formar una raza instintiva y ferozmente anticristiana.

El infernal experimento fue discurrido por un fraile español a quien la guerra civil sorprendió en un convento de Madrid, cuyas puertas no necesitaron abrirle los milicianos porque las abrió él mismo y fue a ofrecerse al Gobierno para servirle de Judas y vender de nuevo a su Maestro.

Desde los primeros días trocó su nombre de religioso por el que le correspondía de abolengo.

Antes de entrar en religión llamábase Naboth Santana. Pero este apellido no tenía en su familia más de cuatro siglos. Su lejano abuelo llamábase Dan, y fue un rico mercader israelita que prestó dinero a Fernando el Católico para la reconquista de Granada y acabó simulando una conversión al catolicismo, como Maimónides, que se hizo musulmán para conservar su fortuna y sus cargos en la corte del emperador Saladino.

A fines del siglo XV, Dan, su mujer y sus hijos se hicieron católicos, y uno de sus lejanos descendientes, a raíz de un contratiempo sentimental, profesó de fraile.

Tal vez ni él mismo sospechó, en un principio, lo endeble de una vocación engendrada por la vanidad. Tenaz, inteligente y empeñoso, no tardó en distinguirse en los estudios y en la predicación. Celebró misa, llegó a ser superior y fue confesor de religiosos en varios con-ventos de hombres y de mujeres, ministerio el más arduo y peligroso que pueda haber; tan sutiles y alambicados son los venenos con que el diablo trabaja las almas consagradas.

Tenía cuarenta y cinco años cuando estalló la guerra civil. Hacía ya varios que sentía el peso muerto de una cruz que solamente la humildad y la oración hacen gustosa; y vivía en sacrilegio celebrando misas inválidas e impartiendo sacramentos que abominaba.

Para colgar los hábitos sólo aguardaba una oportunidad, y se la proporcionó la guerra; a él y a muchos otros cuya vocación él mismo socavara. Así halló manera de vengarse de los que lo habían reprendido y de satisfacer ampliamente sus pasiones. Y desde ese día el diablo lo poseyó.

En la matanza de religiosos con que los milicianos respondían a cada victoria de los nacionalistas, las manos de Naboth Dan tuvieron parte principal.

¡Ay! Aquella sangre de mártires en que se bañaron copiosamente no fue capaz de lavar en ellas el indeleble carácter de la consagración con que el obispo las ungiera.

Él lo sabía, y de allí su rencor y el frenesí con que al frente de sus secuaces, que formaban un tribunal popular, penetraba en los conventos de monjas y elegía sus víctimas entre las que fueron sus penitentes; unas para el martirio, otras para el cautiverio de los milicianos, cuya horrenda historia es todavía secreto de Dios.

Pero cuando las tropas del general Franco llegaron a las puertas de Madrid, tuvo miedo de ser fusilado y huyó en compañía de muchos otros jefes cargados de crímenes y de dinero.

Pero, ¿en qué país refugiarse, para seguir combatiendo contra Cristo?

Las circunstancias volvieron a ayudarlo. El agónico gobierno del doctor Negrín, en combinación con el sovieta ruso, había empezado a reunir como inocentes corderos, en campos y ciudades, los millares de niños que se enviarían a Rusia.

Naboth Dan se hizo nombrar director general de la criminal empresa; y desde ese momento fue el tutor de aquellos que el doctor Negrín presentaba al mundo como huérfanos de la guerra, pero cuyos padres estaban en las filas de Franco y cuyas madres los lloraban en Madrid, Bilbao, Barcelona, en cien pueblos más, de los que aún no habían sido conquistados por los nacionalistas.

La imaginación se resiste a seguir a esas tiernas víctimas en ese cautiverio del que no ha habido otro ejemplo en la historia.

¿Que padre, qué madre, qué embajador, qué cónsul reclamaría de Stalin lo que habían consentido los gobernantes de la España republicana, ávidos de vengar en los indefensos hijos las victorias militares de sus invencibles padres?

Antes de partir, Naboth Dan se hizo confiar decenas de millones de pesetas en oro del Banco de España.

Aquel oro depositado en bancos extranjeros a nombre de testafierros, aguardaba del otro lado de la frontera la inevitable fuga de los jefes, mientras los soldados seguían haciéndose matar en las trincheras de Madrid, de Bilbao o del Ebro.

Rico y poderoso, con carta blanca de la policía soviética para hacer en los niños españoles todos los experimentos imaginables, y ayudado por hombres y especialmente mujeres jóvenes que se trajó de Madrid, el ex fraile instaló su colonia en el Cáucaso, no lejos del mar Negro, casi en las orillas del río Suban; y empezó su tarea.

Lo primero de todo fue borrar de las memorias infantiles el idioma natal.

La naturaleza había concedido a Naboth Dan, como a muchos de su raza, gran facilidad para aprender lenguas. Costóle poco agregar el ruso a las que ya poseía; pero no quiso que en su campamento se hablara sino un idioma artificial, para mejor aislarlo del mundo.

Eligió el esperanto y lo impuso con todo rigor.

Los pobres niños eran despiadadamente castigados si para darse a entender se valían de otra lengua que aquélla, cuyo penoso aprendizaje emprendieron todos, aun sus propios dirigentes.

Durante meses y meses y casi años en el campamento de Dan se paralizaron las conversaciones; chiquillos de cinco o seis años, no sabiendo cómo expresar un deseo o una necesidad, preferían sufrir y morir callados, antes de exponerse a tremendos castigos por haber hablado en español.

La otra cosa que hubo que olvidar fue la religión.

En Rusia reinaba el sindiosismo, ateísmo militante que Stalin quiso difundir en el mundo mediante la revolución. La primera nación sindiosista después de Rusia debió ser España, dentro de los planes del Soviet, mas la victoria nacionalista la salvó y acorraló al sindiosismo en Rusia.

—Todavía no ha llegado mi hora —se dijo Stalin pocos años después, al beber la copa de champaña con que el hijo de Yagoda lo envenenó.

—¡Ya ha pasado tu hora! —exclamó su matador, que sobre su cadáver se erigió en su heredero.

El envenenador, que vengaba a Yagoda, su padre, sacrificado en 1938 por Stalin, conocía y compartía los planes de Naboth Dan.

Ya no era tampoco la hora del comunismo, ni siquiera del sindiosismo. El mundo, trabajado por dos mil años de cristianismo, necesitaba para disgregarse y dar camino a las fuerzas de la Revolución un veneno mucho más activo, y Dan lo empezó a preparar en su campamento del Cáucaso.

Ni el comunismo, ni el sindiosismo, transformaciones brutales del materialismo, podían llenar el corazón humano y cautivar un alma que tiende al misticismo hasta cuando blasfema, porque el alma tiene una cuarta dimensión de que carecen las cosas materiales, y es la irresistible vocación a lo sobrenatural.

Naboth Dan sabía esto por la teología católica, y en su campamento impuso una religión: el satanismo.

El culto de Satanás había tenido desde el siglo XIX apasionados adeptos, especialmente entre los poetas y los filósofos, que por hacer más crudas sus blasfemias, las erizaron de alabanzas diabólicas.

Pero ni Proudhon, ni Carducci, ni madame Ackermann, ni Richepin, ni Leconte de Lisle, hicieron de sus desesperados insultos a Dios una verdadera oración al diablo, ni lograron imitadores de su triste locura.

Naboth Dan, que sentía en las corrientes de su sangre la indeleble vocación sacerdotal, se dejó de literatura y hábilmente deformó el corazón de los niños. Creó una religión con oraciones, mandamientos y catecismo; y para hacerla más accesible y grata a las imaginaciones infantiles, hizo de ella una contrafigura de la Ley de Dios.

Contra cada mandamiento que imponía un precepto de amor o una virtud, se pregonaba un deleite o se daba un consejo de odio, camino infinitamente más fácil de seguir.

Del lado de Dios estaba el sacrificio. Del lado del diablo el placer y toda la libertad imaginable de los peores instintos.

El nuevo emperador de Rusia, que no quiso llamarse sino “el hijo de Yagoda”, apoyó los planes de Naboth Dan, le dejó formar los jenízaros del satanismo —adivinando el gran papel que llegarían a desempeñar— e implantó la nueva religión en un inmenso imperio al que denominó Satania.

Cuando por milagro de la gracia alguno de aquellos niños resistía la infusión del espíritu de Satanás, era crucificado.

Dios sólo sabe los centenares de tiernos mártires cuyas cruces florecieron en las orillas del Kuban.

Una disciplina de terror fue el único vínculo de los satanistas entre sí. Se aplicaba la tortura y la pena de muerte por la más mínima insubordinación y por todo delito político, pero se dejaba el campo libre a las más depravadas tendencias.

Y así fueron creciendo los millares de niños españoles secuestrados en un rincón de Rusia.

El mundo llegó a saber algo de lo que ocurría. Juan III, rey de España, pensó que el primer deber de la monarquía debía ser rescatar aquellos infelices expatriados cuyos padres habían jurado vestir de eterno luto. Pero Rusia cerró sus fronteras y defendió sus cautivos, y Europa no osó lanzarse a una cruzada que hubiera costado veinte millones de muertos para rescatar treinta o cuarenta mil muchachos, que nadie sabía dónde estaban ya.

A los veinte años formaban una pequeña nación dentro de Satania. Aumentados por los niños que robaban en la vasta Rusia, desde el Báltico hasta el Owhostsk, desde el mar Blanco hasta el mar Negro, los jenízaros del satanismo llegaron a 100.000.

Naboth Dan era viejo y sentía llegar su fin.

No vería cumplido su plan: la destrucción de Cristo.

—Lo verán mis hijos o mis nietos.

Para apresurar su cumplimiento, hacia 1975 Naboth Dan abandonó a sus lugartenientes en territorio del Cáucaso y se instaló secretamente en Roma con sus varias mujeres y sus hijos.

Roma era la ciudad mayor de la tierra; Babilonia de mármol y bronce, capital del más civilizado pero a la vez más corrompido de los imperios.

Y dentro de sus inaccesibles murallas defendidas por todas las invenciones, estaba la torre de oro de la Ciudad Santa, la pequeñísima Roma Vaticana, que gobernaba a seiscientos millones de almas por la exangüe mano del Pastor Angélico, electo papa en 1939.

En los innumerables círculos de la turbulenta Babilonia, Naboth Dan, bajo diversos nombres, podía actuar e intrigar y ser agasajado sin ser reconocido.

En los últimos días del mes de veadar de 1985, Naboth Dan, que se hallaba en cama, llamó a su hijo primogénito, se despojó de su insignia de mando, el dragón rojo de siete cabezas coronadas, y se lo entregó delante de sus mujeres y de sus hijos.

—No lo llevarás mucho tiempo —le dijo—. Cuando tu hijo mayor cumpla veinte años se lo entregarás, y él realizará la obra que ni yo ni tú ni ningún otro hombre del mundo podría realizar. Él restablecerá el trono de David; él reconstruirá el templo, y en él se cumplirán las profecías de Israel.

Entonces, como el rey Achab, Naboth Dan volvió la cara hacia la pared. Así estuvo tres días sin pronunciar una sola palabra, repasando en su memoria los sucesos de su larga existencia.

Al cabo de esos tres días, aquel apóstata, renegado de Cristo, celebró lo que es la última misa del sacerdote, su propia muerte. ¡Pero en qué estado se hundió su mísera alma en la eternidad!

Su familia siguió viviendo en Roma.

Tres años después, Ciro Dan, el nieto aludido en la última conversación de Naboth, alcanzó la edad fijada.

Era el primer día del mes de nisan; por consiguiente el primero del año, y ya la primavera esplendía sobre los campos y las ciudades del Imperio.

Pero no había en los jardines, ni en los huertos, ni en las campiñas, una flor más hermosa que aquel joven de veinte años, como si la humanidad no hubiese vivido 6.000 años sino para crear ese tipo.

Antes que él todas las otras criaturas humanas, aun las que pasaron a la historia como tipos inmortales de belleza, no fueron sino esbozos de la radiante hermosura de aquel mancebo.

Su abuelo había lo ocultado como el tesoro de un rey, y solamente lo vieron sus parientes más próximos y sus maestros.

Sabios orientales talmudistas y faquires lo versaron en la sabiduría antigua, y físicos, biólogos, químicos, astrónomos y matemáticos, le enseñaron cuanto sabe la ciencia actual; poetas y humanistas lo hicieron diestro en artes.

Su inteligencia era sobrehumana. Es sabido que Pascal a los trece años, con la primera lección de geometría, descubrió por sí solo los teoremas de Euclides. Ciro Dan procedía así: enseñábanle un principio y ya sin necesidad de maestro deducía todas sus consecuencias.

Mostró una facilidad portentosa para los idiomas; tenía tan tenaz memoria que no olvidaba nunca ni una palabra ni una inflexión, y las lenguas penetraban en su cerebro como los rayos del sol en el agua transparente de un lago.

Cuando cumplió veinte años, sus maestros, aun los talmudistas, buzos envejecidos en los arcanos de aquel mar sin fondo ni orillas del Talmud, declararon que no había un repliegue de la Michna ni de la Ghemara que él no conociera y no explicara con mayor profundidad que Maimónides, el águila de la Sinagoga. Y renunciaron a seguirle enseñando, porque ahora les tocaba a ellos aprender y obedecerle como a un rey.

## La Coronación de Ciro Dan

La sala del trono hallábase en el piso 144 del Banco Internacional de Compensaciones, el más alto edificio de Roma y el banco mayor del mundo, clearing de todas las monedas y regulador del tráfico internacional.

El no iniciado en los símbolos de la Cábala y del Talmud desconcertábase ante los extraños dibujos de sus muros de plata, de su techo de bronce, de su pavimento de lapislázuli.

Era una sala de forma hexagonal que tenía pintada en el suelo una gran estrella de seis picos, formada por el entrecruzarse de dos triángulos equiláteros, uno blanco y otro negro, con una de las seis letras del nombre divino de Adonai en cada uno de sus picos y el número siete en el centro.

El techo mostraba en primer término un enorme círculo plateado que se movía lentamente. Cuando los ojos se acostumbraban a su movimiento descubrían la figura de una serpiente que se mordía la cola, símbolo de la fuerza universal según la Alta Magia.

Dentro de ese círculo había una estrella inmóvil de ónix verde, no de seis puntas como la del suelo, sino de cinco —la estrella gnóstica o pentagramática— en cada uno de cuyos picos se leía una de las cinco sílabas del muy ilustre y muy eminente nombre divino Tetragrammaton.

Según Paracelso, en su discurso de la oculta filosofía, los nigromantes judíos y los doctores de la Cábala han realizado milagros con estos dos emblemas o pantáculos, cuyo sentido no explican sino a los más fieles iniciados de la Alta Magia.

La estrella de cinco puntas, llamada estrella flamígera del microcosmos, es una oración divina o es una blasfemia satánica, según la posición que se le dé.

Cuando tiene una sola punta hacia arriba significa el pentagrama luminoso: voluntad, inteligencia, amor, fuerza y belleza.

Mas cuando tiene dos es un jeroglífico infernal, pues esas dos puntas en alto significan los dos cuernos de un chivo, imagen de Satanás; las otras dos, las orejas gachas; la última, la extremidad de su hocico prolongado por la barba.

En un lado del hexágono, arriba de un estrado de dos escalones y bajo un baldaquín de seda roja, veíanse dos tronos, y detrás de ellos, sobre la amarilla cortina del fondo, la imagen de Satanás bordada en negro, conforme al ritual de la Cábala.

Sentado, con las piernas cruzadas encima del mundo, representábasele bajo la forma de un barbudo chivo de grandes cuernos, con una estrella gnóstica en la frente, alas negras de arcángel, pecho de mujer, patas caprinas y dos serpientes entrelazadas formando un caduceo sobre el velludo vientre.

Una pálida media luna en creciente arriba a la derecha, y otra sombría en menguante, abajo a la izquierda y a sus pies, en letras hebraicas, griegas y latinas una triple leyenda extraída del Tarot: Por ser el único Señor, es el único digno de adoración.

A manera de antítesis, al frente del estrado había una gran cruz de madera oscura, sostenida en la pared por sólidos ganchos que permitían quitarla y volverla a suspender.

Ninguna imagen clavada en ella, pero en el lugar del INRI, un letrero con la blasfemia de los crucificadores de Cristo: “Sí es verdad que eres el Hijo de Dios, bájate de la cruz.”

A su pie, en un trípode de hierro, un pesado martillo y algunos gruesos clavos, dispuestos para algún sacrílego simulacro de crucifixión.

Próxima al estrado abríase una puerta custodiada por soldados; y a uno y a otro lado de la cruz, anchos ventanales de vidrios multicolores, a través de los cuales divisábase el prodigio de las diez mil torres y los cien mil jardines suspendidos y palacios de aquella Babilonia que fue la Roma de los últimos emperadores.

La estupenda cosmópolis era todavía la capital religiosa del mundo. El papa tenía allí su sede. Mas ya merecía por su hermosura y su corrupción el nombre de Babilonia.

Aquellos tronos que estaban debajo de un baldaquín rojo eran de rebuscada suntuosidad, contruidos en oro y marfil y tapizados de damasco negro, y tenían dibujos distintos.

El de la izquierda mostraba en la tapicería del respaldo las Tablas de la Ley sostenidas por dos leones.

El de la derecha, un dragón rojo de siete cabezas con diadema.

Las patas de ambos terminaban en soberbios zafiros tallados como pies de cabra.

Custodiaban la puerta cuatro jenizaros del Kuban con túnicas cortas sin mangas, lo que permitía ver el número 666 marcado a fuego en sus nervudos brazos.

Ese número era el símbolo del Anticristo, que una moda —estúpida, al parecer, y en el fondo diabólica— había difundido entre las gentes snobs.

Por respeto al lugar escondían sus armas, pilas secas que mataban a distancia arrojando un invisible rayo de luz violeta, que coagulaba la sangre o la disgregaba instantáneamente.

Con un ritual semirreligioso empezaron a llegar los que habían de asistir a la ceremonia.

Primero los seis hermanos de Ciro Dan seguidos por cuatro mujeres de su servidumbre, y tras ellos el padre y la madre. El ropaje de todos era amarillo, y en sus brazos advertíase la anticristiana marca.

Solamente los cinco barbudos personajes que entraron luego venían de otro modo. Pocos en la ciudad conocían a los cinco misteriosos rabinos que habían educado a Ciro Dan. Llevaban sobre sus negras túnicas de mangas flotantes estolas blancas de lino, y mantenían cubierta la cabeza con sombreros de castor.

Sus barbas venerables jamás profanadas por las tijeras, les caían sobre el pecho.

Dos criados trajeron una mesa enmantelada, alrededor de la cual, sin dar la espalda al trono, sentáronse aquellos sutilísimos intérpretes de todas las ciencias y de los secretos de la Cábala, del Zohar y del Talmud.

Sobre la mesa había cinco rollos en sus fundas, dispuestos como los rayos de una rueda, y en el centro una esplendorosa corona imperial rematada por la milenaria estrella de David.

Sonó un cuerno penetrante, se abrió la puerta, los rabinos se pusieron de pie y todos se inclinaron con aquel amor ansioso y triste que envenenaba sus almas.

Precedido por siete jenizaros y seguido de otras tantas hermosas muchachas, entró Ciro Dan.

Rasurada la barba juvenil, con lo que se advertía mejor la boca perfecta, caprichosa, arqueada por una soberbia y desdeñosa sonrisa.

Color de miel y undoso el cabello corto que devoraba la frente, la cual, aun siendo angosta era bellísima, resplandeciente de obstinación y de luz interior.

La tez como el trigo maduro; así la traen los soldados que vienen de lejanas campañas.

Verdes y magnéticos los ojos, y las cejas casi oblicuas como las de los nativos de la ruda Tartana.

Rápido y ahondador el mirar, y el gesto imperioso de quien está seguro de su estrella y conoce que es rey de reyes.

Y sin embargo parecía sorprendido, como un joven león que por primera vez sale al campo abierto, sin saber qué enemigos va a enfrentar; tal vez otra fiera, tal vez un hombre, tal vez un dios.

Vestía una clámide de lana blanca al modo griego, que dejaba entrever su pecho de gladiador.

Cordones de oro sujetaban la sandalia a la pierna fina, tostada por vientos y soles de largos caminos.

Ni anillos en las manos, ni espada en el cinto, ni marca alguna en el brazo desnudo.

Por la ventana divisábase a lo lejos la columnata de San Pedro, enrojecida su potente cúpula bajo el primer crepúsculo de nisan y coronada por la eterna luz. Los ojos verdes resplandecieron de odio.

Ciro Dan conocía el lema que los cartujos graban al frente de sus edificios: *Crux stat; dum volvitur orbis* (“La cruz permanece mientras el mundo cambia”).

—¡Cerrad la ventana! —dijo; subió al estrado, y ocupó el trono de la izquierda.

En ese momento vieron sentada sobre uno de los escalones a una mujer que nadie conocía y que traía, como las otras, un incensario de oro con brasas crepitantes. ¿Quién era? ¿Cómo había entrado? Los crueles jenizaros iban a arrojarla de allí, mas los contuvo Ciro Dan con una mirada que sorprendió a las otras mujeres.

Verdaderamente, si había alguna digna del amor de aquel mancebo, que más que hijo de los hombres parecía un arcángel, era aquella, por su rara hermosura y su serena audacia.

Su túnica de lino blanco distinguíala entre todas, y en su hermosísima frente, que tenía el color dorado de las arenas del desierto, veíase la misteriosa cifra, roja como una herida fresca.

Sus ojos sombríos y soñadores, ligeramente ceñidos y como tirados hacia las sienas, eran en su rostro caucásico un rasgo del Extremo Oriente que daba más sabor a su belleza.

Su boca pura y nerviosa, lo mismo que el pliegue perpendicular entre las duras cejas, revelaban una pasión cruel y fanática.

Mas cuando Ciro Dan hizo el gesto que contuvo a los jenizaros y llenó de celos a las otras mujeres, desaparecieron pliegues y sombras, y sólo quedó sobre su persona el resplandor indescriptible de una belleza sin igual.

Sobre las brasas de su incensario se estaba calentando un utensilio de hierro con mango de marfil.

Poco a poco el aire de la sala, con el humo de los perfumes, fue tornándose ardiente y embriagador, propicio al éxtasis y a las alucinaciones.

Uno de los cinco maestros desenfundó el rollo sagrado, se aproximó calándose unos anteojos de carey y en alta y solemne voz leyó:

—Promesas de Jehová, por boca de Mezquil Etham Ezrahita, en el Libro de los Salmos:

«Hallé a David mi siervo; ungué con el aceite de mi santidad.

«Mi mano será su auxilio; mi brazo su fuerza.

«Y quebrantaré delante de él a sus enemigos, y heriré a sus aborrecedores.

«Extenderé su mano sobre el mar y su diestra sobre los ríos.

«Y será mi primogénito el más excelso de los reyes de la tierra.

«Y haré que su raza subsista por los siglos de los siglos, y su trono durará eternamente.»

El viejo enrolló el pergamino, y levantando la mano derecha clamó:

—Los caminos del Señor están abiertos delante de ti, que reconstruirás su templo. Pero no eres tú el primero que se presenta en nombre del Señor y engaña al pueblo. Acuérdate de Jesús de Nazaret, cuyo nacimiento refiere el Talmud con palabras que horrorizan a los cristianos. Se hizo mago, se llamó rey y fue condenado como apóstata y muerto a pedradas en la ciudad de Lydda, la víspera de Pascua. Tú, el verdadero rey de los judíos, guárdate de parecerte al Nazareno.

El rabino calló, miró ansiosamente a su discípulo, que no se dignó mirarlo, y volvió a su lugar.

Y se levantó el que estaba a su lado.

La intrusa vestida de blanco arrojó sobre las brasas unos granos de Perfume.

—Promesas de Jehová por boca del profeta Ezequiel:

«He aquí que abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestras sepulturas, pueblo mío. Y pondré mi espíritu con vosotros, y viviréis y os haré reposar sobre vuestra tierra...

«He aquí que yo tomaré a los hijos de Israel de en medio de las naciones adonde fueron, los recogeré de todas partes y los conduciré a su tierra.

«Y los haré una nación sola en la tierra, en los montes de Israel, y habrá un rey que los mande a todos...

«Y mi siervo David será rey sobre ellos...»

—Tú, Ciro Dan, el unguido del Señor, serás ese rey y reconstruirás ese templo. Pero acuérdate que otros se dijeron enviados del Señor y mintieron. Acuérdate del impostor Bar-Kosibá, que sesenta años después de la ruina del

templo se proclamó Mesías, hijo de David, y arrastró consigo a 200.000 soldados que se dejaron cortar un dedo en señal de valor, y reinó tres años y medio. El emperador romano envió contra él a sus mejores generales, que asolaron cincuenta fortalezas, destruyeron 985 ciudades y mataron 580.000 judíos. La sangre corrió al mar formando un río de cuatro millas de largo, y allí pereció Bar-Kosibá, que se decía la estrella de Jacob. Tú, que vienes en nombre del Señor, guárdate de llevar a mi pueblo a la matanza.

Los labios de Ciro Dan se estremecieron un instante como si fuera a responder, pero guardó silencio.

Levantóse el tercer rabino y leyó:

—Promesas del Señor por boca del profeta Miqueas:

«Acontecerá en los últimos tiempos que el monte de la casa de Jehová será levantado sobre todos los montes, y los pueblos correrán a él.

«Y acudirá mucha gente y dirá: Venid, subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos y andaremos por sus veredas. Porque de Sión saldrá la ley y de Jerusalén la palabra de Jehová.

«Y juzgará entre muchos pueblos y castigará a naciones poderosas hasta muy lejos.

«Y convertirán sus espadas en rejas de arados, sus lanzas en azadones.»

—Y tú, Ciro Dan, hijo de David, que reconstruirás el templo, serás rey de los montes de Judea, que estarán por arriba de todos los montes. Pero guárdate de ser como Salomón Malkho que se llamó a sí mismo la Espada de Dios, y engaño a los pueblos y causó la ruina de millares y fue quemado vivo quince siglos después del Nazareno.

Se levantó el cuarto rabino, con la decepción pintada en el semblante al ver el desdén con que Ciro Dan escuchaba las profecías y los consejos.

Era un anciano de pequeña estatura y de miembros poderosos. Cuando alzaba el brazo, corríasele la manga y se descubría su piel velluda como la de Esaú.

—Esta es la sagrada Thora, donde están escritas las palabras del mal profeta Balaam, hijo de Beor, el varón de los ojos cerrados. Su boca, comprada para maldecir por el rey de Moab, se entenece al ver los campamentos de Israel, y estalla en bendiciones:

«¡Cuán hermosos son tus pabellones, oh Jacob; tus tiendas, oh, Israel! Como valles con bosques; como huertas junto al río; como lináloes plantados por Jehová; como cedros de las aguas.

«Una estrella saldrá de Jacob; un cedro se elevará de Israel, herirá a los caudillos de Moab y destruirá a todos los hijos de Seth.

«Vendrán navíos desde las costas de Citthin y oprimirán a Assur, y oprimirán a Heber, y él también perecerá para siempre.»

El rabino se detuvo un instante al ver resplandecientes de curiosidad los ojos de Ciro Dan y comentó el pasaje con estas palabras

—Las costas de Citthin son en el lenguaje de los libros santos las de Italia. Una poderosa escuadra imperial arribará a las tierras orientales y conquistará el país con todos los pueblos que contiene, asirios y hebreos, árabes y egipcios, y tú, hijo de David, desaparecerás después de reconstruir el templo, mas tu reino subsistirá por todos los siglos.

Se levantó el quinto rabino, alto, flaco, hirsuto, y a grito herido anunció:

—Promesas de Jehová por boca del profeta Isaías:

«Yo, el Señor, he dicho a Ciro, que es mi ungido y a quien yo conduzco por la mano para sujetarle todas las naciones, para poner en fuga a los reyes, para abrir delante de él todas las puertas sin que ninguna permanezca cerrada: Yo marcharé delante de ti y humillaré a los grandes de la tierra; yo romperé las puertas de bronce y quebraré sus bisagras de hierro. Yo te daré tesoros ocultos y riquezas secretas y desconocidas, a fin de que sepas que soy el Señor, el Dios de Israel, que te he llamado por tu nombre.»

—Y yo, Jehudá Ben Gamaliel, que te hablo —prosiguió el rabino, golpeándose con la huesuda mano el hundido pecho—, yo que he sido hasta ayer tu maestro y desde ahora tu siervo, te digo: tú, que eres el Ciro del profeta a quien el Señor llamó por su propio nombre hace 27 siglos para que en ti se cumpliera la grandeza de Israel, coloca tú mismo la corona de la ley sobre tus sienes. Pero si no vienes en nombre de Dios, acuérdate de Sabbatai-Ceví, que nació en Esmirna en el año 5386 de la Creación y fue engañado por una hermosa aventurera, y un día en la sinagoga de Esmirna se proclamó Mesías y rey, y con sus artificios cabalísticos enloqueció a los judíos de toda Europa y corrompió sus costumbres. El gran visir lo aprisionó y Sabbatai, por salvar su vida, apostató de su religión, se hizo musulmán y desacreditó en millones de almas las palabras del Señor. ¡Acuérdate de Sabbatai-Ceví, si has de reconstruir el templo!

El quinto rabino se sentó yerto y pasmado, al ver la indiferencia de Ciro Dan, que parecía no haberlo escuchado.

En el aire exterior sentíase el zumbido de los aviones que volaban entre las nubes. La noche iba cayendo sobre la Ciudad de las Siete Colinas.

Adelantóse Hillel, padre del mancebo; subió al estrado, se desprendió del precioso Dragón de las siete cabezas, y con gran reverencia lo puso en el pecho de su hijo, y arrodillándose besó la fimbria de oro de su manto.

Como si la intrusa aguardara ese instante, no bien la suprema insignia cambió de dueño se levantó, impetuosa y audaz, y habló así, con gran escándalo de los rabinos:

—Escúchame, Ciro Dan: yo, Jezabel, reencarnación del espíritu de una reina fenicia y de una profetisa hebrea, te diré la palabra que llegará a tu corazón.

«Tú no vienes al mundo en nombre del que quiso llamarse hasta el fin de los siglos el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, sino en tu propio nombre.

«El mundo ya no cree en aquel Dios, envejecido y destronado, porque te aguarda a ti, su enemigo.

«Serás rey del mundo porque tu verdadero padre, el Dragón bermejo de las siete cabezas, te condujo a la más alta montaña donde un día llevó al Nazareno, y te mostró, como a él, los reinos de la tierra, y te dijo la misma palabra: ‘Te daré todo lo que ves, si te postras en tierra y me adoras’. El Nazareno se negó a adorarlo, pero tú consentiste, y toda la tierra será tuya, por un tiempo, dos tiempos y medio tiempo.»

Los fríos labios de Ciro Dan se animaron con una sonrisa. Llamó a la intrusa, le tomó las dos manos y le dijo al oído:

—No es la primera vez que te veo.

—¡No...!

—¿Dónde te vi antes? ¿Cómo has entrado hasta aquí? ¿Cómo sabes que yo he subido en las alas negras de mi padre hasta la cumbre del monte...?

—Del monte Apadno —añadió ella.

—Sí, del monte Apadno. ¿Cómo sabes que allí lo he adorado?

—Porque en sueños me ha hablado Henoch, el primer maestro de la Cábala, y porque he visto tu gloria en el humo de las violetas regadas con sangre de cuervo.

Los rabinos presenciaban, celosos y amargados, sin percibir las palabras, el diálogo de Ciro Dan con la intrusa. Uno de ellos, el kohen o sacerdote, estimó llegado el momento de ceñir la frente del nuevo rey con la corona de David, signo de un imperio tan vasto como nunca lo conoció la humanidad. Mas apenas hizo un ademán, Jezabel arrebató la magnífica joya y coronó la más hermosa cabeza del mundo.

Ciro Dan se levantó, y todos temieron que la invitase a ocupar el trono de la derecha, que él mandó poner sin decir para quién. Mas no fue así, y ella humildemente volvió a sentarse en un ángulo del estrado.

Entonces él se dirigió a los barbudos personajes:

—Jezabel ha hablado mejor que vosotros, mis maestros. Yo no vengo en nombre de Jehová.

Yo vengo en mi nombre a destruir el reino del que no quiso adorar a mi padre en la cumbre del monte Apadno.

En él no se cumplieron las profecías, porque su reino no es de este mundo. En mí se cumplirán, pues yo soy el que Isaías llamó por su propio nombre, Ciro, el ungido de Dios, de la raza de David. Pero mi dios no es el vuestro, israelitas; ni el vuestro, cristianos; ni el vuestro, musulmanes. Mi dios y mi padre es el enemigo eterno de Jehová que creó a los ángeles y a los hombres, y tuvo celos de su obra; y llenó el universo de trampas, y vendó los ojos a sus criaturas, y las empujó para que marchasen y cayeran. Y puso detrás de cada placer un pecado, y en los corazones una ansiedad de placeres, a fin de que se multiplicaran los pecados y los habitantes de su infierno.

El negro Arcángel cuya caída lloraron las estrellas; mi padre, que tiene en la frente un letrero que dice: ¡No me arrodillo!, ha soplado en mí su inteligencia y su soberbia de tal modo que me siento más seguro yo en la tierra que vuestro Jehová en su cielo.

Yo soy el vengador de los traidores y de los asesinos, de los ladrones y de los impúdicos: de Caín, de Judas, de Nerón, de Lenín, cuyas carnes envenenadas por el odio no hubieran podido comer las águilas sin morir; y vengo al mundo para fecundar la raza de los soberbios y de los envidiosos, a fin de poblar la creación de inmortales blasfemias, estopas inflamadas que eternamente arderán en los oídos del Creador. ¡Cómo se arrepentirá de haber creado nuestro libre albedrío y de no atreverse a destruirlo ni a encadenarlo!

En ese momento sonaron precipitados golpes en la puerta.

Apenas entreabrieron, penetró la vieja mendiga que diariamente, desde sesenta años atrás, veían los fieles limosneando en una de las entradas de San Pedro, en la Roma Vaticana. Todos sintieron correr por sus espaldas el frío pavor de los sacrilegios.

A una señal de los rabinos, los criados se llevaron la mesa y los rollos sagrados.

La pordiosera venía envuelta en un manto color carmesí, desflechado pero limpio. Tenía la cara redonda y arrebolada, los ojos pequeños y picantes de malicia y una dentadura perfecta, insultante de blancura, que contrastaba con los amarillentos mechones de cabello que se escapaban del rebozo.

Si los ojos humanos pudieran ver las cosas divinas, habrían visto un friso de ángeles prosternados alrededor de tan odiosa figura y como fondo, a pocos pasos en el aire, mil demonios entregados a la más frenética zarabanda.

—¿Ya no me esperabas? —preguntó la mendiga, dirigiéndose a Hillel, padre de Ciro Dan.

Hillel, sin hablar, señaló a su hijo.

Ella se volvió a Ciro Dan, a quien nunca había visto; y quedó extasiada. Él le dijo:

—Ellos podían dudar de que llegarías a tiempo; yo no, porque los diez sefirots negros del Arcángel te acompañan.

—Si tú eres el que viene en su propio nombre, debes saber lo que traigo —dijo ella, aproximándosele.

—Lo que otras veces has traído —respondió Ciro.

—Sí, pero hoy la mano que consagró mi hostia es la mano del papa. He comulgado en su capilla, y te traigo el propio Cuerpo de Cristo que él puso en mi boca.

Por habituados que estuviesen aquellos hombres y mujeres a presenciar los sacrilegios del satanismo que se celebraban entre ritos blasfemos y cabalísticos, las palabras de la mendiga hicieron gran impresión.

Pocas figuras había en la Roma Vaticana tan conocidas como la de la Pannota, aquella pordiosera del rebozo carmesí que permanecía durante horas quietecita en el umbral, aguardando una limosna.

En las misas del alba muchos la habían visto acercarse a la mesa eucarística, y teníanla por santa.

La miserable criatura sabía por su catecismo que en el milagro de la transubstanciación, al convertirse mediante las palabras del sacerdote el pan y el vino en el sacrosanto Cuerpo de Cristo, no permanecen sino mientras duren los accidentes de las especies y que no bien la saliva los altera el milagro desaparece y aquello vuelve a ser un poco de harina o un sorbo de vino en proceso de transformación.

Por eso, no bien comulgaba retirábase al rincón más oscura, y aprovechándose del rebozo quitábase de la lengua la sacratísima Forma y la ponía entre algodones, para entregarla a los ministros del satánico culto.

Había logrado por fin, con muchas mañas, asistir a una misa de Pío XII y recibir de su mano la comunión.

Desde ese instante quiso tener alas para llevar su tesoro hasta el piso 144 del Banco Internacional de Compensaciones. Pero tuvo que aguardar hasta que el viejo pontífice terminó su acción de gracias después de la misa. Nunca le había parecido tan larga la distancia ni tropezado con tantos obstáculos.

Mas llegó en el solemne momento de la coronación de Ciro Dan. De entre las ropas del seno extrajo la redondela blanca, en la que por milagro o fenómeno había una viviente gota de sangre. Instintivamente se echaron todos atrás, y fue necesario un acto de fría resolución para que se atrevieran a acercarse a aquel pan que hacía prosternarse a los ángeles invisibles.

Ciro Dan tomó la hostia y la puso en un platillo de oro, parodia de patena.

—¿Qué significa esa mancha roja? —preguntó en italiano, para que no le comprendieran los otros.

La vieja respondió temblando:

—Allí está Cristo vivo... Tal vez sea su Sangre. Ciro Dan se encogió de hombros y mandó a los criados:

—¡Aprontad la cruz!

Y a su madre:

—¡Traed al niño!

Las brasas íbanse adormeciendo en los incensarios, bajo las cenizas de los perfumes. Pero el aire estaba lleno de visiones. Solamente alrededor de la hostia había un lugar libre de aquel humo cabalístico. Parecía que un fanal de vidrio defendía de injurias a la sagrada Forma. Afuera sentíase el formidable aliento de Babilonia.

Uno de los soldados descolgó la cruz y la puso arriba de un lienzo tendido en el piso, a manera de tapiz,

Y trajeron al niño, un pálido chicuelo de seis o siete años cuyo rostro habían popularizado aquellos días los periódicos y la televisión universal.

La noble y secular familia de los Torloni, tan allegada al Vaticano y emparentada con la emperatriz, ofrecía un millón de marxes a quien le diera noticias de su heredero principal, desaparecido misteriosamente.

Desde el primer instante se pensó en un secuestro por venganza, pues el padre del niño, como prefecto de la policía romana, había perseguido a la masonería.

Cincuenta mil hombres del servicio secreto fueron movilizados para buscar al niño, y doscientos mil agentes de uniforme, diseminados desde Roma hasta la frontera, hallábanse prontos para auxiliarlos.

Ciro Dan, que había realizado el rapto valiéndose de sus secuaces, servidores o camareros del emperador y hasta del papa, guardó al chicuelo en lo alto de aquel edificio, inviolable por su carácter diplomático; el día de su coronación lo mandó traer.

El pobrecito, temblando de miedo, se aproximó al trono.

Otros corazones se habrían compadecido al oír su inocente balido de cordero:

—¡Mamá, yo quiero irme con mamá! —clamó en italiano.

—Háblame en esperanto —le dijo Ciro Dan—, y yo mismo te llevaré a tu casa.

—No sé esperanto —respondió el pequeñuelo—; sólo sé italiano.

—¿Eres católico?

—¡Sí!

—Si me obedeces y haces lo que te mando, te llevaré a tu casa. ¡Escupe sobre esto!

Y le presentó la patena.

Al ver la hostia, la carita del niño resplandeció en forma sobrenatural. Una intuición divina, tal vez su ángel de la guarda, tal vez la gracia del bautismo, le reveló que aquella Forma estaba consagrada y era la purísima carne del Hombre-Dios. Y fue a arrodillarse para adorarla, pero no se lo permitió la dura mano que lo retenía.

—Si no escupes la hostia —le dijo Ciro Dan—, no te llevaré a la casa de tus padres y morirás como Jesús de Nazaret.

—¡Llévame a mi casa, por amor de Dios!

Jezabel le susurró al oído:

—¡No llores! ¡Mírame! ¿Quieres que yo te lleve? ¿Me tienes miedo?

El pequeño Torloni la miró y se echó a su cuello.

—¿Has hecho tu primera comunión?

—Sí, el año pasado, en el día de la Virgen. Desde entonces he comulgado todos los días.

—¿Y quién te ha dicho que esta Forma está consagrada?

—Nadie, sino que veo los ángeles a su alrededor, adorándola. ¿Vosotros no los veis?

—¿Tienes miedo de morir clavado en una cruz?

—¡Sí, sí! ¡Llévame a mi casa...!

—¡Escupe, entonces, la hostia!

El niño se apartó bruscamente de la joven, como de una víbora.

—¡No, no, no! —gritó con sorprendente energía, flor milagrosa que brotaba de su debilidad y de su pavor.

Dos de los jenízaros se arrojaron sobre él, lo desnudaron impudicamente y lo tendieron sobre la cruz. El espanto hizo enmudecer a la víctima.

Ciro Dan descendió del trono. Su padre le entregó el martillo y los clavos, y él, sin una sombra de compasión, hundió el primero de un recio martillazo en la palma de aquella inocente mano. Un alarido horrible desgarró los aires.

—¡Mamá, mamá!

—¿Vas a escupir la hostia?

—¡No! ¡No! ¡No!

Los jenízaros movieron la cruz para que su joven señor no tuviera que cambiarse de sitio, se hundió el segundo clavo en la otra mano y finalmente otro en los dos pies crispados y tiernos, maniobra difícil que exigió muchos dolorosísimos martillazos, entre ayes desgarradores.

Al alzar la cruz para empotrarla en la pared, el horrible dolor hizo perder el sentido al crucificado.

Ya en el cielo de Roma se habían apagado los últimos fulgores del crepúsculo, y en la sala no se había encendido ninguna lámpara.

Mas la sangre cristiana durante una hora manó silenciosamente y alumbró con un resplandor divino aquel misterio de iniquidad.

Nadie advirtió de qué fuente procedía la luz. Y mientras agonizaba el heredero de la ilustre casa romana, Ciro Dan cogió del incensario de Jezabel la marca de hierro que estaba calentándose desde el comienzo de la ceremonia y mandó a los circunstantes que le mostrasen el brazo derecho desnudo, y vio que todos tenían su cifra menos los rabinos, a quienes él mismo imprimió el signo de su posesión.

No lo conmovieron las humilladas y llorosas caras de los viejos y de nuevo calentó la marca, y como viese que el niño había muerto, se volvió furioso y estampó en la sagrada hostia el sacrílego número.

En ese momento cayeron desde los cielos sobre el mundo tres ayes apocalípticos: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Se apagó el milagroso resplandor y desapareció la hostia sacratísima, y aunque no había ni puertas ni ventanas abiertas, penetró una bestia horrorosa que llegó arrastrándose hasta el sillón de la derecha. Era un dragón de color de sangre, con siete cabezas coronadas de oro y diez cuernos que despedían azufrado fulgor.

Crujió el trono cuando la bestia se encaramó sobre él.

Y a la luz de aquellos siete pares de ojos y en el medroso silencio de las profundidades satánicas, hablaron una tras otra las siete bocas de la bestia prorrumpiendo en blasfemia.

Esa noche Ciro Dan desapareció de Roma. Ni su padre ni su madre supieron adónde se había ido.

También desapareció Jezabel, con quien él mantuvo una larga plática.

Y en esa larga plática, de labios de ella, uno de los rabinos alcanzó a oír el nombre de otra gran ciudad en un lejano país.

# Rahab

Fray Plácido esa noche tuvo un sueño que truncó la campana del hermano Pánfilo.

En vano permaneció un rato sentado sobre su jergón, para atar los cabos de sus recuerdos.

Como las nubes deshechas por el huracán no se reconstruyen nunca tales cuales fueron, así los sueños del fraile no pudieron rehacerse.

No eran pues sueños proféticos, anuncios del Señor que de serlo, habrían perdurado en su memoria.

Se santiguó de nuevo, se lavoteó en una palangana de hierro y se encaminó a la sacristía por el desierto claustro en que sus sandalias sonaban con arcaico rumor. Sin que hubiera ninguna lámpara encendida, todo aparecía envuelto en una claridad lechosa, merced al resplandor que derramaban sobre la ciudad nubes artificiales de un gas luminoso.

A esa hora el hermano Pánfilo preparaba sobre la ancha mesa de la sacristía los ornamentos sagrados para la primera misa, que debía comenzar al filo de la medianoche.

En el movedizo arenal del mundo cuyas instituciones se extinguían o se transformaban, solamente la Iglesia Católica, con sus dogmas eternos y su liturgia milenaria permanecía impasible, torre de piedra en mitad del desierto. Cada uno de los ornamentos, la dorada casulla, el alba flotante de cándida tela, la estola, el manípulo, todas aquellas prendas de que le revestía la mano arrugada y temblorosa del sacristán, eran idénticas a las usadas desde siglos y siglos por otros sacerdotes; y las oraciones con que acompañaba cada gesto venían repitiéndose por millones de bocas desde la más remota antigüedad.

Sonaron las cien en el reloj de la sacristía y en todos los relojes de la ciudad. Conforme al nuevo uso, dividíase el día en cien horas de cien minutos cada una, y era cada minuto poco más de ocho segundos antiguos, el espacio de una jaculatoria. Pero los relojes no las anunciaban por campanadas que habría sido difícil contar, sino por voces que una radio lanzaba a los aires.

Fray Plácido, revestido ya y precedido de un monaguillo soñoliento, llegó al altar de San José, donde todo conservábase igual desde tres siglos por lo menos: el atril para el misal, las vinajeras con el agua y el vino para la consagración, la campanilla para el sanctus y las dos velas litúrgicas, cuyas vacilantes llamas no se avergonzaban ante el resplandor de la luz difusa que impregnaba el éter.

Los fieles llenaban la anchurosa nave del templo y muchos se agrupaban alrededor del confesionario del otro fraile del convento recién elegido superior, fray Simón de Samaria, que confesaba desde las doce de la noche hasta las dos, hora de su misa.

La pequeña comunidad de los gregorianos, algo más de media docena de individuos, estaba orgullosa de él y esperaba que su prodigiosa fama despertaría las vocaciones que la orden necesitaba urgentemente para no extinguirse.

Fray Plácido se alegró al ver rodeado de penitentes el confesionario de fray Simón. Creía que ése era el ministerio más difícil del sacerdote y el más propio para que la sal de la tierra se mantuviera en su genuino sabor.

Observó sin embargo una novedad, que lo distrajo varias veces durante la misa. Entre los penitentes columbró a Juana Tabor, aquella joven semiconvertida por fray Simón.

Era la primera vez que acudía al confesionario, pues ella hasta entonces lo había consultado en el locutorio de la comunidad; y era eso lo que convenía no siendo aún católica.

¿Habría adelantado tanto la misteriosa catecúmena, que entraba de lleno en la más penosa de las experiencias, cual es la confesión?

Muy poco sabía de ella el viejo fraile. Tampoco sus amigos íntimos que lo visitaban a diario en su celda, Ernesto Padilla y Ángel Greco, más viejos que él los dos y que conocían a todo el mundo, sabían nada de aquella mujer de nombre sonoro y misterioso, que había comprado al Gobierno la antigua quinta de los jesuitas en Martínez, cerca de Buenos Aires.

Un día, en aquella casa en que antes se bendijo a Cristo, celebróse una gran fiesta profana, y la hermosura y la riqueza de Juana Tabor se hicieron proverbiales.

Vestíase como una princesa india: manto blanco sobre los cabellos negros sencillamente alisados; sandalias de oro y una cinta roja ciñendo la hermosísima frente. ¿Era un simple adorno u ocultaba alguna deformidad o cicatriz? ¡Misterio!

No existía idioma que ella no hablara a la perfección, y su trato era de una seducción extraña.

¿Hindú, europea, americana? De cierto nadie lo sabía. Ella decía chilena, mas negábanlo quienes conocían los modismos de Chile que ella no usaba nunca. Aunque su tipo era caucásico, había en sus ojos un dejo de la raza amarilla, rasgo inexplicable y exquisito que dulcificaba el resplandor demasiado altivo de sus facciones.

No era bautizada. Fray Simón nunca hablaba de ella, lo cual inquietaba mucho a fray Plácido, que un día le dijo con alguna intención dos frases de la Sagrada Escritura, una de las cuales alegró el siempre nublado rostro del superior, mientras la otra pareció irritarlo.

Y fue la primera aquella respuesta del Señor, cuando los fariseos le reprocharon su familiaridad con los pecadores: “Si un hombre tiene cien ovejas y una de ellas se descarria, ¿no dejará las noventa y nueve en la dehesa para ir al monte en busca de la extraviada?”

Al mismo fray Plácido, no sabía por qué, después de haber citado las palabras del divino Jesús, hijo de María, le vinieron a la mente otras del otro Jesús, el sombrío hijo de Sirach, y fue el amargo versículo del Eclesiástico: “Toda malicia es pequeña comparada con la malicia de la mujer.” ¿Era por ventura una prevención, un aviso para que desconfiase de la bellísima Juana Tabor?

Algo antes de la medianoche, cuando fray Plácido iba en su misa por el ofertorio, una preciosa autoavioneta plateada que no halló lugar libre para aterrizar en la vecina plaza Stalin, se decidió a posarse como una paloma sobre el techo de la iglesia.

Descendieron de ella dos muchachas y dos mozos que vestían los trajes de moda.

Es oportuno advertir que a pesar de las infinitas revoluciones hechas para terminar con las clases sociales, las gentes en las cercanías del año 2000 seguían agrupándose en clases conforme a sus gustos, a sus envidias, a sus costumbres. Especialmente la envidia, a la cual se le diera en tiempos de Marx el nombre científico de lucha de clases, era más que nunca el motor principal de las almas.

Los dos mozos (Níquel Krom y Mercurio Lahres) vestían traje talar de seda amarilla, algo de toga romana y algo de albornoz africano.

En cambio, las dos jóvenes llevaban, según los últimos figurines de Yokohama, la ciudad más elegante del universo, pantalones de seda. Eran amplios los de Rahab Kohen, nombre de la una, y ceñidos a la pierna los de Foto Fuma, la otra. En aquel fin de siglo los hombres usaban polleras y las mujeres pantalones.

Las dos muchachas vestían además elegantísimas blusas de cuero rojo sin mangas, lo que permitía verles en el brazo derecho, un poco arriba del codo, marcado a fuego, el número 666.

La azotea, dispuesta para el aterrizaje de los aviones, estaba iluminada por una fosforescencia opalina, cien veces más intensa que la de la luna en el plenilunio y sin la dureza de la cruda luz del sol.

Tal resultado se obtenía arrojando torrentes de un gas ozonizado, que se mantenía entre los 100 y 150 metros formando un toldo blanco y unido.

Ese gas electrizado a distancia, producía tan maravillosa claridad que las gentes acabaron por no echar de menos la del sol.

En las noches de viento la luz sufría ligeras oscilaciones, el toldo solía desgajarse, y aparecían pedazos de un cielo que, aun cuajado de estrellas, no merecía sino las maldiciones de los ciudadanos, porque ese fenómeno obligaba a las máquinas que hacían el gas a multiplicar su producción —con grandes gastos— para reponer lo que el viento pampero o el norte habían barrido.

El solo inconveniente del sistema, para ojos de otros siglos, era que los habitantes de las grandes ciudades ignoraban la belleza de los cielos estrellados. Millones de seres nacían, vivían y morían sin haber contemplado nunca una noche de luna.

¿Pero eso qué importaba? En todos los siglos ha habido quienes sin ser ciegos, jamás quisieron ver la salida del sol ni interrumpir el sueño para contemplar la estrella de la mañana.

Sin embargo, la belleza de la estrella de la mañana es tal que entre los horrores del Apocalipsis el Señor, para ponderar la grandeza del premio que destina a los que perseveren, lo compara con ella: “Al que guardare mis obras hasta el fin, yo le daré la estrella de la mañana.”

Discuten los intérpretes acerca del sentido de esta promesa, mas no los poetas, que la aceptan en su sentido obvio y directo, pues para ellos la estrella de la mañana es una de las maravillas de este mundo poblado de inadvertidas bellezas.

Los pasajeros de la avioneta habían bajado en los techos de San Gregorio con deseos de procurarse un buen sitio para oír el sermón del famosísimo padre, que tenía absorta y conmovida la ciudad. Sería una distracción nueva.

Rahab recorrió la azotea buscando cómo descender hasta el atrio, y halló una escalera de ladrillos que por una parte conducía al campanario y por la otra al coro y otras dependencias del convento.

Un cartelito prevenía en dos idiomas, latín y esperanto, que estaba prohibido subir a la torre, y añadía:

Respete la clausura del convento. Para bajar a la calle siga la escalera.

La muchacha miró el cartel e hizo un mohín.

—Me parece que aquí nos indican el camino. ¿Alguno de ustedes sabe leer?

Uno de ellos, Níquel Krom, respondió riéndose:

—¿Por quién nos tomas? ¿Tenemos cara de sirvientes?

Y el otro, Mercurio Lahres, dijo:

—Si hubiera sabido que eso te iba a interesar me hubiese venido con Ángel Greco, el único en mi casa que entiende jeroglíficos. Es secretario de mi madre y le lleva muy bien las cuentas.

—Se lo diré a la mía —replicó Rahab con sorna— para que lo haga ministro de Hacienda.

La madre de Rahab, doña Hilda Silberman —viuda hacía muchos años del riquísimo Matías Kohen, hijo de Mauricio Kohen y de la hermosa Marta Blumen, que conocimos en 1934— ( ) era jefa del Estado argentino, la segunda mujer que había llegado a ser presidenta de la Nación.

Tampoco la otra muchacha, Foto Fuma, sabía leer, y así los cuatro permanecieron indecisos delante del cartel.

Nunca hasta entonces habían notado que les hiciera falta el saber siquiera las primeras letras.

Hacia el año 2000 la gente distinguida lo pasaba muy bien sin tal conocimiento.

El cinematógrafo hablado y los radiotéléfonos de bolsillo habían reemplazado totalmente los libros y hasta las revistas de crímenes y chistes, postrer refugio de la imprenta.

La vida había perdido su hondura.

Se vivía a lo largo de los días, a lo ancho de los placeres o de las pasiones; pero nadie gustaba de quedarse a solas con su pensamiento, ni con su corazón, ni menos con su conciencia.

La primera víctima de aquella mutilación de la vida fue el arte. El arte sólo puede arraigar en la concentración —que es la tercera dimensión de la vida— para adentro de uno mismo.

La técnica industrial progresaba ciertamente, porque la codicia de lucro estimulaba el ingenio de los inventores.

Pero como el arte o la ciencia pura no son fuentes de ganancia, se iban quedando sin devotos.

Se perdió totalmente el gusto por la investigación desinteresada. Había tantas enciclopedias y cuadros sinópticos y diccionarios de fórmulas y recetas, que no valía la pena descubrirlas por cuenta propia.

El desmesurado progreso de la pedagogía, que había hecho demasiado fácil el allegar noticias —ya que no conocimientos— mató la vocación investigadora y acabó con la ciencia y el arte, que imponen sacrificios.

Llegado el caso de necesitar algo de eso, bastaba conectar una de las mil oficinas de informaciones y pedirselo. Algunos pobres diablos, especie de tarados maniáticos del estudio, todavía parecían capaces de hojear un libro, y ellos eran los que se encargaban de evacuar las consultas, provocando no la admiración de los que se beneficiaban con su ciencia o su trabajo, sino su lástima. ¡Que hubiera gentes tan infelices que gastaran su vida hojeando papelotes, cuando podían gustarla bailando, bebiendo y aburriéndose en los cines y en las boites! Pero ya eran pocas, y

pronto no habría nadie en el mundo apto para leer un libro o tocar un piano o un violín, o manejar una pluma o un pincel.

Ya ni siquiera los figurines se imprimían. El suscriptor o el comprador recibía un rollito de films, que proyectaba en pantallas portátiles con cualquier luz y miraba las figuras ampliadas y escuchaba su explicación.

Bastó una generación de asombrosa técnica para acabar con diarios, libros, bibliotecas e imprentas.

Si alguien quería enterarse de las cosas del mundo —todavía se hallaban gentes extravagantes y curiosas— compraba en uno de esos kioscos que venden pastillas de menta y goma de mascar el último film noticioso, lo enchufaba en su aparato y lo oía en la misma forma que a un compañero, sin interrumpir las otras diversiones.

Ni los sordos necesitaban leer. Los fonógrafos no se comunicaban con el tímpano sino con el cerebro, como se escucha el tictac del reloj sin intervención del oído, con sólo aplicarlo al hueso temporal.

Mas poco a poco encontraron demasiado tonto eso de andar averiguando lo que ocurría en otras partes del planeta. ¿Para qué? Cada cual debía vivir su vida, no la de los otros.

Si recibían una carta manuscrita o a máquina y tenían curiosidad de enterarse de ella, se la hacían leer por un criado. En casos de apuro, cuando no tenían el criado cerca, pedían por teléfono el auxilio de un lector a una compañía, como se pide un mecánico o una ayuda al Automóvil Club si se pincha una goma.

Los criados, personajes imprescindibles, eran los descendientes de las familias consulares de 1940, que, entre morirse de hambre o vivir bajo las mesas de los nuevos Epulones, optaron por servirlos, con tan buen humor que el ser criado fue un sello de distinción, y muchos nuevos ricos y nuevos nobles que no se avergonzaban en presencia de sus iguales, apenas se atrevían a menearse delante de aquellos sirvientes sabios a quienes el Gobierno les cambió el apellido, por no verse obligado a modificar la historia argentina.

En efecto, no parecía discreto que misia Hilda, la presidenta, se hiciera pintar las uñas por un tal Manuel Belgrano, y que al ministro Chupínez le bruñera las sandalias un tal Bartolomé Mitre.

Ante la imposibilidad de enterarse de lo que decía el cartelito Rahab se impacientó, empujó la puerta y se metió de rondón en la lóbrega caja de una escalera de gastados ladrillos, por la que los cuatro descendieron hasta el pretil de la iglesia.

Trescientos años atrás allí se enterraban los muertos ilustres. Todavía podían deletrearse en el suelo algunos nombres.

Las puertas de hierro de la iglesia estaban abiertas, pero las cancelas de batientes impedían ver lo que ocurría adentro.

Dos caballeros templarios, con sus mantos blancos recogidos en pliegues marciales y elegantísimos que descubrían a la derecha la gran cruz de lana roja cosida a la holgada blusa, y a la izquierda la fuerte y rica espada medieval, montaban la guardia.

Aquí parece oportuno referir cómo se había restaurado la antiquísima orden religiosa y militar de los templarios.

Fundada en tiempo de las Cruzadas por Godofredo de Bouillon para combatir contra los mahometanos, se compuso de monjes guerreros ligados por votos perpetuos de castidad y obediencia.

En poco tiempo allegaron tanto poder y riqueza que suscitaron celos de los reyes y se hicieron blanco de odios y acusaciones terribles contra su moral y su doctrina.

Nunca la historia aclarará el extraño proceso de los Caballeros del Temple, porque la orden sacaba mucha de su fuerza del misterio en que se desenvolvía; los grandes actores de aquella tragedia nunca divulgan sus conclusiones, y los documentos fueron destruidos por el tiempo o la mano de los hombres.

Pero, fuera justa o injusta la sentencia del rey de Francia Felipe el Hermoso, que mandó quemar vivo a Santiago de Molay, gran maestre de la orden, en una isleta del Sena llamada la “Isla de los Judíos”, fuesen criminales o mártires todos los que con él sufrieron el mismo suplicio, el nombre de los templarios resuena a través de los siglos como esas catedrales que, aun profanadas y semidestruidas, responden con ecos sagrados a la voz del caminante que turba su silencio.

Muchas veces se ha intentado restaurar la orden, y no pocas instituciones —entre ellas la masonería y los Caballeros de Cristo— han pretendido ser sus continuadores, y a fin de dar más viso a su pretensión, datan las listas de sus grandes maestros desde Godofredo de Bouillon.

¡Falsedad y delirio de grandeza! La sola y verdadera restauración de aquella orden llevóse a cabo en el Brasil, el 18 de marzo de 1964; o sea 650 años, día por día, después del suplicio del gran maestre Santiago de Molay.

Los nuevos templarios se difundieron con sospechosa rapidez. Los mismos gobiernos que habían perseguido a los demás religiosos; jesuitas, benedictinos, salesianos y expulsádoslos como pestíferos de la mayoría de las naciones, fomentaron a los templarios.

Aún entre los católicos fue el suceso motivo de controversias. Unos, viendo que las vocaciones por los templarios se encendían como un reguero de pólvora, creyeron que fuese la congregación conveniente para los nuevos tiempos, y miles de súplicas se elevaron al papa a fin de que la aprobase y le devolviera sus antiguos privilegios.

Otros, sorprendidos de un éxito tan repentino y grande, y alarmados por los aplausos que los enemigos de las demás órdenes religiosas prodigaban a los templarios, empezaron a desconfiar de ellos y dieron la voz de alerta, temiendo se tratase de un nuevo disfraz de la masonería.

La orden hacía gala de su fe en Dios, pero su culto adoptaba formas impersonales, demasiado holgadas y prácticas, con lo cual satisfacía dos tendencias contradictorias de este pobre corazón: la urgencia de creer en algo sobrenatural y el instinto de rebeldía contra toda autoridad. Una de las primeras diligencias del gran maestre de la orden restaurada, don Pedro de Alcántara y Pernambuco, fue someter humildemente al papa sus proyectos y pedir la aprobación de sus estatutos.

—No se los aprobarán —decían unos—. El Vaticano tiene el olfato fino.

—Sí, se los aprobarán —replicaban otros—. Sería insensato que el papa rechazara tan valiosos aliados en estos tiempos de tanta indignancia religiosa.

Los templarios entre tanto se diseminaban por el mundo. Hasta en los pueblos más pequeños, dondequiera que hubiese media docena de hombres de ciertas calidades, constituían una célula a la manera de un club y trabajaban según la fórmula que habían adoptado: “Por la humanidad, como Jesús, y contra toda violencia.”

Casi al mismo tiempo, con parecidos métodos se restauraba en Etiopía otra viejísima orden religiosa, la de los etíopes, en cuyos conventos sólo se celebraba una misa diariamente a las doce de la noche, hora en que Cristo realizó la última cena.

Éstos no pidieron la aprobación del papa sino del patriarca de Constantinopla —pues eran católicos ortodoxos— y pronto la obtuvieron, lo cual no despertó celos de los templarios. ¡Bienvenidos todos los obreros que quisieran trabajar la viña del Señor!

En la Argentina, donde no existía públicamente más congregación religiosa que la gregoriana, los Caballeros del Temple le formaron guardia de honor y declararon que fray Simón de Samaria era el máximo orador de todos los siglos y el que mejor interpretaba el espíritu del Evangelio.

El fraile sentíase ufano de tamaño homenaje, y hubiera preferido incurrir en alguna herejía antes que escandalizar a tan generosos aliados.

El templario que aquella noche vio bajar por la escalera de la torre a los cuatro jóvenes comprendió que no eran de los acostumbrados fieles.

Rahab y Foto admiraban el atuendo y la apostura del caballero.

—¡Lástima de muchacho! —dijo Foto—. Parece que hacen no sé qué juramento o votos para pertenecer a esa orden. Creo que no pueden casarse.

—¡Peor para ellos! —respondió Rahab.

El templario se les acercó.

—Ustedes seguramente vienen a escuchar el sermón de fray Simón de Samaria.

—Así es. ¿Podemos asistir nosotras?

El templario echó una mirada a la simbólica marca que advertía en el desnudo brazo de las dos jóvenes, y pensó que no debían ser bautizadas, pero respondió:

—En la iglesia de fray Simón de Samaria caben todos los corazones. Sólo se necesita sentir sed del Altísimo.

—¿Y de qué habla fray Simón? —preguntó Rahab.

—De cualquier cosa que hable, siempre el oyente sale con la conciencia pacificada. ¿Hay milagro mayor que el pacificar una conciencia?

—Pero en suma —dijo frívolamente Foto— ¿es divertido lo que dice?

—Si hoy lo escuchan recibirán la mayor impresión de su vida.

—¿Sobre qué va a hablar? —preguntó uno de los mozos.

—Va a comentar un texto de San Pablo.

—¿Quién es San Pablo? —preguntó Níquel.

—¿Cuál es el texto? —interrogó Mercurio, simulando saber más que su compañero.

—Aquel que dice, hablando de los judíos: “Su culpa ha sido la riqueza del mundo.”

—¿Y qué consecuencia saca de ese texto?

—No puedo creer —respondió el templario— que saque otra conclusión que el proscribir toda lucha de raza, porque todos los hombres somos hermanos en Cristo, aun los enemigos de Cristo.

Rahab quedó pensativa; luego consultó su reloj pulsera, pequenísimo aparato de radio que mediante un resorte pronunciaba la hora. La pulsera cantó en voz baja: “las cuatro” (poco menos de la una de antes).

—¿A qué hora predica fray Simón?

—A las ocho (las dos menos cinco de antes).

—Entonces tenemos tiempo de dar un paseo —dijo Foto.

—Vamos a bailar al Congo —propuso uno de los jóvenes.

—¡Buena idea —respondió el otro—. A la vuelta todavía estará hablando. Y si no es hoy, lo oiremos mañana. Yo no soy muy aficionado a sermones.

Rahab, la dueña de la avioneta, ofreció el volante a Níquel, apuesto mozo con quien parecía entendida Foto.

—Yo iré a tu lado, Níquel —dijo ésta—. Dame un cigarrillo por la compañía.

—No hay fuerza para volar —respondió Níquel mostrando en cero la aguja indicadora de la provisión de energía—. No tengo cigarrillos; yo no fumo.

—Entonces tú, Lahres.

—Yo tampoco fumo. Me da náuseas. Solamente las mujeres son capaces de resistir ese vicio —respondió humildemente el interpelado— si quieres una pastilla de menta...

Rahab se encogió de hombros con desprecio y abrió la cigarrera que le tendió la otra muchacha, de cristal azul flexible como el cuero, y extrajo un rollito de papel que contenía opio y arsénico, amén de otras mercaderías sabiamente dosificadas, que excitaban y no enervaban.

En esa época la nafta, el petróleo, el carbón, la leña, eran combustibles miserables, usados solamente por los pobres. Y el tabaco negro o rubio cosa anticuada y pestífera, bueno sólo para los obreros de la más baja categoría.

Las máquinas finas se impulsaban de otro modo, y la gente educada se dopaba con alcaloides más interesantes que la vulgar nicotina.

Los alquimistas del siglo XX habían inventado un procedimiento para desintegrar la materia, primera etapa de la transmutación de los elementos.

Aunque esta segunda etapa (transmutación del plomo en oro, por ejemplo) no se realizaba sino como experimento de gabinete pues era lenta y costosa, ya su primer paso en esos caminos sonados de los alquimistas, la desintegración de la materia, introdujo una revolución sin igual en la industria, porque al dislocar los corpúsculos infinitesimales que constituyen un átomo se ponía en libertad una suma colosal de energía.

Disgregar un gramo de platino equivalía a quemar 200 toneladas de carbón en un buen horno.

Pero así como la técnica antigua hasta 1950 no pudo nunca aprovechar más que un décimo de la energía del carbón consumido y debió resignarse a perder el 90 por ciento, que se escapaba en forma de humo o residuos, la técnica ultramoderna tuvo que asistir impotente a un despilfarro mucho mayor, que humillaba a sus sabios.

Las máquinas más perfectas no lograban, a fines del siglo XX, transformar en trabajo más que la diezmilésima parte de la energía liberada al desintegrar un trozo de materia.

A pesar de ello, en los aviones resultaba ventajoso reemplazar los anticuados motores por los modernos hornillos, bautizados athanores en recuerdo de los alquimistas medievales, que en rudos artefactos de ese nombre quemaron fortunas y vidas.

Como en una alcancía, por una ranura metíase en el athanor un disco semejante a una moneda, y el avión quedaba provisto para algunas horas de vuelo.

No toda materia era adecuada para la desintegración. La experiencia había comprobado una vez más el genio de los alquimistas antiguos, que intuitivamente discurrieron sobre los llamados cuerpos simples, a algunos de los cuales los calificaron de nobles, como el oro y la plata.

En éstos veían los frutos maduros del árbol de la naturaleza metálica; los otros (el hierro, el cobre) eran frutos verdes o crudos.

La piedra filosofal, en cuya búsqueda se enloquecieron y se arruinaron durante siglos, no era otra cosa que un fermento capaz de apresurar la madurez de los frutos verdes para llevarlos en poco tiempo hasta la dignidad y perfección del oro y de la plata, madurados durante millones de años por el lento laboratorio de la naturaleza.

El siglo XX comprobó la exactitud de la teoría. Descubrióse que el oro, el platino, la plata, eran los metales en que la naturaleza había condensado más energía, o sea los más maduros.

Un gramo de oro desintegrado en hornos que elevaban la temperatura a cien mil grados más allá de la volatilización, producía tanto trabajo útil como diez toneladas de plomo desintegrado; un gramo de plata, como media tonelada.

En aquella época (40 años después que los financieros se reunieron en el congreso internacional de la isla de los Ladrones) ni el oro ni la plata servían de moneda.

Ya hemos dicho que la humanidad había por fin repudiado la pérfida doctrina de que la moneda debe poseer valor intrínseco. Esta maliciosa vaciedad la inventaron los banqueros, interesados en deducir de ella una consecuencia que les entregaba el comercio mundial atado de pies y manos. La consecuencia de tal doctrina fue ésta: solamente el oro tiene las calidades ideales de una moneda, porque solamente el oro posee gran valor intrínseco en pequeño volumen inalterable, y porque no aumenta ni disminuye la cantidad existente en el mundo sino en pequeña proporción.

El haber renegado la humanidad de tamaño disparate constituye el más fecundo progreso de la economía política en mil años.

Con eso no más, el mundo se libertó de la siniestra tiranía de los cuatro o cinco grandes banqueros, dueños de la mayor parte del oro, quienes de tiempo en tiempo provocaban una aparente escasez de metal amarillo, con lo cual duplicaban o triplicaban su valor y por ende sus fortunas a costa del mundo entero y aun de los pobres profesores universitarios que seguían de buena fe repitiendo las inepcias de la economía política clásica.

La desmonetización del oro y de la plata produjo una repentina desvalorización de ambos metales. Un puñado de monedas de oro llegó a no valer más que un litro de agua de colonia de buena marca.

Pero cuando los alquimistas descubrieron el modo de utilizar la energía atómica de los cuerpos y comprobaron que los metales nobles rendían más trabajo que los otros, el oro y la plata recobraron su posición de metales preciosos.

De más está decir que los que se habían despojado del oro como cosa sin valor lloraron amargamente su ligereza, y que los que siguieron guardándolo se encontraron cien veces más ricos, cual si poseyeran las mejores minas de carbón o los más rendidores pozos de petróleo del universo.

Tener en el bolsillo un disco de oro del tamaño de una libra esterlina equivalía a tener mil toneladas del más excelente carbón de piedra.

Existían dos tipos de aviones, y en general de motores: los cautivos, que recibían las ondas de potentes usinas instaladas en tierra, y los independientes, que producían a bordo su propia energía con el combustible que llevaban.

A los primeros una usina los mantenía en el aire enviándoles energía para que navegaran, y podía precipitarlos al suelo con sólo olvidarlos. Los otros llamados athanores por lo antes dicho, eran excesivamente caros, pues devoraban discos de oro y no utilizaban más que la diezmilésima parte de su combustible. Además, en la construcción de sus poderosos hornillos o athanores entraba como material refractario de sus crisoles nada menos que polvo de diamante armado sobre placas de platino.

Un athanor era la mayor de las vanidades.

¡Cuántas hermosas chicas por poseerlo habrían sido capaces de renegar del bautismo y dejarse marcar en el brazo el fatídico número 666!

Rahab, la dueña de la preciosa athanora que bajó a la azotea de los gregorianos, no había necesitado renegar del bautismo cristiano, porque no era bautizada.

Rubia, de tez naturalmente rosada, lo que le daba fresca de flor; de modales felinos, suaves unas veces, arrogantes otras; de ojos verdes, como dicen que serán los del Anticristo, descubría a través de la impalpable gracia porteña la milenaria belleza de la Biblia, que hizo exclamar a Salomón: “Vuélvete, vuélvete ¡oh, Sulamita!; vuélvete, vuélvete para que te miremos.”

Debía de tener veinte años, pero se manejaba sola desde que cumplió su mayor edad, a los catorce. Los varones se emancipaban a los dieciséis, pues se consideraba que las mujeres llegan antes que los hombres a la pubertad y al juicio.

Ninguno de los compañeros de Rahab quiso advertir que ella buscaba en el bolsillo de su blusa de cuero un disco de oro para alimentar su motor.

O no tenían con qué o no querían costear el paseo. Fastidiada, Rahab les interpeló:

—¿Ninguno de ustedes tiene siquiera un marx?

El adverbio siquiera restalló como un latigazo en los oídos de los tres jóvenes, para quienes un marx no significaba una cantidad despreciable.

El marx, la unidad monetaria internacional, era un billete garantido por el Banco Internacional de Compensaciones, cuyo poder de compra equivalía a una libra esterlina de los tiempos de la reina Victoria,

Por asimilación, llamábase marx al disco de oro del tamaño de una esterlina que utilizaban las athanores.

Si el marx tenía en todos los países igual nombre, en cambio las monedas divisionarias llevaban el de los héroes más característicos de cada país.

Así, las de Francia llamaronse Pasteur, Vicente de Paul, Corneille. Las de Alemania, Gutenberg, Beethoven, Bismarck. Las de España, Colón, Teresa, Franco.

En Buenos Aires se convocó un plebiscito para hallar las designaciones que satisficieran a la mayoría del pueblo. El nombre más votado resultó el de la Madre María; después, Gardel; y en el tercer lugar, Pancho Sierra.

Un marx valía diez madremarías, o cien gardeles, o mil panchosierras. Por lo tanto, un panchosierra equivalía más o menos a un centavo de cobre de los de 1900.

Por un panchosierra se podía comprar un paquete de pastillas de menta para hombres o un paquete de cigarrillos ordinarios para mujeres de pueblo.

Ante la dura interpelación de Rahab, el mozo que había empuñado el volante se decidió a meter la mano en el bolsillo y extrajo una laminita de plata que costaba un panchosierra.

—Yo tengo esto —dijo modestamente.

—¡Un pancho! —exclamó Rahab con desprecio, extendiendo la palma de la mano para sopesar aquella insignificancia, y miró a los otros dos compañeros.

Rahab podía permitirse ese desplante. Era la heredera más rica de su país, donde la revolución anarco-marxista no abolió sino la propiedad privada de las tierras y de las fábricas, pero dejó subsistente la de los metales, entre ellos el oro. Su madre, misia Hilda, poseía en lingotes de oro lo suficiente para mover todas las escuadras de aviones del mundo durante un año, y todos los buques de guerra durante tres. En el mundo entero no existían más de dos rivales, a lo sumo tres, que podían discutir con la dama el ser dueños de mayor fortuna.

—¡Sea lo que el diablo quiera! —dijo Rahab metiendo en la ranura de su athanora aquel mísero panchosierra equivalente a una hora de vuelo.

Zumbó el motor, los cuatro se acomodaron en sus asientos, vibraron las alas y la avioneta, haciendo estrechas espirales, hendió el toldo de gas luminoso que cubría la ciudad y desapareció, como un nadador tragado por la espuma rumbo al Congo, el mejor cabaret de América del Sur.

De pronto Rahab, empuñándose por arriba del hombro de Níquel, oprimió una de las palancas, modificó la posición de las alas y la athanora se detuvo a tres mil metros de altura, como si estuviera colgada por un alambre de una invisible bóveda.

Gracias al giróscopo los aeroplanos podían inmovilizarse en el aire por largo tiempo cuando se quedaban sin combustible o sufrían algún percance, hasta que llegaba un avión de auxilio, llamado por radiotelefonía.

—¿Qué haces, Rahab?

—Tengo una idea mejor. ¿Saben que hoy... —apretó el resorte de su pulsera y escuchó el reloj—, hoy, dentro de veinte minutos, van a gurdivanizar a Rocío López?

—¿Aquel poeta que te amó y te hizo versos? —interrogó Foto.

Rahab se encogió de hombros con su ademán de costumbre pero no dejó de sonreír, halagada de que alguien se gurdivanizara por causa de ella.

—¡Ese mismo! Decepcionado, ha resuelto gurdivanizarse por treinta años en vez de tomarse una buena dosis de cianuro... Me ha escrito una carta con unos versos que he hecho leer a mi sirvienta. Me acusa de muchos horrores y dice que dentro de treinta años, cuando él se desgurdivanice, yo seré vieja, y acordándome de mi lejana juventud lo amaré; él entonces se vengará desdeñándome.

—¡Qué ocurrencias tan hermosas tienen los poetas! —exclamó Foto muerta de envidia.

—¿No piensan ustedes que un poeta es siempre un idiota? —preguntó con melancolía Rahab, alargando la punta de su sandalia de platino para poner en marcha la athanora.

—¿Por qué no te gurdivanizas tú también por el mismo plazo, y cuando él se levante creyendo hallarte vieja, te encuentre joven y vuelves a burlarte de él y de sus versos?

Esta sugestión de Níquel agradó a todos menos a Rahab, que no tenía ganas de morir ni siquiera por pocos años, pues gurdivanizarse era morir por algún tiempo.

Hacia cincuenta años dos famosos médicos argentinos, profesores de la Universidad de Buenos Aires que habían realizado profundos estudios sobre la conservación y destrucción de la vida en los tejidos animales, hicieron uno de esos descubrimientos que revolucionan las costumbres de la humanidad. Hallaron la forma de suspender la vida de un ser animado —y también de los seres humanos— por meses y aun por años, y quizá por siglos. Durante ese período el organismo no consumía energía alguna y conservaba íntegramente sus cualidades: juventud, belleza, ingenio —si lo tenía— hasta que, llegado el plazo, era nuevamente llamado a la vida y se despertaba descansado y dispuesto a seguir viviendo.

Aplicábase un procedimiento de congelación a 200 grados bajo cero y en un ambiente electrizado que se mantenía todo el tiempo.

Si por una fatal circunstancia se interrumpía la corriente eléctrica, el pobre diablo congelado, como un salmón de Escocia en un témpano de hielo, se moría sin remedio, es decir, se presentaba a dar cuenta a Dios de sus acciones antes de lo que él mismo había calculado.

El procedimiento se llamó gurdivanizamiento, y el ponerlo en práctica, gurdivanizar, por el nombre de sus inventores, los profesores Gourdy e Ivanishevich, que tal vez no sospechaban en 1950, cuando dieron a conocer su descubrimiento, las consecuencias macabras y aun pintorescas que tendría en 1995.

Acogido con recelo al principio, nadie quiso estrenarlo a pesar del buen éxito de los experimentos hechos con loros, pavos, perros, asnos, monos y otros animales semejantes al hombre y a la mujer “fin del mundo”.

Hasta que tres hermanos que habían asesinado a sus padres y que fueron condenados a muerte, consintieron en trocar su destino gurdivanizándose por diez años, con tal de que se les perdonara toda la pena si al final quedaban vivos.

Diez años después de esa primera congelación de hombres, allá por 1963, se reunieron todos los sabios argentinos y un inmenso público para presenciar la maniobra de los profesores Gourdy e Ivanishevich, que iban a desgurdivanizar a los tres condenados a muerte en un enorme escenario erigido en la plaza Stalin.

¡Qué emoción cuando el doctor Ivanissevich, con mano todavía segura a pesar de sus setenta años, empezó a regar con agua caliente los tres bloques de hielo, donde como en un estuche de cristal permanecían quietos los tres angelitos, mientras el doctor Gourdy iba graduando la corriente eléctrica y tres ayudantes con sendas jeringas espiaban el primer movimiento de vida de aquellos bribones para aplicarles en el corazón una inyección de clorhidrato de adrenalina; y en cualquier otra parte otra de hormonas pituitarias, que según los cálculos los volvería a la vida, frescos como lechugas y bien dispuestos para nuevas bellaquerías!

Pronto los tres personajes empezaron a desperezarse y a bostezar, y uno de ellos, entre despierto y dormido, pidió un vaso de whisky; diéronselo, pero fue como si le hubiesen dado un potente veneno. Instantáneamente el tío dio un estrepitoso estornudo y quedó estirado y rígido sobre la mojada mesa de operaciones.

Eso quería decir que el alcohol resultaba funesto para los desgurdivanizados, por lo menos en los primeros tiempos de su vuelta a la vida.

Los otros dos, a quienes sólo se les dio agua con limón, para hidratarles los tejidos un tanto secos, pronto recobraron la negra conciencia de antes y reanudaron alegremente una nueva existencia.

Desde ese día fueron muchos los que se hicieron gurdivanizar.

La invención parecía especialmente destinada a los políticos que habían gastado su influencia y a quienes se les aconsejaba algunos años de abstención, hasta que pasaran las circunstancias adversas o cayeran del gobierno sus enemigos.

Cada vez que se elegía un nuevo presidente de la Nación o un nuevo gobernador en cualquiera de las provincias, venía una racha de gurdivanizaciones por cuatro y hasta por seis años, plazos que los políticos derrotados creían suficientes para rehacer su descalabrada personalidad.

Muchos acertaban, porque no hay nada que aumente la importancia de un político como el no mover un dedo durante algunos años. Llegóse a dar el caso de algunos de ellos desengañados o harto pesimistas que se había hecho gurdivanizar por seis años, es decir, por todo el período que debía durar en la presidencia su adversario, pero a quien los fieles partidarios, violando su expresa voluntad, lo sacaron del pan de hielo a los dos, a los tres, a los cuatro años, rociándolo con agua hirviendo prematuramente, para que reasumiera la dirección de su partido.

Diose también el caso de personajes campanudos que se acostaron a dormir creyendo que el mundo echaría de menos su presencia, y que se despertarían más importantes de lo que se habían acostado; pero les sucedió que al desgurdivanizarse y volver a sus casas, hallaron que nadie se acordaba de ellos y que más les habría valido seguir durmiendo.

Como los doctores Gourdy e Ivanissevich no reservaron el secreto de sus experiencias, pronto se hizo un negocio el aplicarlas, y se fundaron compañías en todo el mundo, con las cuales, mediante una prima anual, se contrataba el mantenimiento de los bloques de hielo en las condiciones requeridas para que aquella larva humana siguiera viviendo y a su tiempo fuera despertada.

Mas sucedió que como los plazos solían ser largos, mientras el personaje dormía la compañía gurdivanizadora quebraba, los administradores huían y el pobre tipo se quedaba olvidado para siempre.

No había que confiar demasiado en que los herederos, después de treinta, cuarenta o cincuenta años, se acordaran de llamarlo a la vida para gozar de su conversación y devolverle su fortuna.

Precisamente solían ser los herederos los que menos interés tenían en que se desgurdivanizaran, porque la aparición de un abuelo en tales condiciones acarrearía a sus lejanos y desconocidos biznietos complicaciones de toda clase.

Por eso más de un biznieto se arregló con la empresa gurdivanizadora para que le cortara la corriente eléctrica y lo dejara dormido en apariencia, pero en realidad más muerto que un mamut adentro de un ventisquero.

Tuvieron que intervenir los gobiernos y fiscalizar severamente a las empresas, para que el gurdivanizado pudiera dormir seguro de que no le cortarían la corriente y que a su debido tiempo lo desgurdivanizarían.

Como la operación y su mantenimiento costaban mucho, no se gurdivanizaban sino los muy ricos, que podían asegurar el pago anual de una prima elevadísima.

Se comprende fácilmente que el negocio contase con la decidida oposición de los futuros herederos del caprichoso señor, que prefería aplazar su muerte, saltando por arriba de ello y condenándolos a gastar la tela de su vida en la pobreza, mientras él dormía para despertarse algún día más joven y fuerte que ellos.

Esto causó pleitos y discordias, y entonces fundiéronse compañías de seguros que se encargaban de ir pagando a esos herederos las rentas que posiblemente hubieran recibido si el personaje se hubiera muerto en vez de echarse a dormir; y al final del plazo, cuando despertaba, se encargaban asimismo de devolverle sus bienes, mermados de las enormes primas que se abonaban por esta clase de seguros.

Con lo cual se acallaron las protestas de los herederos, pero no disminuyeron las aprensiones que ellos tenían al sentirse envejecer, viviendo de unas rentas que habían de concluirse el día que su abuelo o abuela saliese del estuche muy fresco y dispuesto a seguir viviendo largos años más.

Precisamente el abuelo de Rahab, el riquísimo Zacarías Blumen, se había hecho gurdivanizar por treinta años en 1970. Tenía setenta y se le había metido entre ceja y ceja alcanzar el año 2000.

Entre los innumerables negocios de su larga vida había uno que por haberlo discurrido casi al final, era objeto de su predilección: el de Las Mil Puertas Verdes.

Un día Buenos Aires vio abrirse una pequeña tienda con puertas verdes. Vendíase en ella toda clase de artículos. No había cosa útil que no se encontrase allí, desde un modesto peine de baquelita hasta un reloj Patek Philippe; desde un alfiler de gancho hasta un sun-tuoso traje de novia.

A la entrada del comercio había una muestra en que se leía: Las Mil Puertas Verdes - Puerta N0 1.

Un mes después ya funcionaban veinte Puertas Verdes en distintos barrios porteños. Un año después ya eran cien.

Naturalmente, en el barrio donde se abría una Puerta Verde respaldada por la más poderosa organización financiera de América del Sur, sucumbían todos los comercios similares.

A la vuelta de veinticinco años, en todas las ciudades argentinas se habrían inaugurado Las Mil Puertas Verdes, y por lo menos diez mil comercios rivales se habrían fundido.

Pero Zacarías Blumen, el genial inventor de aquella formidable maquinaria, no alcanzaría a ver esa maravilla.

Podía, es verdad, sacrificando un centenar de millones, acelerar la marcha implacable del monstruoso organismo que avanzaba aplastando a todos sus competidores como un tanque de guerra aplastaría a un pobre tacurú de los campos; pero Zacarías Blumen no era hombre de modificar planes financieros que trazaba con la precisión con que un estratega traza sus operaciones en el campo de batalla. Los negocios eran para él batallas en que sus millones evolucionaban como los regimientos de un general.

Como él previó que moriría a los ochenta y cinco años, esto es, diez años antes de inaugurarse la milésima Puerta según sus cálculos, resolvió gurdivanizarse.

Cerraría los ojos y los abriría treinta años después, cuando estuvieran rodando vertiginosamente las mil ruedas de su trituradora, que le darían cien millones de ganancia cada año y lo harían rey de todos los comercios de la República.

La dificultad consistió en hallar alguien capaz de asegurar a sus herederos la renta colosal que les correspondería si él muriese de veras.

No habiendo en el país ni en el mundo nadie con los riñones bastante fuertes para eso, resolvió fundar él mismo una compañía con quinientos millones de capital.

Cinco magnates amigos suyos realizaron la enorme combinación. Se compró al Gobierno un inmenso edificio abandonado que había en cierta localidad llamada El Palomar,( ) y se llenó el mundo con su propaganda y empezaron a llegar clientes de todas las naciones.

Era la Argentina, merced a su legislación sabia y generosa, el campo ideal para los grandes negocios, irrealizables en otras comarcas menos libres.

Así, pues, Zacarías Blumen se metió un día en un cajón de roble que gracias a un procedimiento decolorante era traslúcido como un cristal de roca; se bebió una copa de champaña; se durmió sonriendo al ligero cosquilleo de los alambres eléctricos que le pusieron en ambos tobillos y fue luego acomodado en uno de los mil nichos dispuestos como celdillas de un panal, en el patio de honor del antiguo edificio.

Muchos viejos envidiaban su suerte, pero no podían imitarlo por no ser bastante ricos para pagar las anualidades a la empresa.

—¡Las cosas que alcanzará a ver este bribón en el año 2000! —decían los que le envidiaban—. Verá al Anticristo y es seguro que se hará su amigo; tal vez será su ministro de Hacienda, porque Buenos Aires será en el año 2000 la capital del Anticristo...

Rahab conocía toda aquella historia. El viejo Zacarías Blumen podía dormirse o despertarse cuando quisiera, porque su madre en 1990 tenía dos veces más millones que los que hubiera podido juntar nunca su bisabuelo Zacarías, que se había dormido antes de que se descubriera la desintegración de la materia. Ya hemos explicado en qué forma este portentoso descubrimiento valorizó los metales preciosos de que se habían desprendido casi todos sus poseedores.

Misia Hilda había tenido el instinto de acaparar centenares de toneladas de aquel oro, que a raíz de la desmonetización decretada por todos los gobiernos llegó a cotizarse en menos que la estearina o el jabón.

Los alquimistas le dieron un día la razón cuando descubrieron que un poquito de oro volatilizado en hornillos especiales, rendía tanto trabajo útil como miles de toneladas de buen carbón. De donde resultaba que el oro valía infinitamente más que antes.

—¡Si fuéramos a El Palomar a ver gurdivanizarse a ese pobre Rocío López! —exclamó Rahab.

—¡Vamos allá! —respondió Foto apretando el botón de marcha, con lo que el avión, como una golondrina libertada, echó a volar de nuevo.

Llegaron justamente cuando el desventurado poeta que iba a dormir seis lustros por amores contrariados, se estaba colocando él mismo las tobilleras de metal unidas a los alambres eléctricos.

Como era rico, tenía muchos amigos y no pocos parientes que rodeaban la mesa de alabastro donde se efectuaban los preparativos.

Rahab se abrió paso hasta la primera fila; él se alegró de que la preciosa muchacha fuera la última cosa que vieran sus ojos antes de cerrarse y la saludó con sonrisa triste y amorosa.

—¡Buenos sueños, hijo! —le respondió ella desenfadadamente—. Después me contarás lo que hayas soñado.

—Me despertaré con los mismos veinte años que tengo ahora, y tú tendrás cincuenta.

—¡Quién sabe, Rocío, si yo en tu ausencia no me resuelvo a imitarte!

—¡Oh, qué dulce me sería que durmieras a mi lado! —exclamó Rocío acostándose en el cristalino féretro.

—Sí, es cierto —respondió Rahab, pero tú en tu cajón y yo en el mío.

Bebía el desventurado su última copa de champaña, y la máquina eléctrica empezó a funcionar desprendiendo un fuerte olor a ozono.

—¡Adiós, Rocío! —gritaban los amigos viendo cómo se dormía el poético mancebo.

Y él, con voz cada vez más lejana, como si hablara desde las nieves eternas, respondía:

—¡Adiós, Rahab...!

) Marta Blumen es un personaje que aparece en El Kahal-Oro.

) Obviamente, el Colegio Militar Argentino.

## Dos rosas y una cruz

Fray Simón de Samaria, el superior de los gregorianos, probablemente el último superior de aquella antiquísima orden, llegó a su celda que estaba en el rincón más oscuro de los claustros, a la sombra de unas eternas glicinas de morados racimos.

El jardín de los gregorianos era inculto pero hermosísimo. Todo crecía allí a la buena de Dios desde hacía trescientos años.

Caía de viejo un tronco y nadie se cuidaba de levantarlo, y cien retoños de la misma o de otras raíces envolvían piadosamente sus despojos, tejiendo un matorral donde anidaban los pájaros y mariposeaban los alguaciles y las libélulas.

Más que jardín, era una huerta descuidada y frondosa entre tapias verdinegras, erizados todavía de cascos de botellas para defenderla contra los intrusos.

La celda se abría sobre el claustro del sur, y tenía una ventana que daba hacia otro jardín interior, más reducido pero igualmente descuidado y fosco.

El fraile se sentó delante de una mesa pintada de negro. Allí había una máquina eléctrica de escribir y un breviario.

La máquina imprimía signos microscópicos sobre levísimas hojas de baquelita, que sólo se podían descifrar gracias a otra máquina traductora.

Procedimiento antipático para un escritor, cuya vena no fluye sino cuando se establece la comunicación del cerebro con el papel, sin mecanismos materiales.

Por eso fray Simón ciertas cosas las escribía a pluma, como se hacía en el pasado siglo. Esa vez cogió su estilográfica y abrió un cuadernito donde asentaba su diario.

Mas se entretuvo leyendo una página que databa ya de algunos meses:

“Ayer visité a Juana Tabor en su hermosa quinta de Martínez, que fue de los jesuitas hasta la expulsión de la orden en 1960. Ella ha tratado de conservar el sello vetusto de la arboleda y de las construcciones.

“¿Por qué me sentía triste en medio de tanta hermosura? ¿Por qué me venía a la memoria la frase de Tonnellé, escritor francés: ‘El amor que experimento por lo bello es un amor grave y profundo, porque es un amor que hace padecer?’

“He hablado con Juana Tabor de sus dificultades para aceptar los dogmas católicos.

“Esa mujer tan misteriosa y mundana es un alma profundamente religiosa, a pesar de la nube de incredulidad con que el protestantismo, la religión de su niñez según creo, ha envuelto su pensamiento y su corazón.”()

En otra página escrita después:

“Ha venido al locutorio. Hemos hablado largamente y me ha dicho, fijando en mí su mirada oriental:

“¿Por qué no existe una Iglesia para los que dudan, espíritus que son religiosos pero que no pueden dar formas positivas a sus creencias y su culto?”

“Y como yo no encontrara en ese momento la frase que convenía decirle, después de un rato de silencio se puso de pie, y sin darme la mano se despidió con estas palabras:

“‘Si yo me hago católica no será en virtud de sus argumentos sino de su misericordia. Usted será para mí la puerta de la Iglesia.’

“Yo me quedé solo, sintiendo como cosa nue va esta verdad en que sin embargo he pensado muchas veces: si es una obra santa convertir a los herejes y cismáticos, ¿no es también una obra providencial, grata a Dios y bendecida por él, esta aproximación que se opera antes de la conversión, por la caridad, entre los católicos y los que no lo son?”

Fray Simón observó que la palabra caridad estaba escrita arriba de otra, que aún podía descifrarse: amor.

Varias páginas más allá el cuadernito contenía esta anotación:

“Hoy no he celebrado misa. Me acosté fatigado y me dormí pasada la medianoche. Oí vagamente la campana y no hallé alientos para levantarme. El hermano Plácido llamó a mi puerta; le dije que me perdonase porque estaba enfermo.

“Hace varios días que no tengo tiempo de rezar el oficio. Voy a pedir dispensa de él, a pesar de lo que suele decir mi viejo compañero fray Plácido: que el breviario y la devoción al papa son los dos puntales de la vocación sacerdotal. No lo creo; yo me siento sacerdote hasta la médula de mis huesos; tanto que mi vocación no padecería si me viera obligado a renunciar a algunos formulismos de la Iglesia. Yo soy sacerdote según el orden de Melquisedec, que levantaba su altar en campo abierto y podía enorgullecerse de su triple corona, de pontífice, de esposo y de padre.”

El superior de los gregorianos cerró un momento el cuadernito y se puso a reflexionar sobre aquellos apuntes, que tenían ya varias semanas.

Hacía dos por lo menos que había recibido de Roma la dispensa del breviario, cuyo rezo es obligatorio —bajo pecado mortal— para todos los sacerdotes. Había sentido un verdadero alivio. Decididamente no tenía paciencia para estarse dos horas salmodiando oraciones impresas, cuando tantos asuntos graves reclamaban su atención. ¡El trabajo, decíase a manera de excusa, es también una oración!

Abrió su cuaderno y leyó:

“Hoy he pasado tres horas con Juana en su quinta. Apenas hablamos de cosas de religión, pero eso no importa. Una vez sembrada la semilla germina sin que lo advierta el sembrador. Nuestra amistad es el comienzo de la época feliz que gozará el mundo cuando desaparezcan los afectos impuros.”

Al día siguiente otra anotación:

“He pasado la tarde en Martínez. Juana me ha dicho: ‘Creo en la divinidad de Cristo, pero no creo en su deidad, que confunde al hombre con Dios. Dios se ha manifestado en Cristo, pero Éste no es Dios.’

“Juana es un alma esencialmente religiosa, pero su teología es una extraña mezcla de sentimientos, de intuiciones, de interpretaciones subjetivas de la Biblia. Yo la escucho con embeleso viéndola acercarse paso a paso al catolicismo. Casi nunca refuto directamente sus errores. A veces transo con ellos, para mejor vencerla después. Aplico a mi modo esta regla de San Pablo: ‘Como a niños os he alimentado con leche y no con manjares, porque no sois todavía capaces de ellos.’

“Hoy le he dicho: ‘Usted me ha sido enviada milagrosamente para que yo la conduzca a la verdad a través del Evangelio, y usted me conduzca al cielo en virtud de la promesa del Apóstol.’

“‘¿Qué promesa?’ me ha preguntado. He respondido citándole el texto de la epístola de Santiago: ‘El que convirtiere a alguien del error de su camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados.’

“El texto dice: el que convirtiere a un pecador, pero yo no me he atrevido a llamar pecadora a Juana, pues conozco su corazón limpio como un cáliz de oro...”

“‘¿Y si yo no me convirtiera, usted no se salvaría?’ me ha preguntado con una sonrisa divina.

“Yo le contesté, y ella me escuchó con un ligero sarcasmo en la boca sonriente, pero luego se impresionó.

“Con su gobierno, le dije, con sus sacramentos, con sus fórmulas de fe y de culto, la Iglesia Católica es la aurora fría y oscura del verdadero día. ¡Oh, mi hija espiritual! ¡Oh, mi Juana! Un día nos encontraremos en ese esplendor. ¿No escucha la voz que decía al profeta: ‘Centinela, ¿dónde está la noche?’ ¿Y la respuesta del cielo: ‘Estamos en la noche, pero el día se aproxima?’

“Cuando dejé de hablar, ella tenía los ojos llenos de lágrimas. Y me dio esta contestación conmovedora:

“‘Usted es la puerta de la verdadera Iglesia, la Iglesia del porvenir de la cual la católica no es más que un germen; sagrado, sí, pero sólo un germen. Yo concibo una Iglesia con tres círculos donde quepan todos los pobres seres humanos: en el primer círculo los cristianos sin distinción; en el segundo los judíos y los musulmanes; en el tercero los panteístas y aun los ateos...’

“En realidad, ésta no es idea suya, sino mía. Alguna vez se lo he dicho, y ella lo ha asimilado de tal manera que no recuerda cómo ha comenzado a pensar en eso.

“Estaba tan hermosa cuando me decía esto, que me parecía tener delante de mí a una profetisa...”

“Me despedí prometiéndole volver al día siguiente.

“‘Venga temprano’ me dijo.”

Fray Simón siguió hojeando el librito, deseoso de medir el camino psicológico que había hecho, y encontró una anotación del día en que de llegó de Roma la dispensa del breviario, en consideración a los motivos que él había invocado y que se estimaron suficientes: sus abrumadoras tareas apostólicas...

Guardó en secreto la comunicación durante algunos días por no afligir a fray Plácido, y conservó el breviario sobre su mesa como si lo rezara siempre.

“Esta semana me he abstenido de ir a Martínez”, leyó en su diario. “He conversado con fray Plácido, quien me ha hecho algunas advertencias ociosas acerca de las traiciones de la sensibilidad. Le alarman las imágenes excesivamente tiernas que yo empleo en mi lenguaje. He tenido que recordarle otras infinitamente más tiernas de la Sagrada Escritura.

“Me ha dicho: ‘Un hombre que diariamente realiza el milagro de la consagración debería cerrar los ojos a las bellezas exteriores.’

“Le he contestado:

“‘Si yo salvo a esa persona habré asegurado mi propia salvación.’ Y él me ha citado, meneando la cabeza, este texto del Eclesiastés: ‘Vale más el final de una cosa que su comienzo.’

“Yo he replicado: ‘Cada vez que hablo con ella experimento la presencia sensible del Espíritu Santo en nuestras efusiones. ¡Su corazón es tan puro! ¡Los asuntos que tratamos son tan santos!’

“‘No hay peor trampa para dos corazones incautos que los secretos inocentes’, me replica él.

“‘Un secreto es casi siempre una complicidad inadvertida.’

“Hago a mi viejo amigo esta reflexión:

“‘En la santa presencia de Dios, subiendo el altar, podría repetir cada una de las palabras que ha oído de mí esa señora. Me conduelo del teólogo que me hiciera el más insignificante reproche.’

“Fray Plácido no ha respondido sino al cabo de un rato, como si le costara mantener con su superior una conversación parecida a una disputa:

“‘Creo que todo es una prueba terrible que el Señor le envía...’

“‘¿Por qué una prueba lo que más bien parece una gracia?’, repliqué.

“‘Vuestra reverencia es confesor de sacerdotes, y pienso que Dios le envía esto para la salvación de muchas pobres almas sacerdotales, a las que V. R. podrá hablar con un acento que no conocería si no hubiera pasado por esta experiencia personal. Un confesor debe ser severo consigo mismo, para tener derecho a ser mi-sericordioso con las culpas ajenas. De otro modo, su misericordia parecería interesada.

“‘Y recuérdelos siempre lo que tan a menudo suelo decir: los dos puntales de la vocación sacerdotal...’

“‘Ya sé’, le he interrumpido con alguna impaciencia: ‘el rezo litúrgico y la devoción al papa’.

“‘¿Cuáles no serían los recelos del pobre viejo, si supiera cómo estoy en lo que atañe a esos dos puntales! Del uno me he libertado ya, no por mi propia autoridad sino por la de la Santa Sede, y en cuanto a la devoción al papa, ¡si

viera mis dudas! Yo soy antes sacerdote católico que sacerdote romano. Pero no hay derecho a decir esto públicamente sin incurrir en las censuras. La Iglesia Romana quiere ser como el Arca de Alianza, a la que nadie podía tocar, ni siquiera para sostenerla porque caería muerto, como Oza al extender la mano.

“Creo que estamos destinados a ver grandes cambios en la Iglesia, en el sentido de la democracia. Servir a la vez a Dios y al pueblo.” Otras dos páginas en blanco; dos días en que fray Simón no se había acercado a sí mismo.

La siguiente decía: “Dos días en que no he celebrado misa. He manifestado hallarme enfermo.” Luego unos puntos suspensivos cuyo sentido el mismo que los trazó ya no recordaba, y estas líneas: “Desde el segundo día de la primera semana de tischri no he visto a Juana Tabor.” Y un poco más abajo: “Pienso en lo que habrán pensado, y sufrido y amado mis padres y mis abuelos y todos mis ascendientes en línea recta hasta Adán.

“Estoy seguro de que mis pensamientos me vienen con la sangre de ellos, y siempre por virtud de alguna mujer.

“¿Soy acaso el último de mi raza? ¿Estos pensamientos que sólo se transmiten con la sangre han de morir conmigo?”

Y al día siguiente: “Comienzo del gran ayuno entre los religiosos. Renovación de los votos de los gregorianos. Yo digo la fórmula con una intención que queda secreta entre Dios y yo.

“Tal vez no sea yo el último de mi raza. Tal vez sea, por el contrario, el primogénito de una alianza divina. Siento que una dispensación nueva comienza en mí.” Con ansiedad creciente, fray Simón continuó leyendo. Era el drama de su propia conciencia, en que él era el único actor y Dios el único espectador: “¡Oh, mujer misteriosa y milagrosa! ¡Qué carta me has escrito acompañándome dos rosas de tu jardín! No la he leído, y creo que nunca la leeré...”

“La Iglesia Romana no puede formarse y regenerarse por algunos movimientos superficiales; es necesario que sea removida y turbada hasta lo profundo. Yo soy quien está llamado a comenzar la obra.”

Al día siguiente:

“Esta mañana he dicho mi misa con un espíritu de entrega total a mi Dios y al Pueblo.

“En el momento de la consagración alcancé a ver las rosas de Juana deshojándose en el altar y sobre la crucecita en que venían atadas. ¡Qué emoción rara y divina!

“Después de dar gracia he vuelto a mi celda, he puesto en la radio la hoja que contiene la carta de Juana. Era pequeñísima, menos de un centímetro, pero ella había ajustado la máquina de tal manera que contenía mucho más de lo que me imaginé.

“Llevaba la fecha de la segunda semana de tischri, en que comienza la primavera de Buenos Aires, y decía así:

“Le envío dos rosas nacidas al pie de mi celosía, que abro yo misma todas las mañanas. Las corté húmedas de rocío y las puse sobre mi corazón. Se durmieron allí mientras yo pensaba en las palabras tan profundas que usted me dijo ayer sobre el amor a Jesús de Nazaret. Luego se me ocurrió que le gustaría tener mis primeras rosas sobre su altar, cuando mañana celebre su misa. Allí van. Le suplico que las deje atadas sobre esa pequeña cruz, como yo las he puesto. Asímbrese: durante años he conservado esa pequeña cruz como un amuleto. Ahora la pongo en sus manos. Observe que una de las rosas parece triste: es usted. La otra está herida, y debo de ser yo.

“Os conjuro, hijas de Jerusalén, que le hagáis saber cómo estoy enferma de amor.””

Esta frase exquisita, sacada del Cantar de los cantares, no estaba escrita en esperanto sino en latín, lo que hizo sonreír a fray Simón.

En ningún momento pensó que las rosas sobre la cruz son un signo cabalístico y significan la dominación judía sobre los cristianos.

Llevó al altar las rosas de Juana Tabor, antojándosele que eran ofrenda gratis para su Dios.

Al callarse la radio, fray Simón hojeó el cuaderno y leyó en la página siguiente de la segunda semana de tischri:

“Hemos vuelto a pasearnos bajo los árboles centenarios de Martínez.

“No hemos hablado de religión. Casi no hemos hablado de nada. El sol se iba entrando en una calma llena de majestad y de misterio, y su luz a través de la ramazón trazaba figuras diversas de color púrpura, que palidecían entre las hojas y sobre los troncos.

“Esta avenida estupenda parecía la nave de una catedral gótica.

“Las primeras golondrinas de la primavera piaban alegremente.

“Ante un paisaje así y cerca de tal alma, ¿por qué sufría yo tanto como gozaba?”

Fray Simón abandonó el diario y no escribió lo que pensaba escribir, invadido por una extraña fatiga de la imaginación.

) Las citas que haremos del diario de fray Simón de Samaria están lejos de ser producto de nuestra imaginación. Casi todas, lo mismo que gran parte de sus conversaciones, han sido sacadas, con muy escasos cambios, del diario del célebre fraile apóstata Jacinto Loyson, ex carmelita descalzo, documento muy raro y de inmenso interés psicológico y apologetico.

## Visión del porvenir

Apenas fray Plácido de la Virgen había recorrido algunas páginas de su breviario sentado en el jardín, cuando sintió los golpecitos del bastón de su viejo contertulio Ernesto Padilla, que ese día llegaba antes de la hora habitual.

Fray Plácido se santiguó, cerró el libro y aguardó. Padilla, algo menor que él, conservaba la alta y airosa figura que antaño le diera fama de buen mozo.

No se casó. Por lo piadoso de sus costumbres se dijo que tenía vocación religiosa, pero los hechos demostraron que no era así. Continuó llevando en el mundo una vida austera y llegó en buena salud mental y física hasta el final del siglo.

Todos los días visitaba a fray Plácido, con quien mantenía largas y sabrosas pláticas. Solía reunírseles otro personaje: el doctor Ángel Greco, que llegaba en un antiquísimo automóvil Chevrolet conducido por él mismo desde hacía cincuenta años.

Probablemente no existía en el mundo un coche igual. Ya hacía varios lustros que había desaparecido la fábrica. Otras marcas, otros tipos, fueron desplazando los antiguos modelos. Todos o casi todos los automóviles fin del mundo eran al mismo tiempo pequeños aviones que además de correr podían volar, mas Ángel Greco permaneció fiel a su coche, regalo que le hiciera su padre cuando recibió cierto diploma allá por el año 30. Y hasta le complacía ser un motivo original en la ciudad y provocar la algazara de los chiquillos en las calles.

Padilla y Greco conocían muy bien el esperanto pero jamás lo hablaban en su tertulia, no sólo porque fray Plácido nunca lo aprendió, sino por practicar su hermoso castellano, lengua tan muerta a fines del siglo como el sánscrito o el griego de Homero.

—Conservemos el español —decía Padilla— que será la lengua de N. S. Jesucristo en su segundo advenimiento.

—¿Por qué no ha de ser el latín, que es la lengua de la Iglesia? —objetaba fray Plácido.

—Porque el español tiene el raro privilegio de ser la única entre las grandes lenguas del mundo que no haya sido hablada por ningún insigne heresiarca o enemigo de la Iglesia. El latín lo hablaron Nerón y Juliano; el griego, Arrio; el árabe, Mahoma; el inglés, Enrique VIII; el francés, Voltaire; el italiano, Garibaldi; el alemán, Lutero; el ruso, Lenín.

Esa mañana llegó Padilla solo y antes de lo acostumbrado, deseoso de conversar de dos asuntos que le preocupaban. El uno eran sus inquietudes con respecto al reino de Chile, en donde se levantaban voces reclamando el resto de la Patagonia argentina. El otro eran ciertas habladurías sobre la frecuencia con que Juana Tabor recibía al superior de los gregorianos en su quinta de Martínez.

Padilla besó la mano derecha del fraile y se sentó a su lado, en el banco de piedra enmohecido.

El besar la mano de los sacerdotes a manera de saludo, era una de las prácticas que recomendaba la Iglesia para avivar en las gentes la antigua veneración hacia los religiosos. En todos los países los preladados habían enriquecido con indulgencias ese humilde gesto.

—¿Ha dormido bien V. R. esta noche?

—Como un tronco, hasta media hora antes de la misa.

—Eso quiere decir que no ha sentido la manifestación de la plaza Stalin. Medio millón de hombres, dicen.

—¿Y qué querían? ¿Qué pedían?

—Se habían congregado para echarle flores a nuestra presidenta, misia Hilda, porque ha disuelto los últimos restos del ejército de línea que nos quedaban: la gendarmería de la Patagonia.

—¿Y eso lo aplaude el pueblo? ¿Qué puede importarle?

—Directamente, nada. Pero el pueblo, mejor dicho los politiqueros que lo agitan, tienen instintiva aversión a todo lo militar, porque un gobernante apoyado en unas cuantas divisiones no se deja manejar.

—¡Comprendo! ¿Y por qué le preocupa a usted la disolución del ejército?

—Porque tenemos vecinos fuertes, que codician desde hace siglos algunas de nuestras provincias, y pueden aprovechar la ocasión al ver indefensas nuestras fronteras.

Por el claustro solitario pasó el lego sacristán haciendo sonar sus llaves. Como a esa hora la iglesia estaba cerrada, él tenía un vagar para echar su sueñito.

Casi en seguida, por el mismo claustro, donde las pisadas adquirirían una extraña sonoridad, pasó fray Simón. Iba leyendo un libro. Padilla preguntó en voz baja:

—En confianza, fray Plácido, ¿su superior conserva los dos puntales? ¿Reza siempre su breviario?

—Indudablemente —respondió el viejo con sequedad, no queriendo abrirse a aquella clase de confianzas.

—Me pareció que ese libro que iba leyendo no era...

—No, no era un breviario —respondió presto fray Plácido—. Lo rezará a otra hora... —Y para cambiar de conversación, dijo: —He estado cavilando sobre quién será aquella mujer vestida de púrpura con una copa de oro en que beben todos los reyes...

—¿La que pinta San Juan en el Apocalipsis? —preguntó Padilla.

—Sí, esa misma, que se presenta montada en una bestia roja con siete cabezas y diez cuernos. No hay que confundir a ésta con la otra bestia que aparece en el capítulo 13, símbolo del Anticristo. La bestia roja es un imperio.

—¿Cuál?

—A mi entender es el Imperio Romano Germánico, y la mujer vestida de púrpura es Roma.

—¿De qué lo deduce?

—De que lleva en la frente el nombre de Babilonia con que San Pedro designa a Roma, y que esa mujer es una gran ciudad que tiene señorío sobre los reyes de la tierra, y las siete cabezas de la bestia en que cabalga son siete montes sobre los que ella está sentada.

—Roma, en efecto, es la ciudad de las siete colinas.

—Hay otros motivos que me hacen interpretar así esta profecía. En uno de sus pasajes dice: “La bestia que has visto fue y no es; y saldrá del abismo y vendrá a perecer”, con lo que el profeta alude a un imperio que desapareció totalmente como ocurrió con el romano; y se levantó de nuevo y otra vez perecerá.

—Me place su interpretación porque se ajusta a la historia.

—Las siete cabezas de la bestia que está llena de nombres de blasfemia son también, según el texto sagrado, siete reyes, de los cuales cinco cayeron ya, uno existe y el otro no ha venido aún, y cuando venga durará poco.

—Esos reyes —observó Padilla— podrían serlo también en el sentido espiritual, a juzgar por los nombres de blasfemia.

—En efecto, pueden ser siete personajes o siete doctrinas. Cinco de ellos pasaron y fueron quizás Arrio, Mahoma, Lutero, Voltaire y Lenin. Uno existe y otro vendrá. ¿Cuáles son éstos, a quienes estamos ya tocando?

—¿Quiénes cree V. R. que sean?

—Uno de ellos, el que existe —dijo el fraile— preparará los caminos del Anticristo, provocando el gran cisma anunciado por San Pablo.

—¿Será tal vez un religioso?

—Así lo creo, y por lo tanto será el falso profeta del Anti-cristo. El otro que ha de venir, alguna vez he pensado que fuese una mujer.

—¿Por qué, padre?

—No sabría decirlo. Tal vez me haya acordado de esa misteriosa profetisa que aparece en el Apocalipsis...

—¿Jezabel?

—¡Esa misma! ¿Es un símbolo? ¿Se trata de una mujer considerada individualmente, o de una secta o herejía?

—No recuerdo ahora —dijo Padilla— las palabras exactas del texto apocalíptico.

—Yo sí —respondió prestamente fray Plácido, que sabía de memoria casi toda la Sagrada Biblia— pero esas palabras son oscurísimas, y aunque alguna vez serán claras para la inteligencia de los fieles, hoy me sumen en perplejidad.

—¿Cómo dicen?

—El profeta envía al mensajero de Cristo a cada una de las siete iglesias de su tiempo, y a una de ellas —la de Thyatira, ciudad muy comercial de la época— le dice: “Yo conozco tus obras, tu fe, tu caridad, tus servicios... Pero tengo contra ti que permites a Jezabel, mujer que se dice profetisa, engañar a mis siervos...”

—Por esas palabras se advierte —observó Padilla— que se trata de una persona que se ha introducido en la comunidad cristiana.

—O que piensa introducirse —dijo fray Plácido— porque el mensaje agrega: “Le he dado tiempo para que hiciera penitencia, y ella no quiere arrepentirse...”

Como usted ve, mi amigo, la idea que a veces me viene de que la séptima cabeza de la bestia sea esa mujer es una simple intuición, y apenas me atrevo a formularla.

Larga pausa llena de pensamientos interrumpió la plática, hasta que fray Plácido retomó el hilo de sus conjeturas.

—Más clara me parece la alusión al imperio musulmán, que descubro en la otra bestia que sale del mar, en el capítulo tercero. Este monstruo, que vencerá a los santos y será adorado por todos los moradores de la tierra cuyos nombres no están escritos en el libro del Cordero, es, según los intérpretes, el Anticristo, y tiene también siete cabezas y diez cuernos. De una de esas cabezas se dice que estaba “como herida de muerte”, pero que esa herida se curó y la tierra quedó maravillada de aquel aparente milagro.

—¿Vuestra reverencia descubre en eso una ilusión a la historia actual?

—En efecto. ¿Qué imperio, de los que han de existir en los últimos tiempos, está simbolizado por esa cabeza que casi murió y cuya milagrosa curación valió para la Bestia el asombro y la devoción del orbe? —preguntó el fraile.

Padilla reflexionó un momento, y en vez de contestar interrogó a su amigo:

—¿Pero será un imperio? ¿No será más bien una herejía?

—Fue y será las dos cosas a la vez respondió fray Plácido—. Fue y será un imperio y a la vez una religión corruptora y terrible, que otrora dominó la cuarta parte del mundo y ahora lo infeccionará todo, según el texto sagrado.

—¿Dice V. R. que se trata de un imperio que estuvo herido de muerte y que resurgió sano y salvo?

—Efectivamente —confirmó el fraile—. Sólo hay uno en la historia con esas características, uno que es justamente un poder político y una religión...

—¡La Media Luna! ¡Mahoma! —exclamó Padilla.

—Así es —explicó el viejo—. La segunda cabeza, herida de muerte, la hemos visto curarse y renacer ante nuestros ojos por obra de los estadistas modernos, que han fomentado el panislamismo. El imperio musulmán llegó a su apogeo en el siglo XV, cuando las banderas negras del Profeta cubrían el sur de Asia y el norte de África, y sus caballos bebían en el Danubio y en el Tajo... Después de Lepanto, por obra de España, empezó su decadencia. En la gran guerra de 1914 Turquía fue casi aniquilada. Los estadistas no la borraron del mapa solamente porque no supieron a quién entregar su capital.

—Así es —dijo Padilla—. El haber fomentado el panislamismo se nos muestra ahora como la más terrible equivocación de los hombres en la historia. Hoy forman una sola nación enemiga de Cristo veinte naciones, desde los montes Atlas hasta el golfo de Tonkín: Marruecos, Libia, Egipto, Arabia, Persia, Irak, Afganistán y casi toda la India; cien grados de latitud con 700 millones de hombres que perseguirán a Cristo hasta la muerte, soberbios y sin contrición.

—La soberbia del hombre tiene a veces rasgos sobrehumanos, absolutamente diabólicos —murmuró Padilla.

—Así es —prosiguió fray Plácido— no se olvide usted de que vamos aproximándonos a los tiempos en que reinará el Anticristo.

—¿Los tiempos ya o solamente las vísperas?

La voz del fraile fue un susurro bajísimo.

—Yo le voy a contar lo que he referido a mi confesor; él me dice que es un sueño, pero yo creo que fue una visión.

Fray Plácido contó las dos visitas de Voltaire en 1978 y 1988, y el anuncio que éste le hiciera acerca del Anticristo.

Padilla lo escuchaba absorto, pero temiendo que aquello fuera un desvarío del viejo, se limitó a decir:

—Si el imperio del Anticristo ha de ser musulmán, ¿cómo pensar entonces que el propio Anticristo nacerá en Roma, capital del mundo católico?

—No nacerá; ha nacido ya —respondió fray Plácido—, en Babilonia, nombre que San Pedro da a Roma; los caminos por donde conquistará su grandeza nos son en-teramente ignorados.

—De cierto, ¿qué sabemos del Anticristo?

—Sabemos por el profeta Daniel que sus comienzos serán...

—Es decir, “han sido”, pues según V. R. ya estamos en esa época —apuntó Padilla sonriente y por complacencia.

—Efectivamente —dijo el fraile sin inmutarse— sus comienzos han sido humildes. Pero la victoria lo acompañará; se adueñará de Constantinopla y se ungirá emperador de la Media Luna. Congregará en los campos del Asia millones de jinetes —tal vez de aviadores— y los arrojará sobre Roma, su patria de nacimiento, la más gloriosa y magnífica de las ciudades del mundo. Hollará a los príncipes como un alfarero pisa el barro. Y para hacerse adorar de hombres y mujeres usará de toda suerte de embaucamientos.

—¿Será hermoso?

—Hermosísimo como un arcángel. Poseerá todas las seducciones de la iniquidad. Conocerá todas las ciencias que se aprenden y todas las ocultas que le habrá enseñado el Demonio. Estará dotado de una elocuencia irresistible. Será, según Daniel, “impudente y entendido en dudas”, es decir, sofista, descarado y seductor.

—¿Hará milagros?

—Sí, falsos milagros. Los inventos modernos le servirán para presentarse y hablar a la vez en todas partes. Los aparatos de radio transmiten todas las sensaciones, no sólo las auditivas y visuales —como en 1940— sino también las que impresionan el olfato, el tacto y el gusto, y permiten que el orador vea y escuche al público que lo oye y lo ve. Así el Anticristo gozará de una aparente ubicuidad, sus imágenes podrán contestar a quienes las interroguen y se cumplirá el anuncio del Apocalipsis: “Y le fue dado que comunicase espíritu a la figura de la Bestia, de manera que hablase.”

—¿Nunca sus ejércitos serán vencidos?

—Sí; su escuadra será vencida en el Mediterráneo por otra escuadra, tal vez la inglesa o la romana.

—¿De dónde saca V. R. esa curiosa interpretación?

—Del siguiente pasaje de Daniel, que en mi opinión describe las conquistas del Anticristo.

Volvió fray Plácido a abrir su manoseada Biblia y leyó:

“Llegará, en el tiempo marcado, hacia el sur; pero esta última campaña no será como la primera. Los navíos de Cethim vendrán contra él, y él perderá valor. Se entenderá una vez más con los que hayan abandonado la alianza.” En este punto sigo la versión tan acreditada que hizo Crampon.

—¿Los navíos de Cethim? —interrogó Padilla.

—Kitthim es la palabra hebrea —explicó el fraile—. La Vulgata la traduce por romanos. Materialmente Kitthim o Cethim es la isla de Chipre. Por metáfora, se designa así en los libros antiguos a las islas occidentales con relación a la Palestina.

—¿Qué más?

—El Anticristo, furioso de su derrota, se arreglará con esos que viven en Cethim, después de haber abandonado su patria. El Anticristo se servirá de ellos, y derrotará a toda la nación y aniquilará a sus defensores por la espada y el fuego. Hará cesar las misas y ordenará la adoración de su imagen... Voy a leer textualmente, siguiendo en esto la famosa versión del padre Scio: “Quitará el sacrificio perpetuo y pondrá la abominación para desolación... No tendrá respeto al Dios de sus padres y será codiciador de mujeres; no se cuidará de ningún dios, porque se levantará contra todas las cosas. Mas honrará al dios Maozim (dios de la guerra)... y repartirá las tierras gratuitamente.”

—Curiosa profecía, de la que ya hemos visto ejemplos: toda revolución anticristiana ha anunciado el reparto de las tierras de los ricos entre el pueblo.

—A mi juicio, la caída del imperio británico sería la señal de haberse roto el sexto sello del Apocalipsis y de que el mundo habrá llegado a sus postrimerías.

—¿En qué funda V. R. esta idea?

—He leído en el Apocalipsis que “a la apertura del sexto sello... las islas serán movidas de su sitio.”

—¿Cómo se llamará el Anticristo?

—Nadie puede saberlo. Pero me inclino a pensar que llevará el nombre de Mahoma, aunque sea rey de Israel, Su reinado será breve: tres años y medio. De pronto, en medio de una grandeza que no ha conocido ningún otro hombre, lo turbará un rumor de Oriente y del Norte, y saldrá con numerosas tropas para que-brantar y matar a muchos.”

—¿Qué conjeturas hace V. R. sobre ese texto?

—Que se alzarán dos de sus grandes aliados: al norte Satania y al oriente Mongolia. La invasión de los mongoles, como en los tiempos de Gengis-Khan, será arrolladora. Explotarán el descontento de los musulmanes, porque el Anticristo en el fondo es judío. El Anticristo volará desde Roma hacia la Palestina, sentará sus reales en Jerusalén y levantará su tienda en la montaña santa; allí lo sorprenderá la rebelión de su propio ejército. Nadie le prestará auxilio, pero su derrota no será por mano de los hombres. “El Señor Jesús”, dice San Pablo, “lo matará con el aliento de su boca y lo destruirá con el resplandor de su venida.”

—¡Visión tremenda y maravillosa! ¿La alcanzaremos nosotros?

—¡Secreto de Dios! Se ennegrecerá el sol, se enrojecerá la luna, se descuajarán los montes, se moverán las islas y cambiarán de sitio los mares.

—¿Cómo se realizará ese descuajamiento de los montes y las islas, el ennegrecimiento del sol y el enrojecerse de la luna, sin una catástrofe universal del cosmos?

—Pienso —explica fray Plácido— que no será menester que el cosmos entero se trastorne. Los fenómenos pueden ocurrir, como ya ocurrieron cuando la tierra por impulso material y cambió su eje de rotación, inclinándose

23 ½ grados. Se alteró el nivel de los mares y se produjeron las estaciones, que antes no existían. Si la tierra se enderezara, mares y ríos cobrarían otros niveles y hasta los cielos parecerían trastornados. ¿Pero sabe de todos los signos apocalípticos cuál es el que más me espanta?

—¿Cuál?

—Ése que se describe así: “Y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra como la higuera deja caer sus higos cuando es movida de grande viento.”

—Anuncio de innumerables apostasías, ¿no es así?

—Así es, y este signo concuerda con un pasaje del capítulo 8: “Cayó una estrella, y la tercera parte de las aguas del mar se tornaron acíbar.” El sacramento del orden, el sacerdocio, es un aceite divino que penetra el alma por toda la eternidad. La apostasía, que reniega de esa gracia, saca de su quicio al mundo. La apostasía de un sacerdote es peor que la caída de la estrella de la mañana.

Con estas lúgubres palabras separáronse los dos amigos ese día. Era tarde.

La campana del convento llamaba al coro, y Padilla dejó para otra vez la segunda parte de sus confidencias, que se referían a Juana Tabor.

Cuando uno miraba al hermano Pánfilo se decía: “Ya lo he visto otra vez”, aunque no lo hubiera visto nunca.

Porque aquel cráneo pelado, aquellas mejillas descarnadas y cetrinas, aquellos ojos sonámbulos que fosforecían entre las cejas hirsutas como dos luciérnagas enredadas en un matorral, los labios apretados y exangües, el haz de tendones de su pescuezo, las manos extáticas, la barba cenicienta nunca bien rasurada, y la cogulla y las sandalias, eran cosas muy vistas en algún famoso cuadro de Zurbarán o de Ribera; y uno, al hallarse con el lego de cuerpo presente, se creía delante de un viejo conocido.

Había ingresado de monago para ayudar a la misa de los frailes cuando tenía diez años, y hacía ya sesenta que vivía en el convento absorto en sus modestísimos quehaceres, que cada día le pesaban más por ser menos los que le ayudaban y más flacas sus fuerzas.

Cuando entró en el año 1920, huérfano de padre y madre y abandonado de sus parientes, propusiéronle estudiar la carrera eclesiástica; mas por modestia prefirió profesar de hermano lego.

Satisfechas sus ambiciones terrenas y puesta en el cielo su suprema esperanza, había sido enteramente feliz, de no tener ante los ojos la lenta agonía de la orden a la que amaba como a su propia madre.

Recordaba los tiempos en que él y otros cuatro o cinco motilones no daban abasto para ayudar a las misas de los quince o veinte sacerdotes de la comunidad, y tenían que llamar a los coristas, estudiantes de filosofía y aun de teología.

Llegó la hora satánica, y sobre la humanidad cayó una nube de cenizas estériles que sofocó la mayoría de las vocaciones religiosas. Treinta años, cuarenta años. Unos tras otros fueron cerrándose los conventos.

En 1978, cuando los espíritus fuertes celebraban el segundo centenario de la muerte de Voltaire —apoteosis que el desventurado presenció con macabra risa desde el fondo de la eternidad— tuvo lugar la fiesta en que los gregorianos consagraron siete sacerdotes.

Pues bien, de los siete no quedaba en 1990 más que uno, fray Simón de Samaria.

Los otros seis se habían hecho clérigos constitucionales —según se llamaba a los que salían de una orden para atender una parroquia por una pingüe mesada oficial— haciéndose la ilusión de servir a Dios al mismo tiempo que al Gobierno.

Atendían las parroquias que la persecución contra los sacerdotes seculares y las órdenes religiosas dejaba desiertas, oficiaban misas e impartían sacramentos, aunque la Santa Sede había censurado aquel culto, que se realizaba a espaldas de los obispos, y había excomulgado a los sacerdotes constitucionales.

Ahora el hermano Pánfilo, echando las cuentas, no hallaba en su convento más que dos frailes de misa y cuatro coristas próximos a ordenarse, amén de una media docena de sirvientes, de los cuales sólo dos eran legos profesos.

El hermano Pánfilo quería a sus cuatro coristas como a hijos, los mimaba en cuanto la severa regla se lo permitía y hacía la vista gorda a sus pequeñas infracciones.

¡Con qué impaciencia aguardaba el día de la ordenación, que los ataría para siempre a la Iglesia!

## CAPÍTULO VIII

# La fuga de los últimos novicios

El hermano Pánfilo pasaba largas horas rezando ante el Santísimo para que no permitiera la extinción de su orden, pero el Señor, en sus inescrutables designios, no parecía dispuesto a escucharlo.

Una noche se levantó a las once y media como de costumbre, y fue al rincón de la campana con que despertaba a la comunidad.

No la halló. El resplandor del cielo alumbraba muy bien el sitio, permitiéndole ver en el techo el agujero por donde antes pasaba la cuerda. Alanochecer del día anterior él mismo había tañido esa campana, dando al convento la señal de reposo. Si la cuerda se hubiera cortado sola, la encontraría allí, sobre los ladrillos de la galería enroscada como una víbora.

Al no ver señales de ella, presumió que uno de los motilones, por jugarle una mala pasada, la hubiera cercenado y llevádosela. No valía la pena perder tiempo buscándola.

Comenzó, pues, a recorrer las celdas para llamar de viva voz a los coristas.

En la primera no tuvo que despertar a nadie: halló la puerta de par en par y ausente su dueño. La tabla del camastro estaba fría.

Mas dado que fray Palemón, el joven teólogo de la primera celda, era el mejor estudiante del convento y gustaba de levantarse antes de la hora para irse a la rica y silenciosa biblioteca a proseguir sus estudios, el hermano Pánfilo no se alarmó.

La segunda correspondía a fray Nilamón, el dormilón más intrépido que el sacristán hubiese conocido.

Casi siempre, después de haberlo llamado a la puerta, tenía que volver una o dos veces a sacudirlo por los hombros.

Esa vez, empero, no tuvo necesidad de despertarlo. También su celda estaba abierta y frío el camastro.

—¡Santísima Virgen de Pompeya! —exclamó el lego, santiguándose—. ¿Qué significa esto?

En la tercera celda la misma historia, y en la cuarta no hay para qué decirlo.

Desesperado, recelando que los cuatro coristas hubiesen hecho lo que hicieron otros, que colgaron los hábitos y se largaron sin decir adiós, corrió a avisar del tristísimo asunto, no al superior, con quien no tenía tanta confianza, sino a fray Plácido.

Descubrió entonces, arrimada a la pared que daba a la calle, una escalera de mano.

Se aproximó y divisó atada al último barrote la punta de la cuerda de su campana, colgando hacia una callejuela del profano mundo.

—¡Por aquí se han largado! ¡Palemón, Filemón, Nilamón, Pantaleón! ¿Adónde vais, desventurados jóvenes?

Traspasado el corazón de pena, despertó a fray Plácido y le dio la amarga noticia.

El viejo examinó los rastros de los fugitivos y comprendió que no podía pensarse otra cosa. Encomendó al lego que lo dijera al superior y se encerró en su celda. Se desnudó, cogió las feroces disciplinas de tres cuerdecillas con

bolitas de plomo en las puntas y las hizo zumbiar sobre sus flacas espaldas de noventa años, para que Dios tuviera piedad de aquellos ilusos en quienes se cumplía la dolorida queja de Jehová: “Dejáronme a mí, que soy fuente de agua viva, para cavar para sí cisternas rotas que no detienen las aguas.”

Acabó acezante la primera tanda de zurriagazos, descansó un par de minutos y reanudó la carnicería, esta vez a fin de que el Señor se apiadara de él mismo y de los que, investidos de autoridad, no habían sabido custodiar la viña que les confió la Providencia: “Pusiéronme guarda de viñas; mi viña no guardé”, conforme al lamento de la Esposa en el Cantar de los cantares.

Terminó, besó las disciplinas ensangrentadas y las colgó detrás del postigo; se echó el hábito sobre las carnes molidas, y cuidando que ninguna gota de sangre manchara su blancura, ciñóse el cinturón de oro y fue adonde lo aguardaba el desolado sacristán para ayudarlo a celebrar misa. Se revistió con los sagrados ornamentos, y al aproximarse al altar vio el confesionario del superior bloqueado de penitentes, y entre ellos a Juana Tabor con su cinta roja en la frente.

¿Qué hacía de nuevo allí, pues no era católica? A lo menos fray Plácido no tenía noticias de su conversión, como antes la tuvo de sus primeros coloquios.

Dijo su misa, rogando por aquellos cuatro locos: Palemón, Filemón, Nilamón y Pantaleón, que más fatuos que el hijo del asno montés, habían abandonado el santo pesebre para correr al desierto.

Después de la acción de gracias pidió al sacristán que le avisara cuando Fray Simón se dispusiera a recibirle, se fue a su celda donde tenía un receptor de radio, y sintonizó la onda latina del Vaticano.

Ése era su único medio de información acerca de lo que sucedía en el mundo, ya que las otras emisoras solo transmitían en esperanto.

Escuchó un rato. Su imaginación se iba detrás de los fugitivos, siguiéndoles en el camino de la apostasía.

De repente se puso a atender las noticias. La humanidad parecía tocar los umbrales del Apocalipsis. El mundo era una inmensa marmita donde las brujas de Macbeth estaban cocinando la más espantosa mezcla de horrores.

En los últimos cuatro o cinco años las naciones habían hecho febriles preparativos para la próxima guerra, que a la menor chispa podía estallar y que sería no sólo universal —por que ni la fría Groenlandia ni la ardiente Liberia se salvarían de ella— sino la última guerra, que aniquilaría toda cultura, toda belleza y todo sentimiento.

Por eso las gentes vivían espionando los signos anunciadores de la definitiva catástrofe.

Esa noche dos noticias fijaron la atención de fray Plácido. Primeramente la Vaticana que dijo que el papa estaba enfermo. Era el Pastor Angélico.

Cualquier flaqueza en la salud de aquel anciano más que centenario tenía que alarmar a los fieles.

La vacancia de la silla pontificia presentábase llena de peligros, por la tendencia de los emperadores y reyes a inmiscuirse en la elección del sucesor.

La otra noticia que le alarmó fue la de que en el Cáucaso había aparecido un joven príncipe que se hacía pasar por descendiente de David y se decía destinado a restaurar el templo y el trono de Israel.

Ya no era uno de tantos impostores como en los veinte siglos del cristianismo han explotado la credulidad del pueblo, desde Bar-Kosibá hasta Sabbatai-Ceví.

El nuevo Mesías presentábase con caracteres tan extraordinarios de inteligencia y de hermosura que en pocos años había soliviantado regiones enteras del Asia. Realizaba curaciones portentosas, resucitaba muertos, hablaba a aquellas poblaciones primitivas en su idioma local y les prometía el paraíso en la tierra si lo adoraban.

Millares y millares de hombres y mujeres aguardaban días y meses de rodillas al borde de los caminos, esperándole.

Fray Plácido, vencido por la fatiga y el sueño, se durmió en su sillón de vaqueta.

A eso de las cuatro de la mañana, según la hora antigua, el hermano Pánfilo le avisó que el superior se encontraba ya en su celda.

Era el mes de tischri. En las alquerías de la campaña cantaban los gallos al alba fresca que venía salpicando de diamantes las arboledas y los sembrados.

Fray Plácido golpeó con los nudillos la secular puerta de algarrobo, que armonizaba con las gruesas paredes de adobe y la pesada estructura del convento.

Nadie le contestó. Golpeó más fuerte y aguardó unos instantes. Bien distraído debía de hallarse el de adentro para no sentir aquel llamado.

Por la memoria del viejo pasó el amoroso reproche del Señor: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo.”

Pero ¿cómo podía escuchar ningún llamado aquel para quien todos los rumores del mundo, aun la voz de la conciencia, se apagaban bajo la pequeñísima voz de su radio que le hablaba a él solo?

Fray Simón de Samaria había introducido en la ranura del aparato un film rojo, y escuchaba el alado mensaje.

Dos días antes había estado en la quinta de Martínez y comentado con Juana Tabor el capítulo XXI del Evangelio de San Juan, donde el Señor pregunta a su discípulo: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?”, y él responde: “Señor, vos sabéis que yo os amo.”

Al atardecer de ese mismo día un mensajero trajo al superior no un film sino una carta que olía a rosas de Estambul, con esta sola pregunta: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?”

Era la letra de Juana Tabor, firme y exótica tal como ella. En ese tiempo, personas de su posición ni leían ni escribían, pero ella era instruida y amaba el estudio y los libros.

Fray Simón sintió como un vahído. Aquella impetuosa pregunta exigía respuesta inmediata.

El mensajero aguardaba a la puerta, en su avión marcado con el emblema de Juana Tabor sobre la cifra de moda: 666.

Fray Simón se fue a su celda y en el mismo papel, abajo de la pregunta, escribió nervioso esta palabra:

“El hijo de Juan respondió: ‘Señor, tú sabes que sí te amo.’ En cambio yo no respondo nada. Pero sí yo le respondo: Si usted intentara hacerse católica, no por el solo amor de Dios, sino por otro amor, yo la despreciaría.”

Al ir a cerrar el sobre se detuvo, y lentamente agregó estas líneas para endulzar la dureza de la contestación: “Si usted no ha comprendido mis palabras, jamás comprenderá mi angustia.”

Ensobró de nuevo el papel y fue en persona a entregarlo al mensajero.

Ignorando qué impresión habría producido su respuesta, pasó el día siguiente en una cruel incertidumbre.

Dos o tres veces se encontró con los cuatro coristas que andaban desazonados y ansiosos de hablarle, pero no los atendió. Su pobre corazón lo torturaba. Ya se encogía al temor de algo que podría sobrevenir; ya se dilataba con una esperanza loca sin nombre, sin definición, sin substancia.

Quiso rezar y pasó una hora ante el Santísimo. Pero su imaginación voló hasta la arboleda de la antigua quinta de los jesuitas.

Se encerró después en su celda y escribió en su diario:

“Me siento más unido a esta alma en las cosas religiosas que al alma de muchos católicos cuya intransigencia me repugna ¡Cómo asimila ella las lecciones del Evangelio! Y sin embargo, ni siquiera es bautizada.

“Ayer le he hecho llegar una palabra de la que casi me arrepiento. Pero no podía ser de otro modo.

“¡Oh, mujer misteriosa y milagrosa, de quien está escrito que mi mano te bautizará! Vuelvo a pensar que nuestra amistad es un milagro que muestra la desaparición de los afectos impuros.

“Tengo la conciencia de que llevo conmigo un principio suficiente para vivificar razas enteras, para transformar la Iglesia y la humanidad. ¡Todas las energías de una Iglesia nueva! La renovación del viejo catolicismo existe ya en este germen.”

Esa misma noche, mientras él escribía eso, colgaron sus hábitos los cuatro últimos coristas gregorianos; y cuando al alba, después de una noche de abrumadoras visiones, en vez de leer su breviario se puso a hojear un libro que ella le diera, halló adentro un film.

Puso la pequeña lámina de baquelita en la ranura de su radio y escuchó la voz que acallaba todas las voces de la tierra y del cielo. Decíale así:

“El otro día, cuando usted almorzó conmigo, ha-blamos de una profecía de un monje del siglo XII, Joaquín Flora, que anunciaba tres Iglesias. La primera, la de San Pedro o de la Autoridad (Edad Media). La segunda, la de San Pablo o de la Libertad (Reforma). La tercera, la de San Juan o de la Caridad (los últimos tiempos). Yo pienso que el apóstol de la Iglesia de San Juan será usted. Acuérdesse de esta profecía que le hago: Usted será el próximo pontífice de la Iglesia Romana. Y usted realizará, por fin, la unión de las almas en la tierra. Eso es la Iglesia de Jesucristo.

“La Iglesia está en usted y en mí.”

Fray Simón detuvo un momento la máquina, ahogado por la emoción.

Luego la puso otra vez en movimiento y escuchó estas palabras exquisitas:

“El otro día, bajo los árboles de mi parque, hablábamos del nombre nuevo que será dado al vencedor según este pasaje del Apocalipsis: ‘Al que venciere le daré una piedrita blanca y en ella esculpido un nombre nuevo, que nadie lo sabe sino el que lo recibe.’ Y yo le dije a usted, padre mío y mi amigo: ‘He tenido la idea de que yo to-davía no he recibido mi verdadero nombre.’ Y usted me contestó: ‘Algún día yo la bautizaré y la llamaré Estrella de la Mañana.’ Y por ese espíritu de contradicción que a veces me mueve, le repliqué: ‘Si me bautizara, perdería el derecho de usar mi cifra de platino (666) Nunca me bautizará.’ A lo que usted, que ha aprendido de ese viejo fray Plácido todos los profetas, me contestó con un versículo de uno de ellos, Oseas: ‘Yo la conduciré al desierto y le hablaré al corazón.’

“¡Bueno, sí! Condúzcame al desierto y hábleme al corazón; bautíceme y llámeme Estrella de la Mañana.

“Yo no sabía lo que era un amor virginal y cristiano antes de haber conocido su alma. Y ahora yo le pregunto side veras piensa usted que algún día nuestras oraciones se elevarán perfectamente unidas en el templo de la naturaleza —donde yo rezo— o en el templo más santo de la Iglesia —donde reza usted—.”

Con esto cesó la voz. Fray Simón quedó como en éxtasis, y ése fue el momento del primer llamado de fray Plácido, que iba a conversarle sobre la fuga de los coristas, Sólo al tercer golpe lo oyó y lo hizo pasar.

## Rebeldía y erotismo

—¿A mí me busca V. R.? —preguntó fray Simón desabridamente al viejo, que entró con la cabeza gacha.

Erguido en medio de la celda, indignado de que alguien turbara su reposo, el superior parecía un juez y el otro —dolorido por los zurriagazos que acababa de darse— el reo, con las manos en las mangas, encorvadito y humillado.

—Busco a V. R. como un hijo busca a su padre en momentos de extrema aflicción.

—Siéntese —indicó el superior mostrándole una silla, mientras él ocupaba su sillón frailuno delante de su radio.

—Ya V. R. estará enterado de lo que ocurre...

—¿Que se han ido esos mozos? hace tres horas que lo sé —respondió con indiferencia fray Simón.

El viejo lo contempló sorprendido y suspiró:

—Dios envió pocos obreros a la viña, y he aquí que esos pocos la abandonan antes del mediodía. ¡Cúmplase su santa voluntad!

El superior contestó con estas soberbias palabras, tomadas del profeta Isaías:

“Los ladrillos cayeron, edificaremos de cantería; cortaron las higueras silvestres, plantaremos cedros en su lugar.”

Fray Plácido sacudió apenado la cabeza.

—Discúlpeme V. R., no me gusta en sus labios esa expresión, porque es la respuesta de los habitantes de Samaria y de Efraím rebelados contra los castigos del Señor.

—¿Qué diría en cambio V. R.? —contestó el superior irónicamente, jugando con la lámina de baquelita que encerraba el mensaje de Juana Tabor—. ¿Qué debemos decir y hacer nosotros, viendo desmoronarse esta orden gregoriana a la que ya no le quedan sino tres pobres ladrillos, o sea tres viejos frai-les?

—Los tres viejos frailes debemos bendecir al Señor, cuyos caminos son siempre inescrutables, y recordarle su misericordia con otras palabras que también están en Isaías: “No quebraré la caña cascada ni apagaré la mecha que aún humea” y conservaré la esperanza hasta que un día “las tierras sedientas sean fuentes de agua, y la soledad florezca como un lirio...”

El superior se dignó sonreír, condescendiendo con aquella devoción por las Sagradas Escrituras de donde el viejo extraía todas sus ideas.

Fray Plácido continuó:

—Y entretanto suplicaremos al Señor que nos haga ver si esta agonía de nuestra orden es un castigo; por cuáles pecados —propios o ajenos— perece, para buscar el remedio en la penitencia.

El superior no dijo nada. El viejo se atrevió a interrogarle:

—¿V. R. va a comunicar a Roma lo que ocurre?

—No he pensado en eso.

—Porque —prosiguió fray Plácido— dado que en la Argentina no existe un representante del papa, si V. R. no envía sus noticias a Roma allí no llegarán a saber...

—Prefiero que no sepan nada, y usted fray Plácido, absténgase de toda comunicación. Lo que ha de suceder, sucederá, lo sepan o lo ignoren allá. ¿Qué pueden hacer por nosotros ellos, que también sienten la muerte rondándoles?

El viejo alzó bruscamente la cabeza

—¿Cómo dice V. R.? ¡La Iglesia de Cristo no puede morir...!

—No, no puede morir —se apresuró a explicar el superior—. Tampoco puede extinguirse nuestra orden, y yo creo que pueden recobrar tanto ella como la Iglesia Romana su influencia sobre el pueblo, a condición de que se reforme.

—¿Reformar la Iglesia? ¿Reformar la orden? —interrumpió ansiosamente fray Plácido.

El superior no paró mientes en la pregunta y prosiguió:

—Pero ni la orden ni la Iglesia pueden reformarse por algunos movimientos superficiales. Es necesario que sean removidas y turbadas hasta lo profundo. Yo siento que tengo una misión que llenar.

—Dentro de la orden, ciertamente V. R. tiene una misión; pero dentro de la Iglesia, en el sentido de una reforma, no —replió enérgicamente el viejo fraile— porque sólo el papa es el llamado a ello.

El superior palideció ligeramente y permaneció callado durante algunos segundos; al cabo dijo:

—Este papa morirá pronto. El que vendrá después, ¿tendrá su mismo espíritu intransigente y hostil al espíritu del siglo nuevo? Yo soy sacerdote católico y cualquier cosa que suceda no la olvidaré nunca. Pero los católicos del siglo XXX pedirán cuentas a los del siglo XX de no haber sabido comprender las necesidades de la sociedad de este tiempo.

—¿Está seguro V. R. de que habrá un siglo XXX? —preguntó fray Plácido, a lo que el otro no respondió. El viejo continuó—. No es la Iglesia la que tiene que reformarse si quiere vivir; es la sociedad del siglo XX que se muere de un mal que los sabios llaman lucha de clases y que los teólogos llaman envidia: propter invidiam diaboli... Los primeros siglos del cristianismo fueron piadosos, pero tuvieron la enfermedad de la Herejía. La Edad Media fue valiente y tuvo la de la Ambición. La Edad Moderna fue egoísta y se enfermó de Envidia. Nuestra sociedad es hija de mala madre: la Revolución Francesa, que pretendió enseñar al mundo los derechos del hombre y no se acordó de enseñarle antes sus deberes.

Fray Simón de Samaria miraba la hoja de baquelita, pensando: “Si la introdujera en la radio, ¿adivinaría él, por la voz de ella, que aún no está bautizada? Ella me dice que yo soy la puerta de la Iglesia. ¿Es lícito que yo piense de ella que es la puerta del Cielo, por la promesa del apóstol Santiago: ‘Quien convierte a un extraviado asegura su propia salud?’”

El viejo fraile, que no veía transparentarse sobre la frente del superior sus recónditos pensamientos, siguió con inusitado brío:

—Los sacerdotes no podemos ser perros mudos incapaces de ladrar, Canes muti, non valentes latrare. Tenemos que gritar a los hombres que nuestra raza va a morir por la espada de otros pueblos que no conocen derechos sino deberes. Yo estoy cerca ya de la muerte y no veré eso, pero V. R. sí lo verá y debe anunciarlo en alta voz para que el Señor no le impute el silencio, conforme a las palabras de Ezequiel: “Si el centinela ve venir la espada y no suena la trompeta, yo pediré cuentas de la sangre del pueblo del centinela.”

—Supongo —dijo con suave ironía el superior— que a mí, que desde hace veinte años hablo al pueblo, a veces como un profeta, a veces como un mártir, no me pedirán cuentas por haber callado, sino tal vez por hablar de más.

El viejo lo miró de hito en hito.

—Yo que no comprendo el esperanto, no puedo elogiar la predicación de V. R. sino por los resultados de ella, especialmente las conversiones que realiza.

El superior se estremeció, mas advirtiendo que aquello había sido dicho sin intención particular, guardó silencio.

—Su predicación no puede ser la de aquellos profetas de que habla Isaías, a quienes el pueblo les gritaba: “Predicad cosas que nos gusten; profetizad mentiras.”

—Yo he predicado la palabra de Dios conforme al espíritu de la Iglesia.

—Estoy seguro y por eso no he creído que fueran ciertas expresiones que se le prestan.

—¿Se acuerda V. R. de algunas? —preguntó con curiosidad el superior.

—Con el máximo respeto voy a decirle lo que me han dicho, y que atribuyo a una mala interpretación.

—Diga, fray Plácido.

—Nuestro país, según todos sabemos, está inundado de musulmanes y de judíos. Éstos han venido buscando un refugio contra las persecuciones; aquéllos, obedeciendo al plan de mahometización del mundo que se ha trazado el imperio árabe de El Cairo.

—Efectivamente.

—Pues bien, V. R. sacerdote católico, dirigiéndose a los musulmanes, en vez de llamarlos a convertirse les habría dicho: “¡Oh, musulmanes! conservad vuestra fe en el Dios único que vuestra abuela Agar invocaba en el desierto de Sehur (Beer-Seba) y seréis salvos, porque ella recibió la bendición de esta magnífica promesa: ‘Multiplicaré tu posteridad tanto que no podrá contarse.’”

—No lo han engañado; eso he dicho. Estamos viendo el cumplimiento de la promesa, señal de la bendición de Dios sobre ese pueblo; mientras la población de Europa y América disminuye, la de Asia y África se multiplica. La raza de Jafet camina hacia su extinción, mientras que la de Cam ya no puede contarse. El día que todos los pueblos musulmanes formen una sola nación, su rey podrá poner en pie de guerra en sus campamentos del Éufrates tantos jinetes como toda Europa junta.

—Eso está previsto en el Apocalipsis —observó fray Plácido—. “Desató a los cuatro ángeles del abismo atados en el gran río Éufrates. Los cuales estaban prontos para la hora y el día y el mes y el año en que debían matar la tercera parte de los hombres. Y el número de las tropas a caballo era de doscientos millones.”

—Bueno, pues Dios anunció a Agar, la madre de Ismael, la grandeza que concedería a sus descendientes por virtud de aquella oración que está en el Génesis. En estos tiempos del sindiosismo ya es mucho que 700 millones de hombres adoren al Dios de Ismael.

—También está en el Génesis —observó fray Plácido— lo que sería ese Ismael, padre de los musulmanes,

—Ya lo recuerdo: “Será un asno salvaje; su mano estará contra todos y todos contra él.” En otro tiempo se creyó que el Anticristo sería un sectario de Mahoma. Ahora no pensamos en eso.

El viejo meneó la cabeza.

—Los sermones de V. R., según me dicen, también son del gusto de los judíos, a quienes tampoco incita a convertirse y, al contrario, confirma en sus errores.

—¿De qué modo podría confirmarlos en el error?

—Era a propósito de un comentario suyo a la epístola de San Pablo a los romanos.

—¡Ah, ya recuerdo! Aquel sermón que causó escándalo entre muchos amigos nuestros. Y sin embargo, yo me limité a decir que así como Dios, a causa de la incredulidad de los judíos llamó a los gentiles para que ocupasen el lugar de ellos, ahora por causa de la incredulidad de los gentiles —que hoy somos los cristianos— Dios llamará a los judíos para que ocupen nuestro lugar. ¿Es eso lo que le dijeron a V. R.?

—Eso fue —respondió fray Plácido.

—Pues no hice más que ajustarme a un texto de San Pablo, que afirma: “No hay distinción entre judíos y griegos, porque el Señor es el mismo para todo el que lo invoca. Cualquiera que invoca el nombre del Señor será salvado...”

—Le pido mil veces perdón —respondió fray Plácido, sacudiendo enérgicamente la amarilla cabeza—. El Apóstol se refiere a los judíos y a los griegos, una vez convertidos a Jesucristo, y no a los que obstinados en su judaísmo o su idolatría se contentan con exclamar: “¡Señor, Señor!” Jesús mismo les previene en un pasaje del Evangelio: “No todo el que me dice Señor entrará en el reino de los cielos.” Porque si el santo nombre se limita a ser un talismán y no una conducta (*legem vitæ et disciplinæ*), de poco les aprovechará, según lo enseña el Apóstol: “La fe sin las obras es muerta.” Y no se puede creer en el Maestro si no se le sigue; y no se le puede invocar si no se cree en él, como lo dice el mismo San Pablo en la misma epístola que V. R. comentaba: “¿Cómo se puede invocar a Aquel en quien no se cree?” ¿Y cómo creerán en Jesucristo si sus sacerdotes no predicán a Jesucristo, sino al dios de los agarenos y de los judíos? Son palabras del propio Maestro que quien aborrece al Hijo aborrece al Padre; y quien no cree en el Hijo no tiene al Padre, porque no se llega a Dios sino por el Camino de Jesús...

Más que impaciencia aquella discusión causaba hastío al superior, ávido de quedarse solo para escuchar de nuevo la ardiente voz que removía sus entrañas.

No quería suscitar sospechas acerca de su ortodoxia o de su conducta, y nada contestó a aquel que por primera vez se atrevía a hacerle frente.

Tomó el viejo por aceptación aquella calma, y temiendo abusar de su victoria cambió de tema.

—Y ahora déjeme V. R. felicitarlo...

—¿Por qué? —interrogó vivamente el superior, presintiendo que iba a hablarle de ella.

Porque hoy he visto que V. R. ha obtenido la conversión de esa dama de la vincha roja.

—¿Supone que se haya convertido porque la vio en mi confesionario?

—¡Naturalmente! El confesionario es la eterna trinchera del diablo. Cuando una persona acepta esa humillación, la gracia ha vencido.

—¡No! Ella no se ha convertido aún. Necesitaba exponerme otras dudas, y como no le importa que piensen que ya es católica, fue al confesionario.

—¡Ah! —exclamó el viejo con sorpresa—. Comprendo que la conversión de un protestante sea más difícil que la de un pagano, pues por rebeldía ellos han cegado dos fuentes copiosas de agua al renegar de nuestras principales devociones: la de la Santísima Virgen y la del papa.

El superior, que veía menguar en sí mismo esas dos devociones, estuvo a punto de replicar, mas temió descubrirse y solamente afirmó:

—Tardará mucho o poco, pero ella, mi hija espiritual, se convertirá y morirá católica.

La vehemencia de estas palabras sorprendió al viejo. En sus noventa años nunca había dicho una cosa tan grave como la que dijo entonces con voz ronca. Pero cada cosa tiene su tiempo y él sentía que no era tiempo de callar.

—Hace poco leía un triste libro que, a pesar de ser el diario de un apóstata recogido y publicado por otro apóstata, contiene grandes enseñanzas para los sacerdotes que quieran comprenderlo.

El superior se irguió sin despegar los labios. El otro prosiguió:

—¡Cosa extraña! V. R. ha empleado exactamente las mismas palabras que emplea el autor de ese diario refiriéndose a una dama protestante en cuya conversión estaba empeñado. El sábado santo del año 1888, hallándose en Roma, concluye una página de su diario con esta imprudente afirmación: “Mi querida señora Merriman, mi hija hereje, se convertirá y morirá católica.”

—¿Acaso se equivocó? —preguntó el superior, acerbamente.

—Sí, reverendo padre. Ella pareció convertirse, fue bautizada por él, se confesó con él, comulgó de manos de él; pero influyó tanto sobre él, lo inflamó de tal orgullo, que lo hizo rebelarse contra el papa y lo arrastró fuera del convento. Ella murió protestante y él murió renegando de la Iglesia Romana, de la que fue sacerdote y a la que pretendió gobernar y reformar.

Como el viejo al hablar miraba las baldosas del suelo, no advirtió la lúgubre palidez del superior, cuyos labios blancos formularon trabajosamente esta pregunta:

—¿Alude V. R. al diario del ex carmelita descalzo, el célebre Jacinto Loyson?

—Sí, padre superior...

—No lo he leído. Sólo recuerdo haberlo visto en sus manos. ¿Está en nuestra biblioteca?

—No, padre superior. Me lo prestó mi viejo amigo el doctor Ernesto Padilla. Se lo devolví no hace mucho. Si V. R. quiere leerlo...

—Ahora no; más adelante. Pero en fin de cuentas, ese hombre arrojó los hábitos para casarse con una mujer que se le acercó pretextando el deseo de convertirse. Se trata de una aventura vulgar, que no puede tener grandes enseñanzas para nadie.

—Casi todas las apostasías —repuso fray Plácido— son aventuras vulgares, pero todos los apóstatas creen que su caso es de enorme trascendencia para la Iglesia. Todas las apostasías comienzan pretendiendo algún bien espiritual que se quiere imponer contra las reglas divinas. Al principio el orgullo se oculta de mil modos, y sólo aparece cuando se tropieza con la voluntad del superior. Se produce entonces la obstinación en el propio juicio, y como consecuencia la rebeldía contra la suprema autoridad. Y no bien se consuma la ruptura definitiva, que suele ser resonante y aplaudida por el mundo, vemos que Dios castiga al apóstata permitiéndole caer en esa aventura vulgar para que se vean los pies de barro de aquella estatua de oro.

Largo silencio de ambos frailes.

—Recuerdo haber leído en un tratado de teología —dijo por fin el viejo— ser estas bochornosas caídas un remedio heroico que el Señor permite a los que se complacen en su propia virtud. Hasta San Pablo, que ha visto las maravillas del tercer cielo, siente el aguijón de la carne mediante el cual el Señor quiere preservarle del orgullo.

—Si fuera como dice V. R. —contestó sarcásticamente el superior— deberíamos confesar que el tal remedio heroico no es muy eficaz. Al pobre Loyson no lo salvó de morir ateo.

—A él no, seguramente —repuso Fray Plácido— pero ¡cuántos otros habrán escarmentado ante su terrible ejemplo! Por eso he dicho que este diario, escrito por un apóstata en su propia defensa, contiene grandes enseñanzas, pues muestra a los sacerdotes cómo avanza poco a poco la tentación y cómo el apóstata en ciernes trata de excusar con razonamientos sus primeras caídas. En el día del juicio sabremos cuántos que tenían las manos consagradas, llegaron hasta el borde del abismo y se echaron atrás.

—Tal vez se echaron atrás —observó el superior— no por virtud sino por pusilanimidad, por no atreverse a sacar las últimas consecuencias de sus primeros actos.

—Aunque así fuera —replicó el viejo fraile— en el día del juicio bendecirán su pusilanimidad. Los caminos de la apostasía no son muchos: el orgullo, la carne, rara vez la codicia. Ese libro de Loyson es un documento muy poco frecuente, porque es un diario principiado antes de la apostasía sin propósito de publicación, continuado después. Y allí se ve la diabólica filiación de las tentaciones. Unas engendran a las otras. ¿Cuál fue la primera? ¿La del orgullo o la de la carne? Yo creo que en Loyson fue la del orgullo: lo marearon sus triunfos de orador, la popularidad inmensa de sus sermones en Notre Dame de París. Se creyó un apóstol y pretendió dirigir la Iglesia y reformarla.

Fray Plácido tomó aliento y prosiguió así:

—Esa fama le conquistó la admiración de una dama protestante y se empeñó en convertirla. Leyendo ese diario se ve cómo corren su famosa carrera estos dos caballos: la rebeldía contra Roma, que es el orgullo, y la tentación carnal, que es su castigo.

—¿Ese libro está todavía en su poder? —preguntó maquinalmente el superior, sintiendo como una brasa la mirada del viejo.

—Ya lo devolví, pero si V. R. lo desea...

—Es verdad, ya me lo dijo... Después se lo pediré... Ahora no tengo tiempo.

El viejo prosiguió explicando el contenido del diario de Loyson.

—A una explosión de ternura hacia aquella mujer sucede siempre un raptó de devoción. Quiere hacer cómplice a Dios y especula con el poder de seducción que tiene la virtud. Cierta día escribe: “Os amo, mi bien amada, mi bien amada en Jesucristo...” En otro pasaje el pobre iluso nos ofrece una repugnante mezcolanza de erotismo y de teología: “Jesucristo nos ha merecido sobre la cruz al amarnos —ella y yo— con esta ternura y esta pureza.”

—¿Había dejado de celebrar su misa? —preguntó el superior.

—No, padre. Continúa celebrándola, aunque no diariamente. A medida que avanza en concesiones a la pasión crecen sus dudas sobre algunos dogmas o sus arrebatos contra la Iglesia, especialmente contra el papa. Me han quedado en la memoria algunos párrafos por la impresión que me han producido. Dice así: “Siento sobre mis labios vuestros besos, tan tiernos y tan puros...” Y casi a renglón seguido el tiro contra Roma: “Yo me veo más cristiano y más católico que nunca, pero no admito el principio de autoridad como lo entiende la Jerarquía romana en la definición de la fe...” Sus misas son ya sacrílegas y sus sacrilegios no son secretos, pues se los comunica a ella. Un día ella, que es norteamericana, le regala un algodón que fue mojado en la sangre de Abraham Lincoln, asesinado; y él, celebrando misa al día siguiente, en el augusto momento de la consagración —da horror y náuseas contarlos— empapa ese algodón en la preciosísima Sangre de Cristo, “para unir”, dice textualmente, “la sangre del Hijo de Dios con la sangre de ese otro mártir doblemente excomulgado, por protestante y por masón”. A todo esto va creciendo la obsesión de todos los que caminan hacia la apostasía: la pretensión de reformar la Iglesia.

—Grandes santos tuvieron en los siglos corrompidos esa pretensión, que yo más bien llamarla misión divina —observó suavemente el superior.

Fray Plácido se encogió imperceptiblemente de hombros y prosiguió sus citas:

—He aquí una blasfemia envuelta en torpe misticismo: “He celebrado misa a las ocho. Ella ha comulgado... Verdadero amor de los ángeles y substancialmente todo un culto que bastaría para regenerar el mundo, como ha regenerado mi vida.”

El superior se puso de pie. Era trágica su palidez y la blancura de sus labios,

—¿Se siente mal V. R.?

—Sí, bastante; déjeme solo. Voy a descansar un momento. No he dormido y no puedo más... Después hablaremos.

Fray Plácido, sin replicar, se marchó.

La puerta de la celda se cerró, y el superior fue a arrodillarse junto a su duro lecho; apoyó la frente sobre el madero y sollozó largamente, como si un ángel acabara de mostrarle su espantoso destino.

Después de una hora se aquietó su corazón y llegó hasta a sonreír de la ingenuidad y falta de mundo del viejo fraile; se puso a hojear su diario y halló en él un texto del profeta Daniel que lo tranquilizó: “Los que hayan conducido a muchos a la justicia, serán como las estrellas eternamente”, con este comentario que él había puesto: “Es una obra inmensa convertir a los herejes, pero también es obra grata a Dios acercar en caridad a paganos y católicos, aun sin convertirlos.”

Recogió la hoja de baquelita, la volvió a introducir en la radio y escuchó de nuevo el dulcísimo mensaje de Juana Tabor, y entonces dictó al aparato la respuesta, que ella tal vez estaría aguardando:

Hela aquí: “Usted me ha sido enviada milagrosamente, para que yo la conduzca a la verdad a través del Evangelio y usted me conduzca al cielo a través del amor.”

Luego para sí, en su diario, bajo la fecha de ese día, escribió: “Amor extraño, celeste y virginal, que no tiene semejante en la historia. Fundamento de la Iglesia del Porvenir. Preparación del Santuario. Cumplimiento de las sagradas historias del Cantar de los cantares. Nuestro amor es la cosa más pura y trascendental que existe ahora en la Iglesia.”

Y no advirtió al escribir todo esto que, como lo había dicho fray Plácido, cada explosión de erotismo iba seguida de una manifestación de disidencia o de rebelión contra la Iglesia Romana.

## El nuevo Santo Imperio

Desde hacía medio siglo el káiser de la Gran Alemania había ido redondeando su mapa. Su poder se extendió desde el mar Báltico hasta el Adriático, y alcanzó al mar Negro.

Y cuando murió el rey de Suecia y Noruega sin herederos, los escandinavos ofrecieron la corona del doble reino al káiser, quien la entregó a su nieto, el joven Otón.

Para rehacer el imperio de su lejano antecesor Otón I, emperador de Alemania en el siglo X, faltábanle algunos pedazos del mapa europeo; Italia y su imperio.

Tentación vana y peligrosa que el viejo monarca ahuyentó de sus noches de insomnio, porque hubiera sido exponerse a traicionar al emperador romano Carlos Alberto, cuya amistad le había servido en sus planes.

Tenía, en cambio, otra ambición que acariciaba como la idea de un desquite contra el más pequeño de los reyes de la tierra, desde el punto de vista de la extensión de sus dominios: el papa.

El Pastor Angelicus seguía reinando en la Roma Vaticana, y la supervivencia de su minúsculo reino era un milagro en medio de tan grandes naciones y de los trascendentales cambios que había sufrido el mundo político.

Alfredo Enrique no quería morir sin ser consagrado emperador por la mano misma del papa, a fin de justificar sus conquistas ante los ojos del universo; porque el vicario de Cristo en la tierra era la mayor autoridad moral que reconocían los hombres.

Y una vez consagrado por el papa, ambicionaba extender su imperio sobre las almas de sus súbditos, reasumiendo las atribuciones de los Otones y Enriques de la Edad Media, que se inmiscuyeron en el gobierno de la Iglesia hasta que los contuvo la mano enérgica de Gregorio VII, el famoso monje Hildebrando.

El actual señor de la Alemania osaba renovar así, en el siglo XX, la antiquísima querrela denominada “de las investiduras”, que tuvo por actores principales a Enrique IV de Alemania y a Gregorio VII, el cual obligó al emperador a ir en pleno invierno, descalzo, a pedirle perdón a la pequeña ciudad italiana de Canossa.

El Papa perdonó al emperador, mas no duró mucho la paz. Enrique era joven y orgulloso, y rebelóse de nuevo; y como no pudiese doblegar la voluntad indomable de Gregorio, lo hizo deponer del trono pontificio por un conciliábulo de obispos alemanes e italianos que eligieron un antipapa, el monje Guiberto, quien adoptó el nombre de Clemente III y se instaló en Roma, donde coronó emperador a Enrique IV.

A mil años de distancia, el nuevo señor del Sacro Imperio Germánico había repasado los dramáticos capítulos de aquella historia vieja y releído el discurso con que Gregorio VII acogió al mensajero que le llevó la noticia de que lo habían despojado de la tiara.

Hay en ese discurso un párrafo misterioso y terrible que dice así: “Ahora, cuando el precursor del Anticristo se ha levantado contra la Iglesia, debemos ser dulces y prudentes.”

¿Tuvo entonces el papa una visión profética y vaticinó algo que no era para cumplirse inmediatamente sino mil años después?

Dios lo sabía. Pero Alfredo Enrique I sentía a través de diez siglos el ardor de fuego de aquella expresión: Precursor del Anticristo, intolerable afrenta que deseaba borrar, obteniendo que otro papa lo consagrara en Roma, desmintiendo así la profecía de Gregorio.

Hasta entonces el Pastor Angelicus se había negado dulce y tenazmente, sin dar pretexto a ruptura, y no le quedó al emperador más esperanza de lograr su propósito que la muerte del viejísimo rey de la Roma Vaticana y la elección de otro papa que se dejara manejar por él.

Pero él mismo era tan viejo que ya no podían quedarle muchas ilusiones de sobrevivirle. Un día no lejano también él moriría dejando su enorme imperio a su heredero.

Otón, su nieto nacido en Vilna —antigua capital lituana— mozo de veintitrés años, era un lobezno arisco al cual había hecho coronar rey de Escandinavia para adiestrarlo en el arte de gobernar.

Aquel mancebo disoluto a los dieciocho años se había casado con una princesa polaca; a los veinte la había abandonado y vivía a su antojo, sin ley ni rey.

De atezado color, alto, membrudo y flaco, de barba roja que le invadía las sienas y las orejas; de perspicaces ojuelos emboscados detrás de las cejas hirsutas y amarillas; bravo, fortísimo e insaciable, Otón inspiraba miedo a cuantos lo trataban, desde su indefensa mujer que temblaba oculta en algún rincón del palacio hasta su poderoso abuelo.

El día en que el emperador muriese y él quedase dueño de veinte naciones, con dos millones de kilómetros y treinta millones de soldados ¿qué pasaría en el mundo?

Otón, efectivamente, creía ser un soberano destinado a hazañas portentosas.

Cierto monje griego se le presentó un día con las Sagradas Escrituras en la mano y le dijo que el profeta Isaías, en el capítulo XLI, anunciaba sus futuras victorias, y le leyó estos ver-sículos que llenaron de furia las venas del mozo: “Que las islas se callen delante de mí... Las islas han visto y han temido y los extremos de la tierra han temblado... Del norte despertó uno y vendrá; del nacimiento del sol llamará en mi nombre, y hollará príncipes como lodo y como pisa el barro el alfarero...”

Y así, el joven rey de Escandinavia aguardaba la hora de su estrella maldiciendo el tiempo que perdía.

En la primavera de 1093 el viejo emperador volvió a montar su caballo de guerra.

Los pobres príncipes modernos están condenados a no ser nunca originales, porque no hay locura ambiciosa que no haya sido cometida veinte veces por sus antepasados en la historia.

Acababa de morir Juan IV, rey de España, hijo del tercero que llevó ese nombre, en quien se restauró la monarquía española después de la guerra civil más sangrienta y gloriosa que haya presenciado la humanidad.

Juan IV murió sin sucesión y surgieron multitud de pretendientes, entre ellos uno que a la vez pretendía la corona de Francia como descendiente de Carlos de Berwick, duque de Alba y conde de Chambord.

El gobierno francés intentó la repetición de una historia vieja, la de Felipe de Anjou —impuesto rey de España por su omnipotente abuelo Luis XIV, bajo el nombre de Felipe V— y ofreció al conde de Chambord aquel trono vacante, para que dejara en paz a la agitada República Francesa.

Enrique de Berwick aceptó la propuesta, renunció al problemático trono de San Luis y marchó a Madrid precedido por veinte divisiones francesas, que afianzarían en sus sienes la corona de San Fernando.

El viejo káiser, aburrido de pasearse por las enarenadas callejas de sus jardines de Postdam mientras la primavera llenaba de pimpollos sus rosales, al recibir aquella noticia pensó que no debía permitir que la península ibérica quedase bajo otra influencia que la suya. Sobre su escritorio había un tablero con ocho botones que marcaban ocho caminos hacia todos los rumbos de la rosa de los vientos.

Bastábale apretar uno de esos botones para que al instante la previsora y ordenada máquina de guerra del Santo Imperio se moviese en determinada dirección.

Oprimió sin titubear el botón que decía Francia, y esa misma noche veinte mil tanques alemanes cruzaron el Mosa y ocuparon sus principales cabezas de puente. Francia no tuvo tiempo de pedir ayuda a sus aliados, que tampoco estaban como para prestársela.

Inglaterra hallábase en plena revolución.

Su rey Jorge VII agonizaba, y su heredero, un niño de doce años apoyado por el Parlamento, tropezaba con la oposición de la alta banca.

Los financieros le oponían un rival, el joven duque de Kensington, nacido en Palestina, nieto de aquel que abdicara el trono en 1966 y se casó en Oriente con una opulenta muchacha judía. Sostenían los de este partido que el acta de abdicación presentada al Parlamento fue falsificada; y por lo tanto era nula. Si el entonces rey no adujo esa nulidad para conservar su trono, fue debido al romántico amor que lo enajenaba, pero aquella falsedad no podía destruir el derecho de sus sucesores.

La discordia entre el Parlamento y los financieros se transformó en guerra civil. Tanto el País de Gales como Escocia se pronunciaron por el príncipe niño nacido en Londres, pero una parte de Inglaterra, especialmente las grandes ciudades y regiones comerciales, reconocieron al de Kensington.

Rusia, o mejor dicho Satania, no se hallaba en mejor situación como para auxiliar a nadie.

Su emperador, nieto de aquel Yagoda a quien Stalin fusiló en 1938, acababa de perder las tres cuartas partes de su imperio, los 16 millones y medio de kilómetros que constituían la Rusia asiática.

Kriss, un tártaro analfabeto y bárbaro, ex acróbata que había trabajado en los circos del mundo entero, encabezó en Asia una revuelta, y después de asesinar a todos los funcionarios europeos residentes en los dominios asiáticos de Satania, seguido por una horda de centenares de miles de jinetes se proclamó gran khan de la Siberia independiente, cuya capital fijó en Tomsk.

La ansiedad de Yagoda fue impedir que el incendio cruzara los montes Urales e invadiera la Rusia europea, donde él afirmaba los restos de su poder envenenando a 99 sospechosos cada día.

En esta situación la República Francesa no tuvo más remedio que renunciar a sus propósitos y consentir que se coronase rey de España a Manuel V, rey de Portugal, que unió bajo un solo cetro la península ibérica como en los tiempos de Felipe II, con una doble capital en Madrid y en Lisboa.

Alfredo Enrique anunció que deseaba vivir en paz sus últimos años, y que para ello era indispensable restablecer la monarquía de Francia. Apoyó al conde de Chambord y logró sentarlo en el trono de San Luis. El único que hubiera podido resentirse habría sido el emperador romano Carlos Alberto, pero sopló a su oído palabras ambiciosas: “Tu, que disfrutas las conquistas de tus antepasados ¿quieres pasar a la historia con las manos vacías? ¿Qué has ganado por tu parte? ¿Qué tierras nuevas legarás a tus sucesores?”

Ahora al káiser le interesa que su aliado el emperador Carlos Alberto agrande sus dominios, porque ha encontrado una forma romántica de incorporarlos a los suyos. Es la siguiente:

Carlos Alberto no tiene hijos varones y sólo tres hijas mujeres, a quienes las leyes del Imperio Romano vedan el acceso al trono.

Clotilde de Saboya, la mayor, es a los dieciocho años un portento de gracia y de virtudes.

En ella ha puesto los ojos el káiser, y piensa presentar el negocio a Carlos Alberto de esta manera:

—Dame la mano de Clotilde, tu hija mayor, para Otón, rey de Escandinavia, mi único heredero, y toma tú mismo todas las tierras que desees, inclusive lo que queda de Francia. Yo estaré contigo.

Seguramente estas palabras conmoverán al joven emperador, mas el káiser adivina que su respuesta será así:

—Tu nieto Otón es casado... No puede tener otra esposa.

Yél replicará:

—El papa anulará ese primer matrimonio.

Ya descuenta que su nieto no vacilará en abandonar a su legítima esposa, que no le ha dado descendencia, y también que vencerá la resistencia del papa.

¿Y si a pesar de todo el Pastor Angelicus hallara en su viejo corazón la misma indomable energía de todos los papas que se han opuesto al divorcio de los reyes, desde Hikmar en tiempos de Lotario, hasta Pío VII en tiempos de Napoleón I?

—Sería un obstáculo —piensa el káiser— mas no por muchos años,

Pío XII tiene más de cien y no tardará en morir, y entonces él hará que se repita la vieja historia de otro emperador alemán (Otón III) que designó él mismo a Bruno, hijo del duque de Carinthia, quien tomó el nombre de Gregorio V y fue el primer alemán que haya sido consagrado papa. En aquellos siglos, en la elección de los papas intervenían el pueblo y los príncipes. Él haría que volvieran esas costumbres abolidas sabiamente por la Iglesia.

Si Pío XII muriese haría elegir a un cardenal alemán, y del nuevo papa obtendría la anulación del primer matrimonio de su nieto.

Una vez instalado éste en Roma como esposo de la futura emperatriz romana ¿quién lo expulsará? ¿Qué fuerza ni humana ni sobrehumana podrá impedir a la muerte de Carlos Alberto la restauración del Imperio Romano Germánico bajo el cetro de Otón V?

Carlos Alberto era joven y emprendedor, y antes de que el káiser le sugiriese la conquista de los territorios donde se pone el sol de Italia, había sentido la ambición de arrojar sus 50.000 aviones sobre las tierras donde nace: ¡Sofía, Belgrado, Atenas!

Desde el Adriático hasta el mar de Azov; desde el Danubio hasta el mar Egeo, todo el Oriente cayó en su poder sin que los que allí gobernaban pudieran resistirle.

Carlos Alberto en pocos meses volvió a su capital con la triple corona de Bulgaria, Rumania y Grecia, regiones que muchos siglos antes pertenecieron al Imperio Romano.

Carlos Alberto tenía otra ambición que le tocaba más de cerca.

¿De qué valía su imperio si dentro de Roma, su propia capital, había otro rey también con triple corona?

—¿No seré yo nunca rey de las almas como ese viejo indefenso y moribundo?

Era tiempo de contar cuántos cardenales respondían al emperador de Alemania y al de Roma para elegir un papa cortado a su gusto, sin esperar que la muerte los liberara de aquel eterno Pío XII.

La muerte no les dio tiempo, mas fue la de ellos.

Ese año, en 1993, murieron súbitamente ambos emperadores; el uno de viejo, el otro en lo mejor de su edad a causa de un accidente de aviación.

El nuevo emperador, Otón V, se condeolizó del infortunio de las tres princesas hijas de Carlos Alberto; se fue a Roma, se instaló en el Quirinal, y dijo a Clotilde, la mayor:

—Si quieres ser mi mujer serás emperatriz del mayor imperio de todos los siglos.

—Tú eres casado ya —le contestó Clotilde.

—¡No importa! El papa anulará mi matrimonio. Estoy harto de esa mula polaca que no sabe tener hijos.

—¿Y si el papa no anulara tu matrimonio?

—Me casaría lo mismo.

—Yo no —respondió la princesa y le volvió la espalda.

Pero Otón V, instalado en el Quirinal, aprisionó a la joven y llenó de tropas la península. También a él le gustaba repetir la historia hecha por otros reyes y emperadores.

Y dijo a Margarita, la segunda de las hijas de Carlos Alberto:

—Si quieres ser mi mujer serás la más gloriosa emperatriz del mundo.

—No quiero —respondió la princesa— tú eres casado.

Entonces Otón V habló a la tercera de las princesas, Ágata, que no tenía más de quince años y era ambiciosa y locuela:

—¿Quieres ser la más poderosa emperatriz del mundo?

—Sí, quiero —contestó la muchacha.

Y se casaron en Roma con la bendición de un obispo luterano, porque el papa no consintió en separar lo que Dios había unido.

Eso ocurrió a fines del año, cuando según los sagrados y misteriosos libros de la Cábala ya existía en alguna parte del mundo un joven que sería el Anticristo.

¿Dónde vivía?

De Otón V —dueño y señor del Santo Imperio Romano Germánico, que tenía dos capitales, Berlín y Roma— dijeron algunos que debía de ser el Anticristo; y él mismo, por su parte, sentía en sus venas furores satánicos.

Mas era feo e hirsuto como un lobo.

—No puede ser el Anticristo —explicaban los exegetas— porque el mayor enemigo de Cristo será el mancebo más hermoso que hayan visto las estrellas.

Apasionadas discusiones se abrieron en todo el mundo acerca de la personalidad del Anticristo y de la posibilidad de que aquellos años fueran los últimos de la humanidad.

Muchos creían ya inminente el advenimiento de N. S. Jesucristo en gloria y majestad, y como el labrador que espía los brotes de la higuera para saber si está próximo el verano, ellos espiaban en la tierra, en el cielo y en las almas las señales que el mismo Jesús dio de su segunda venida, a fin de que se encontraran preparados.

La restauración de Jerusalén sería una de esas señales, porque estaba escrito que su destrucción duraría hasta que se cumpliera el tiempo de las naciones, es decir que si alguna vez se restauraba el templo y el trono de David, sería cuando la humanidad estuviese tocando los umbrales del Apocalipsis.

Un astrónomo anunció, y no fue creído, que se produciría una extraña conjunción de astros, tal como aquella que en los comienzos de nuestro planeta hizo variar en 23½ grados el eje de la tierra con relación a la eclíptica.

El nuevo fenómeno ocurriría en el año 2000. La tierra recobraría su posición primitiva, lo cual introduciría un trastorno apocalíptico en su estructura.

Aunque la gente se mofó de eso como de un desvarío, muchos matemáticos se pusieron a calcular de qué modo cambiaría la posición de las aguas, en la hipótesis de que ocurriera semejante rectificación del eje de la tierra.

Y se publicaron libros explicando cuáles naciones quedarían sumergidas y qué mares u océanos se convertirían en tierras firmes; qué volcanes entrarían de nuevo en actividad, y qué ríos se agotarían como menguados arroyos en tiempos de sequía.

De donde nació la costumbre de preguntarse unos a otros en qué lugar del mundo instalarían sus moradas.

Pero había otras dos señales bien manifiestas en los libros santos que deberían cumplirse antes del fin: primeramente, la reunión de todos los judíos en una sola patria; después, su conversión en masa a la fe de Cristo.

Su libro sagrado, el Talmud, afirma en tres pasajes que el mundo no durará más de seis mil años, como representación de los seis días que Dios trabajó en hacerlo, ya que mil años a sus ojos no son más que un día.

Aquí discutían los intérpretes católicos si la conversión de los judíos se realizaría antes o después del Anticristo.

Cierta opinión, apartándose de antiguas interpretaciones, afirma que tal conversión sólo tendrá lugar después del Anticristo, puesto que primeramente los judíos lo recibirán como al Mesías prestándole adoración.

Su desengaño y su conversión en masa —según estos intérpretes— sólo ocurrirá cuando el “hombre de pecado” sea vencido y aniquilado por Cristo.

Pero estaba escrito que la Iglesia Católica, que ha salido victoriosa de tantos cismas, aún tendría que sufrir la “abominación de la desolación”, o sea una apostasía casi general y la adoración del Anticristo en el templo mismo de Dios.

Postrera y segura señal de los últimos tiempos.

Entonces los hombres, despavoridos, verán encenderse en el cielo la Cruz del Señor, y al Hijo del Hombre llegar sobre las nubes con gran poder y majestad a juzgar a los vivos y a los muertos.

## La muerte del Papa

Una tarde, en la segunda semana del cálido mes de veadar, el decimotercero del año correspondiente al febrero antiguo, en esa hora triste en que las iglesias se llenan de sombras, fray Plácido ascendió una gastada escalera de ladrillos buscando a fray Simón, que se encerraba en el coro para tocar el órgano.

El superior de los gregorianos era un excelente músico; mas ponía en sus ejecuciones tal diabólica vehemencia que daba escalofríos, por lo cual irritábale que lo escuchasen y lo había prohibido, pero esa vez fray Plácido creyóse autorizado a violar el mandato.

Mientras se aproximaba oía aquellos compases de la marcha fúnebre de Beethoven, que hacen pensar en el ruido de las rótulas que golpearán la tapa de los féretros el día de la resurrección.

No se amedrentó y empujó la puerta con osadía. La radio Vaticana acababa de propalar una grave novedad: el papa Pío XII, el Pastor Angelicus anunciado por San Malaquías, había muerto a los 116 años.

Según esta profecía, que unos miran como inspirada y otros como apócrifa, después del Pastor Angelicus no habrá más que seis papas; luego la humanidad entrará en su grandioso final con la Parusía, esto es, la segunda venida de Cristo al mundo.

Ahora se reuniría el cónclave para elegir el sucesor, a quien le correspondía el lema de Pastor et Nauta. (Pastor y navegante).

Puesto que no quedaban muchos años hasta el 2000, en que algunos piensan reinará el Anticristo, era de imaginar que los seis papas últimos desaparecerían poco después de consagrados.

En la historia eclesiástica hay ejemplos de pontífices de brevísimo pontificado. Sin contar algunos de ellos (Esteban II, siglo VIII; Juan XV, siglo X; Celestino IV, siglo XIII; y Urbano VII, siglo XVI) que murieron a los pocos días de ser electos sin llegar a consagrarse; once no alcanzaron a reinar un mes y son cuarenta y cuatro los que no cumplieron el año.

Podría pues ocurrir que en el breve lapso que faltaba se sucedieran cinco o seis papas

Después de Pastor et Nauta vendría Flor Florum (Flor de las flores).

Según los intérpretes de la profecía el reinado de ambos sería un corto tiempo de penitencia, para que los católicos se preparasen a las últimas persecuciones y a la victoria definitiva.

Durante ese tiempo el catolicismo penetraría en las más hostiles y cerradas regiones de la tierra y de las almas, y empezaría la conversión del pueblo judío anunciada por San Pablo con palabras que encierran una promesa magnífica.

A Flor Florum le sucedería el anunciado así: De Medietate Lunæ (De la media luna), en cuya época se alzaría un antipapa, origen del gran cisma pronóstico seguro del fin del mundo. Tal vez el lema significaría el apogeo del nuevo imperio de la Media Luna. Sí se piensa que esta profecía data del siglo XII y que hasta ahora parece haberse realizado puntualmente, el anuncio de un resurgimiento de Mahoma, enemigo de Cristo, ha de inquietar a las almas porque vaticina un período de espantosas persecuciones. Los últimos tres papas desaparecerían vertiginosamente. Uno de ellos, De Labore Solis (Del trabajo del sol), sería asesinado por orden o por mano del Anticristo, y durante tres años y medio la Iglesia perseguida se refugiaría en los desiertos.

Los cardenales lograrían reunirse en Jerusalén, y tras laboriosísimo cónclave, elegirían al penúltimo de los papas, probablemente un judío convertido cuyo lema en la profecía es De Gloria Olivæ (Del esplendor del olivo), en cuyo tiempo se consumaría la conversión de Israel. La alusión al olivo, símbolo bíblico del pueblo hebreo, robustece la idea de que este papa será de estirpe judía.

Estarán ya sonando las campanas del año 2000.

El Anticristo, señor del mundo entero, verá de pronto una colosal rebelión de naciones en los tiempos del último papa, llamado por San Malaquías Petrus Romanus, o sea Pedro II.

Éste presenciará la aparición de la cruz luminosa sobre el campo de Armagedón y la derrota del Anticristo, a quien el Señor aniquilará sin golpe de arma y solamente con el sople de su divina boca...

Todas estas visiones presentáronse de golpe ante la imaginación de fray Plácido.

La radio vaticana había transmitido un detalle de especial interés: el papa había muerto con la pluma en la mano, acabando de firmar dos decretos.

Por uno de ellos rechazaba la constitución de los caballeros templarios. Por el otro aprobaba una nueva orden religiosa, la de los ensacados limosneros, cuyas acciones son todas una oración impetrando el segundo advenimiento de Cristo, a fin de merecer la corona que el apóstol anuncia estar reservada para todos los que ansien su venida.

Tan absorto se hallaba en su música el superior, que no sintió llegar a fray Plácido. Éste no le habló de pronto, pues advirtió que la iglesia no estaba totalmente desierta.

Un fantasma evocado por aquella música infernal se movía cerca del presbiterio.

Ya en otra ocasión, mientras fray Simón tocaba el órgano, vio esa misma sórdida figura que desapareció al extinguirse las notas.

Aquella primera vez el superior le había preguntado con alarma:

—¿Ha visto V. R. algo?

—Sí, padre; he visto un viejo de barbas amarillas.

El superior hizo una mueca de fastidio y murmuró entre dientes:

—Siempre esta música de Beethoven me evoca a Sameri.

—¿Quién es Sameri?

El superior no contestó.

Fray Plácido, picado en su curiosidad, se encerró en la biblioteca y leyó viejísimos libros en latín hasta que dio con una explicación, que podía ser una historia o una leyenda.

Sameri se llamaba el judío que en el desierto fundió el becerro de oro adorado por los israelitas. Moisés lo condenó a peregrinar sin descanso hasta el advenimiento del Mesías, y así vivió el desventurado en Jerusalén bajo el nombre de Cartolifax, como prefecto del Pretorio cuando el proceso de Jesús.

Vio a la Madre del divino Rabí, a varios de sus discípulos y al mismo Rabí, quien le dirigió una ternísima mirada que conmovió al antiguo fundidor de metales, pero no lo convirtió. Cuando al siguiente día, el viernes de la crucifixión, hallándose a la puerta de su casa pasó Jesús ensangrentado y cubierto de sudor con la cruz a cuestas, y le pidió un sorbo de agua, Cartolifax se lo negó por no comprometerse. Y Jesús le dijo:

—¡Anda, anda, hasta que vuelvas a verme pasar!

De ese modo, según aquella historia, el infeliz Sameri andaría hasta la segunda venida de Cristo.

Fray Plácido tocó en el hombro al superior, y sucedió como la otra vez: al apagarse las notas del órgano desapareció el hombre de barbas amarillas. El fraile pensó que eso era signo de los últimos tiempos, conforme a las palabras del profeta Joel: “Los viejos tendrán visiones”. Se limitó a balbucear:

—Reverendo padre, el papa ha muerto...

Fray Simón de Samaria se levantó con presteza, y sus ojos alucinados vieron mil cosas que los ojos piadosos y opacos del viejo no verían.

Se acordó de que al futuro papa le correspondía el lema “Pastor y navegante”, es decir, que llegaría a Roma del otro lado del océano. Vio las circunstancias en que iba a realizarse su elección. Un viento de rebeldía contra la Iglesia azotaba fieramente al mundo. La barca de Pedro el pescador parecía a punto de hundirse. Una gran esperanza había en ciertas naciones católicas. En otras se alentaba la ilusión de que para salvarse era necesario aliar el espíritu del Vaticano con el de la democracia.

¿Quién sino el papa lograría hacerlo? ¿Y quién sería el papa? En otros tiempos los papas no siempre fueron elegidos de entre los cardenales; salieron del clero sin púrpura, y alguna vez, en la antigüedad, ni siquiera fueron sacerdotes, como San Fabiano, en el siglo III o Juan XX, en el siglo XI, promovidos al papado siendo laicos.

¿Quién era hacia fines del siglo la mayor figura de la Iglesia, quién gozaba de más gloria y popularidad en el mundo entero que el superior de la orden gregoriana? El superior quedó pensativo. ¿Iría a Roma, dejando aquel Buenos Aires, que le daba la impresión de un enorme desierto?

Hacia dos semanas que le había llegado un film de Juana Tabor con este melancólico mensaje:

“¡Adiós! A punto de recibir el bautismo y la comunión de manos tuyas, debo alejarme. No me pregunte adónde voy ni si volveré. Piense que soy menos que una hoja seca en alas del huracán.”

Después de tan misteriosa despedida le llegó otra laminilla. Metiéndola en su radio y escuchó lo siguiente:

“Anoche soñé con usted. Lo vi en un convento vacío. Usted fue el último en salir, y cuando salió ya era tarde.”

No bien recibió esta fonocarta, el fraile, que tenía un hangar sobre los techos del convento y en él un avión, lo puso en marcha y voló hacia Martínez.

Llegó a la hora en que el sol poniente envolvía en suntuosa y melancólica púrpura los viejos troncos, por entre los cuales había paseado tantas veces conversando con su dueña.

Los criados le dijeron que la señora se había ausentado como solía, sin avisar a nadie, en un avión especial que volaba en la estratosfera y que marchando con la velocidad de 1.200 kilómetros por hora, era capaz de dar la vuelta al mundo en menos de dos días.

No supieron informarle nada más y lo dejaron sumergido en su soledad y amargura, cerca de la ventana donde florecía aquel rosal que una vez dio rosas para su misa. No pudo resistir a la tentación de conocer el aposento de Juana Tabor, y penetró con paso de lobo. Tenía la garganta seca y el corazón palpitante.

Vio la cama de ella, de plata, con pies de ébano labrados como las patas de un chivo, y con pezuñas de rubíes conforme al ritual de la magia negra.

Y él pensó que, durmiendo allí, Juana había soñado verle abandonar un convento vacío ¡demasiado tarde! Y como un niño que pierde todo lo que lo amparaba, se arrodilló junto al lecho sollozando sobre un extremo de la blanca almohada.

A través de sus labios convulsos, escapábanse frases entrecortadas, mezcla repugnante de teología y erotismo:

—¡Oh, amor religioso y sacerdotal, fundamento de mi vida interior y apostólica! Cristo nos ama, y Él ha merecido para mí, en la cruz, el que yo pueda amarla a ella con tanta pureza, a pesar de hallarme al lado de su lecho virginal.

Lloró convulsivamente, y luego, dulcificada su congoja, se durmió con la frente en el suelo, larguísimas horas.

Volvió al convento a la madrugada del día siguiente y abrió con su llavín la pesada puerta, y nadie lo sintió. Una vez en su celda, buscó su cuadernito y llenó algunas páginas con expresiones deshilvanadas, que se referían unas al torrente que rugía en su sangre; otras, como de costumbre, al gobierno de la Iglesia.

“¡Qué jornada y que noche! Como Jacob, hasta el alba he luchado con el Ángel y he prevalecido. Ha sido una de las grandes fechas de mi vida. Los antiguos patriarcas se habrán estremecido en sus tumbas; las profecías se han cumplido. Bronce derretido corría por mis venas. ¡Oh, mi Dios! ¡Cuántos siglos han pasado sobre mí durante esas pocas horas! Vuelvo a mi celda con la conciencia tranquila, porque estas angustias físicas y morales son fecundas para la Iglesia de Jesucristo.”

Meses atrás, al confesarse con fray Plácido, éste lo había puesto en guardia precisamente contra esa mortal quietud.

—A V. R. lo tranquiliza la paz en que queda su conciencia después de estas cosas. Cree que esto es señal de que Dios aprueba su conducta. Más bien debería alarmarse de esa calma parecida a la del mar Muerto. El remordimiento y el bochorno que sentimos tras de una culpa son una gracia que el Señor concede al pecador humilde y suele negar al teólogo soberbio, que busca argumentos para justificar sus pecados. Por eso rezamos tantas veces aquel versículo

del salmo 140: “No permitas que mi corazón se deslice a palabras maliciosas buscando excusas para mis pecados: ad excusandas excusationes in peccatis.”

Desde ese día fray Simón no volvió a confesarse con fray Plácido; en vez de buscar otro confesor en alguno de los sacerdotes que vivían ocultos como en las catacumbas, acudió al obispo monseñor Bergman, antiguo fraile excomulgado que se había hecho sacerdote constitucional jurando fidelidad al gobierno anarcomarxista de Buenos Aires.

Monseñor Bergman escuchó la confesión del gregoriano y derramó sobre su conciencia el bálsamo de estas palabras:

—Dé gracias al Señor porque lo ha encontrado digno de una alianza mística. Una amistad semejante no puede existir sino con una mujer providencial y milagrosa. El corazón de vuestra paternidad es el mayor milagro de este siglo. Siga siendo sacerdote, y emplee sus fuerzas en modernizar a la Iglesia Romana para que su conciencia sea comprendida por los que ahora querrían ser sus jueces.

Fray Simón se levantó del confesionario lleno de brío y confirmado en su pasión.

Esa noche su cuadernito recibió esta confidencia:

“A pesar de cualquier cosa que ocurra, quiero permanecer siendo sacerdote de la Iglesia Católica, donde está mi grandioso destino. Nada puede conmovérme mi fe y mi amor por esta Iglesia, más grande que los que la gobiernan, más fuerte que los que la defienden, y que es dueña del porvenir aunque le arrebatén el presente.”

Y a renglón seguido, esta declaración llena de turbios anhelos:

“Juana Tabor, sin dejar de ser virgen, ha engendrado un hombre, que soy yo. Pero yo engendraré un mundo nuevo, la nueva Jerusalén de las almas, en que serán verdad las palabras del Señor: mi yugo es fácil y mi carga ligera.”

¿Qué ocupaciones eran las de Juana Tabor, que de repente la arrebataban hacia los más escondidos rincones del mundo? ¿Negocios? ¿Tal vez amores? El corazón del desventurado se encogía a este pensamiento. ¿Qué sabía él de Juana Tabor, puesto que ignoraba hasta el lugar de su nacimiento? ¿Chile, como ella afirmaba riendo, o Tartaria, como parecían denunciarlo sus ojos verdes, ligeramente oblicuos y en forma de almendras?

Se resolvió pues a irse inmediatamente a Roma, donde ya su nombre resonaba con insistencia sin que nadie supiera quién lo había lanzado.

Antes de meter en su maleta su cuaderno de apuntes escribió estas líneas:

“La Iglesia Romana es un edificio demasiado estrecho para hacer entrar en él a la humanidad; demasiado pequeño para que en él pueda caber un alma libre...”

“Nuestro amor, si lo conservamos puro, es una base de piedra en que descansará la nueva Jerusalén.

“Una gran luz práctica ha descendido hoy sobre mí.

“Siento que a pesar de todos los abusos y de todos los excesos, es en la Iglesia Católica donde debo permanecer. Solamente allí podré realizar mi obra por la Iglesia universal y por la Iglesia del porvenir. Y si el Espíritu Santo no desciende al corazón de los que han de elegir al sucesor de Pío XII, comenzaré yo solo en mí mismo el perfecto reino de Dios.”

## El Rey de Israel

Por fin Inglaterra, fatigada de su estéril mandato sobre Palestina y no habiendo logrado implantar la paz entre judíos y árabes, resolvió entregar aquellas tierras a un príncipe israelita de la estirpe de David para que se cumplieran las profecías. Y aprovechó la circunstancia de que en Apadnia, a orillas del mar Negro, en tierras compradas a Satania, habíase fundado una nueva dinastía y que un pequeño príncipe de nombre bíblico, diciéndose descendiente de David, se hacía llamar Rey de Israel y se aprestaba a conquistar la tierra prometida.

¿No era buena ocasión de abandonarle aquella tierra milenaria y dejarlo que se entendiera con los musulmanes, los seculares enemigos de la raza hebrea?

Ocupaba el trono de Inglaterra, después de la guerra civil, aquel niño nacido en Tel Aviv de madre judía y perteneciente, por su padre, a la rama de los duques de Kensington.

El parlamento inglés creyó hacer buen negocio renunciando al mandato de la Palestina, y entregó a Ciro Dan la ciudad de Jerusalén.

Pero Ciro Dan, por misteriosas razones, no sentó allí sus reales sino en Damasco, de más moderna edificación y no tan allegada al corazón de los cristianos.

Los judíos lo proclamaron su rey ebrios de orgullo mesiánico, y los árabes no osaron resistir al extraño conquistador que en una sola noche cruzó el mar Caspio y cubrió las colinas de Judea con las alas grises de diez mil aviones.

Lo más desconcertante de la aventura fue que todos sus aviadores eran ciegos.

Aquellos singulares soldados se orientaban por el oído, según la disciplina de Naboth Dan, el abuelo de Ciro, que aplicó en su ejército el invento modernísimo de sus sabios, que habían logrado comunicar los fenómenos externos directamente a los centros nerviosos del cerebro prescindiendo en absoluto de los órganos exteriores.

Aparatos eléctricos sutilísimos recogían en el exterior no solamente los sonidos sino también los colores y hasta las emanaciones que impresionan el tacto, el olfato y el gusto, y los transmitían a los nervios. Los ciegos veían, y oían los sordos, y personas privadas del tacto, del olfato o del gusto, percibían sensaciones que les llegaban por otros conductos que sus sentidos muertos.

Naboth Dan había previsto que siempre sería más fácil fanatizar a seres mutilados, para quienes los esplendores del mundo exterior no llegan sino a través de inertes mecanismos, que a hombres o mujeres normales.

Los ciegos de nacimiento serían los más feroces soldados si pudieran dirigir sus golpes o sus tiros. Eran además capaces de viajar lo mismo de día que de noche y de combatir con el sol en la cara, que ciega a los videntes.

Los sabios de Apadnia inventaron aparatos que descubrían y localizaban a larga distancia un avión, una batería o un buque, y los señalaban con toda precisión golpeando en cuerdas metálicas que arrojaban diversos sonidos.

El oído, largamente adiestrado, distinguía cada una de sus infinitas combinaciones como se distingue un la sostenido de un la natural, y el aviador ciego sabía instantáneamente qué movimiento debía ejecutar con sus pies o sus manos para apuntar sus velocísimas ametralladoras, que disparaban ondas de gran alcance y de tremenda eficacia.

Mas para tal oficio era necesario ser ciego de nacimiento o desde muy niño y poseer un oído musical sumamente sensible.

A fin de lograr lo primero, Naboth Dan mandó que de cada tres niños varones o mujeres que nacían en Apadnia, a uno se le reventaran los ojos.

La infeliz criatura empezaba desde su primera edad el terrible aprendizaje.

Sólo que en muchos casos descubriase que aquel desventurado nunca distinguiría con exactitud las complicadísimas notas, por faltarle el buen oído.

Entonces se le sacrificaba por inútil, destinándolo a los laboratorios, donde los sabios de Apadnia estudiaban sobre seres humanos problemas biológicos que en otras naciones horrorizaría estudiar aun en animales.

Cuando Naboth Dan murió, su terrible escuadra de aviadores ciegos contaba con algunos centenares de soldados. Cinco años después, su nieto Ciro Dan había logrado reunir diez mil, que se distinguían por su larga cabellera.

Apadnia, con sus treinta mil kilómetros de superficie y su millón de habitantes, dueña ahora de la Palestina, iba creciendo como el cuernito del profeta Daniel.

Los jefes de las grandes potencias, desde Otón V, señor del Santo Imperio Romano Germánico hasta Timur Khan II, emperador de Mongolia, sonrieron cuando el minúsculo rey de Apadnia emprendió su campaña.

¿Qué podían temer de aquellos diez mil aviadores ciegos, peinados como mujeres, ellos que movilizaban veinte millones de soldados con un millón de ametralladoras?

Anuncia el Apocalipsis que cuando nos acerquemos al juicio final, una estrella caída de los cielos —imagen de un apóstata— recibirá las llaves del abismo y lo abrirá y saldrá de él un humo negro y una nube de langostas con cara de hombre, cabellos de mujer y dientes de león, que harán con sus alas un estruendo parecido al de muchos carros marchando al combate.

Así, como una nube de langostas, los diez mil aviones de Ciro Dan cruzaron en un solo vuelo el desierto de Siria, la fértil Mesopotamia, el norte de Persia y hasta el mar Caspio, y fueron a posarse en las mesetas del Turquestán, casi en los confines del Imperio Mongólico; reabasteciéndose allí se apoderaron de Samarcanda, la antigua ciudad de Tamerlán.

Aquellas poblaciones antiquísimas que habían formado parte de la Rusia del zar, y que ahora ignoraban si pertenecían a Satania o a Siberia, si su señor era el siniestro hijo de Yagoda o el tártaro Kriss, acogieron al joven y hermoso guerrero como a un libertador.

Los que tuvieron la dicha de verlo, enloquecidos y subyugados lo adoraron, y los caminos se llenaron de mozos que ansiaban enrolarse en sus ejércitos.

En una sola campaña Ciro Dan agrandó veinte veces sus dominios, y reunió quinientos mil infantes en los alrededores de Samarcanda.

Desde los tiempos de Tamerlán el mundo no había visto ejemplo de semejante fortuna militar.

Los soberanos que antes sonreían empezaron a inquietarse y fundaron sus esperanzas en que el tártaro Kriss, khan de Siberia, o Tímur, emperador de Mongolia que desde Tokio dominaba la mitad del Asia, se le cruzarían en el camino y lo destruirían.

El tártaro, con su capital en Tomsk, a dos mil kilómetros de Samarcanda —es decir, a dos horas de vuelo de los aviadores de Ciro Dan— se adelantó al peligro y arrojó sobre las estepas del Turquestán a dos millones de bárbaros que comían carne cruda majada entre las caronas de sus caballos y avanzaban precedidos por cinco mil carros blindados y cuarenta mil cañones de bala azul.

Ciro Dan comprendió su inferioridad, no esperó a Kriss en Samarcanda y se alejó de sus nuevos dominios, donde en una sola noche cincuenta millones de habitantes se habían marcado en el brazo la cifra 666.

¿Los abandonaba acaso a las depredaciones de los tártaros? ¡No!

Todos recibieron orden de seguirle con sus mujeres, sus hijos y sus rebaños.

Hacia muchos siglos que el mundo no presenciaba la emigración de naciones en masa.

Las gentes se asombraron del exaltado fanatismo que Ciro Dan infundía en todos los que llevaban su marca. Ni uno solo se quejó de aquella orden; Kriss halló árido y despoblado el inmenso territorio, y después de destruir a cañonazos las desiertas ciudades, volvió —con sus carros inútiles y sus tropas fatigadas— a concentrarse en las negras tierras siberianas, donde seguiría soñando con la invasión a Europa.

Para facilitar sus conquistas, el rey de Israel se convirtió al islamismo. Ni los judíos protestaron ni los rabinos del gran kahal le arrojaron la temible excomunión del Herem. Todos adivinaron que eso no era una verdadera conversión, sino una estratagema.

A fines del siglo XX el inmenso imperio musulmán, que se extendía desde el estrecho de Gibraltar hasta el golfo de Bengala, estaba repartido en muchos estados cuyos reyes, enemigos entre sí, hallábanse a punto de guerrear para recoger la herencia del sultán Mahoma V, que iba a morir.

Murió, en efecto, cuando Ciro Dan acababa de conquistar la Persia, el Egipto y la Libia y se aproximaba a Constantinopla. Para apoderarse de ella le bastó declarar su nueva fe y enarbolar la bandera negra de Solimán el Magnífico, que tenía una media luna con éste soberbio lema en latín: *Donec impleatur* (Hasta que se complete), y al ocupar el trono de los sultanes cambió su nombre por el de Mahoma VI.

Europa entonces comprendió que el minúsculo príncipe de Apadnia en cinco o seis años se había transformado en el mayor de sus enemigos, y que si llegaba a aliarse con el bárbaro Kriss podrían entre ambos aplastar el continente europeo como una avellana bajo el taco de la bota de un mujik.

La televisión y la radio habían difundido la imagen y los discursos del misterioso conquistador, pero nadie conocía su verdadera historia.

Cuando el Apocalipsis anuncia al Anticristo, da su nombre mediante un enigma que ha torturado durante muchísimos siglos el ingenio de los intérpretes: “Quien tiene inteligencia calcule el número de la Bestia; porque es número de hombre y el número de ella es 666.”

En el siglo VIII, cuando los musulmanes aterraban a Europa, se advirtió que las letras del nombre de Mahoma en griego (idioma en que se escribió el Apocalipsis) arrojaban el asombroso número, sumando los valores aritméticos de cada una de ellas.

Otros intérpretes dijeron que significaba “El Rey de Israel” escrito en hebreo (*Ha-Melek Le Ish-Rael*) con diez letras cuyos valores sumados dan la misteriosa cifra: 666.

De esa manera Ciro Dan, Rey de Israel, una vez coronado sultán con el nombre de Mahoma VI, reunió de extraño modo las dos impresionantes interpretaciones. Cualquiera de ellas arrojaba el fatídico número, y el mundo se estremeció de espanto. ¿Era pues el Anticristo?

Una mujer que lo había buscado en Samarcanda, en El Cairo y en Damasco, y que hacía diez años volaba en una athanora de cristal acerado por todos los caminos de sus conquistas, lo alcanzó en Estambul, en el palacio de los sultanes.

Era Jezabel, la de los ojos verdes y oblicuos, hija de príncipes, nacida en una aldea birmana, que lo adoró desde el primer instante al verlo pasar en un camino de la meseta del Irán.

La revolución comunista la había arrojado de su patria, y era en todos los países una misteriosa vagabunda, cuya fortuna deslumbraba a las otras mujeres y cuya belleza cautivaba a los hombres. Un día en América; dos días después en Europa; a la semana siguiente en Asia o en África, como una golondrina, como una nube.

En cada país tenía un palacio, un nombre distinto y una leyenda inventada por sus amigos o sus enemigos. Y en todas partes buscaba el olvido y la paz para su corazón, envenenado por el amor a aquel a quien nunca más pudo volver a ver.

De tiempo en tiempo desaparecía de las ciudades donde vivía, y era que había emprendido un nuevo viaje para encontrar al que amaba su alma, a quien sólo veía en efigie por la televisión, y por quien habría desafiado al mismo Dios.

¡Dichosa de ella, si algún otro amor curaba su llaga!

Sabios de Damasco la iniciaron en la Cábala, y merced a sus secretos infernales y al dinero que gastaba sin medida, logró por fin dar con su verdadero rey.

Ya hacía tiempo que Jezabel llevaba en la frente la señal de Ciro Dan, y constantemente un pequeño instrumento de oro para marcar a los que por amor a ella consentían en aparecer esclavos de él. De ese modo, en todas partes fue haciéndole adeptos.

Ella fue la mujer vestida de blanco a quien los jenizaros el día de la coronación le abrieron paso, creyendo que la marca que llevaba, caldeándose sobre los carbones de su incensario, fuese instrumento del ceremonial. Así entró y vio por segunda vez a aquel que la había hecho renegar de Dios.

A pesar de su orgullo sin límites y de la conciencia de su misión sobrehumana, y aun sabiendo que un día la humanidad entera se postraría delante de él, Ciro Dan era hombre, y como dice el poeta, “nada humano le era extraño”.

Amó a Jezabel más que a ninguna de las otras mujeres, porque ella era en su comparación como el cedro del Líbano junto a la hierba del prado. Mas no la buscó sino para exasperar su pasión y adiestrarla en su servicio y extender su reinado en el mundo.

Púsole precio al favor de ser la primera en su corazón, y le ordenó que se alejara y difundiera el culto del 666 hasta que él la llamase.

Adonde quiera que fuese la tendría siempre cerca. A fines del siglo la distancia había sido allanada por la aviación y las ondas.

—¡Oh, mi Jezabel —díjole Ciro Dan— tú que has visto con tus hermosos ojos tártaros cuánta astucia y cuánta paciencia me cuesta conseguir una hostia consagrada para mis sacrificios! El sacrilegio aterra hasta a los incrédulos. Solamente esa pordiosera de San Pedro ha sido capaz de traerme una. Tengo muchos adeptos, pero pocos sacerdotes dispuestos a venderme a su Cristo. Los apóstatas españoles a quienes mi abuelo marcó con mi señal se han ido muriendo. No tuve ni un solo obispo que pudiera consagrar válidamente a otros sacerdotes.

—Yo te proporcionaré muchos más —prometióle ella besándole las manos.

—Necesito una orden religiosa —le dijo él—. De allí sacaré todo, sacerdotes y aun obispos.

Las órdenes religiosas eran perseguidas en casi todos los países; las que habían resistido la prueba, vivían y se santificaban en el misterio. Resultaba en extremo difícil descubrir y atraer a esos cristianos de las nuevas catacumbas, dispuestos al martirio y no a la apostasía.

Jezabel penetró en todos los centros, se ligó con los personajes más famosos y obtuvo secretos militares. Nadie logró de ella un favor.

En algunos países la creyeron espía de una gran potencia asiática. Mongolia, Siberia, tal vez Arabia o la misma Apadnia.

A tiempos desaparecía. ¿Adónde iba? ¿Quién podría seguir el rumbo de su avión, viruta de cristal acerado invisible en las nubes?

¿Cuál de sus amadores podía jactarse de conocer sus pensamientos o su vida?

En dos años, la hermosa de los ojos asiáticos no fue llamada por Ciro Dan más que tres veces para que le rindiese cuentas de su cometido. Y él la torturó con su desdén, porque nunca había cumplido su misión. Él le había dicho: “Necesito verdaderos sacerdotes que consagren hostias para mis sacrificios, y verdaderos obispos que consagren sacerdotes para mi culto. ¡Necesito una orden religiosa! ¡De allí sacaré todo!”

¡Con qué pasión y astucia se entregó la infeliz enamorada a corromper a los que el Evangelio llama la sal de la tierra!

¡Cuántas estrellas de los cielos se derrumbaron como los higos de una higuera azotada por la tempestad! En todos los climas ella tenía agentes, hombres y mujeres, que trabajaban en la destrucción de las virtudes cardinales con dos eficacísimas herramientas: la envidia y la indiferencia religiosa. Ésta, como un agua subterránea, disolvía los cimientos; aquélla, como un taladro, perforaba las murallas, y al cabo de poco tiempo todos los vientos del mundo batían y penetraban el alma, indefensa como una torre cuarteada.

La lucha era más difícil contra aquellos que se asociaban y se defendían codo con codo, unidos en una sola disciplina y con la oración en común.

Ciro Dan suspiraba por conquistar una orden religiosa: “¡De allí sacaré todo!” Y Jezabel para servirlo fomentó la difusión de los templarios e intrigó en Roma de mil maneras, para que el papa aprobara su constitución.

Un día recibió de sus espías en el Vaticano la noticia de que el Pastor Angélico se disponía a censurar la orden de los templarios por el espíritu masónico de su constitución, e iba en cambio a aprobar la de los ensacados, limosneros que hacían de la obediencia al papa su regla esencial.

Tomó su velocísimo avión con la esperanza de atajar aquellas medidas pero llegó tarde: el papa acababa de firmar ambos decretos.

Pero recibió esta mala noticia con otra que la llenó de regocijo, y que el Vaticano quiso mantener por algún tiempo en secreto: el papa había muerto.

Convenía el secreto, para que influencias profanas no intentasen perturbar la libertad de la nueva elección.

El cardenal Cafferata, el camarlengo en quien recaía la autoridad durante la sede vacante, dispuso reducir a tres los nueve días que el ceremonial prescribe para los funerales de los papas. Con esto se tardaría menos en iniciar el cónclave que habría de elegir al sucesor.

Sabíase que el emperador Otón V movería cielo y tierra para que resultara elegido un papa que consintiera en coronarle emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y en anular su matrimonio con la polaca, para que pudiera casarse con la princesa italiana Ágata.

No bien supo Jezabel la muerte del papa, voló al palacio de la joven emperatriz para envolverla en el vasto plan que su imaginación empezó a tejer.

Ágata, la tercera de las hijas del emperador Carlos Alberto, la única que había aceptado a Otón V, era ambiciosa, tenaz y depravada. Su vida era un maelstrón en que chocaban las más opuestas corrientes, desde la gracia del bautismo hasta el pecado contra el Espíritu.

Escuchó a Jezabel y entró en la empresa infernal de lograr que el cónclave eligiera a un judas.

Jezabel tenía un privilegio de que ni los ministros, ni el gran rabino, ni los generales del imperio gozaron jamás: el de penetrar en las habitaciones del sultán sin hacer antesalas.

El día de su llegada a Estambul, Ciro Dan escuchaba a un sabio de la Universidad de Bagdad, la más célebre de las universidades orientales, en que el estudio de la física intraatómica había alcanzado una incomparable perfección.

Eliphaz Ben Gazul era universalmente conocido por sus obras de matemáticas y sus inventos relativos a la atracción de la tierra.

Decía haber hallado la manera de aislar y dirigir esta fuerza misteriosa, en la forma que se aísla y dirige la electricidad, que en otros tiempos pareció a los hombres igualmente indócil y misteriosa.

De una cajita que tenía en sus manos sacó un velo resplandeciente, tan sutil que parecía un tejido de luz y púrpura.

Lo extendió; el velo quedó suspendido en el aire al igual que un humo y empezó a levantarse.

El sabio miró receloso a Jezabel, que entraba turbada como la reina Esther cuando sin ser llamada llegó al trono de Asuero. Ciro Dan le dijo unas palabras al oído y ella desapareció.

Volvieron a quedar solos el Rey de Israel y el profesor de Bagdad, y éste explicó la maravillosa invención que durante medio siglo le había preocupado.

—Todos los hilos de este velo son de fotonía, material más flexible que la seda, de una tenuidad extrema y luminosa como la propia luz, y al mismo tiempo absolutamente impermeable a los gases más imponderables, al éter mismo. Cada hilo finísimo, verdadero hilo de araña, es hueco y está lleno de nihilita, gas aislador que intercepta todas las fuerzas del universo, inclusive la que hasta ahora no se había logrado interceptar: la gravitación universal.

Ciro Dan tomó el velo, que era un tenuísimo vapor tibio, y lo redujo al hueco de una sola mano.

¡Estupendo! —dijo, y el sabio se estremeció de gozo— ¿Qué aplicación das a tu invento?

—Mira, señor —respondió Eliphaz, recogiendo el velo y envolviéndose en él—. Si yo me cubriera enteramente de la cabeza a los pies, ni la atracción de la tierra, ni la de los planetas actuarían sobre mí, y yo podría ascender en el éter hasta alturas inconcebibles, aun hasta las estrellas. Pero como soy hombre y no puedo vivir sin respirar, me limitaría a remontarme y a mantenerme en las altas capas atmosféricas. Dado que entretanto la tierra giraría bajo mis pies, doce horas después yo me encontraría suspendido exactamente en los antípodas, sin haberme movido. A las veinticuatro horas podría descender de nuevo en el preciso punto de partida. Naturalmente, debería contrarrestar los movimientos de la atmósfera o aprovecharme de ellos, como un barco compensa o utiliza las corrientes del mar.

Ciro Dan reflexionó. Cristo, el día de la Ascensión, se elevó a los cielos ante los ojos asombrados de sus discípulos, que en eso vieron un nuevo testimonio de su divinidad.

Envolviéndose en el velo de Eliphaz él podría realizar un milagro parecido y levantarse en los aires.

—¿Tu invento se halla escrito?

—Sí, mi sultán y mi rey. El verdadero secreto consiste en la preparación de la substancia aisladora, la nihilita, y la materia del velo, la fotonía. En este libro manuscrito he condensado mis estudios y mis descubrimientos.

—¿Alguien ha leído ese libro?

—Nadie, mi rey y sultán. Yo lo pongo en tus manos y te entrego mi velo; y no quiero otro premio que vivir en tu palacio sirviéndote de cerca.

—Está bien —dijo Ciro Dan.

Tenía sobre su mesa una botella de licor. Llenó un vaso y lo ofreció a Eliphaz.

—Bebe —le dijo— y quedarás para siempre en este palacio.

La gratitud brilló en los ojos del ingenuo sabio.

Con mano trémula cogió la preciosa copa que Ciro Dan le ofrecía y bebió lentamente.

—El primer sorbo es amargo —dijo— pero el último es dulce, mi sultán y mi rey.

—Sí —respondió Ciro Dan— como la muerte.

Las rodillas del viejo se doblaron y su cuerpo se desplomó a los pies de Mahoma VI, quien dueño ya del milagroso velo, no quería que nadie en el mundo conociera la superchería mediante la cual iba a remedar a Cristo.

Guardó en la caja el velo y el libro y llamó a sus criados. No podrían asombrarse éstos de retirar un cadáver, pues hallábanse acostumbrados a los envenenamientos de Ciro Dan, semejantes a los de Stalin y de Yagoda en la Rusia soviética. Silenciosamente se llevaron el cuerpo y cambiaron la copa. Entonces volvió a entrar Jezabel.

—¿Alguna buena noticia me traes, puesto que viniste sin que yo te llamara?

—El papa ha muerto —respondió Jezabel excusándose—. El Vaticano lo oculta para no dar tiempo a la intervención de las potencias en el cónclave. Dentro de unos pocos días se sabrá quién es el sucesor del Pastor Angélico.

Ciro Dan la escuchó con desdén, y ella quedó aterrada y exclamó, arrodillándose.

—¡Perdóname! ¡Ya no podía vivir sin verte!

—Estas palabras valen más que las otras —respondió Ciro Dan, acercándola a sí tiernamente—. ¿Por qué te creías que me interesaba la vida o la muerte de ese viejo vestido de blanco?

—Todos los reyes de la tierra han vivido ansiosos por comprar su voluntad, que nunca lograron vencer, y ahora quisieran que el sucesor no fuese como él.

—Así es —observó Ciro Dan— esos pobres reyes creen que manejando al papa manejarán al mundo. Ignoran que un día yo seré dueño del papa y del mundo.

—¿Tú, mi rey y mi dios? —exclamó Jezabel con amorosa inquietud—. ¿Y cuando eso ocurra qué seré yo para ti?

El joven sultán prosiguió:

—Eso está escrito en los libros santos de los cristianos. ¡Léelo tú misma!

De arriba de la mesa cogió una Biblia, abrióla hacia el fin, y le mostró dos pasajes del Apocalipsis, donde se anuncia el advenimiento y el triunfo del enemigo de Cristo:

“Y vi salir de la mar una Bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cuernos diez coronas, y sobre sus cabezas nombres de blasfemias...”

—Cuenta mis reinos —indicó él.

Y ella contó, desde Apadnia en el Cáucaso, hasta Egipto en África, y Turquía, en Europa y Asia, las diez coronas que acababa de conquistar.

—¿Y cuáles son las siete cabezas con nombres de blasfemias? —interrogó Jezabel maravillada.

—Cuenta los sistemas filosóficos que han preparado mis caminos.

Y ella contó: el paganismo, el judaísmo y el islamismo, el protestantismo, el naturalismo, el sindiosismo y finalmente la adoración del diablo, el satanismo, las siete inmensas blasfemias contra Dios y su Cristo.

—Ahora sigue leyendo ese mismo capítulo del Apocalipsis.

Jezabel leyó:

“Y le fue dada boca con que hablaba altanerías y blasfemias, y le fue dado poder de hacer aquello cuarenta y dos meses...”

“Y le fue dado que hiciese la guerra a los santos y que los venciese, y le fue dado poder sobre toda tribu y pueblo y lengua y nación. Y lo adoraron todos los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero...”

— ¡Escucha! —le dijo él, acercando sus labios a la oreja de ella como quien desea que ni siquiera el aire se entere de un secreto—. Yo quiero que todos me adoren, hasta los que están escritos en el libro del Cordero. Con tal de lograr esa derrota del Cordero, no me importa la eternidad.

—Yo te ayudaré, mi sultán. ¿Pero es posible seducir a los elegidos?

—Si conquistas para mí una orden religiosa eso lo conseguirás, porque seré dueño de los que hacen diariamente el milagro de la consagración. Y seré dueño... de un papa... Sigue leyendo y lo comprenderás.

Y Jezabel siguió delectando los insondables misterios de aquel libro anunciador de los últimos tiempos:

“Y viotra Bestia que subía de la tierra y que tenía dos cuernos semejantes a los del Cordero, mas hablaba como el Dragón...”

—¿Y éste quién será? —preguntó ella.

—Los intérpretes han reconocido que la Bestia que habla como el Dragón y que se parece al Cordero, será un papa...

—¿Un antipapa entonces?

—Así dicen ellos... —respondió sonriendo Ciro Dan—. Un papa que anunciará mi reino como un profeta.

—¿Y cuándo será eso?

—Conquistame una orden religiosa que restaure para mí el Templo de Jerusalén, y yo instalaré mi trono en el lugar santo y seré adorado hasta por los que están escritos en el Libro del Cordero.

—¿Y cuando eso ocurra, mi dios, qué será de mí? —se atre vió ella a articular, como quien pone una condición, antes de comprometerse en una tarea.

Él la atrajo sobre su pecho y la colmó de caricias.

—¿Y tú quién eres para querer saber los secretos del rey?

—Nadie, señor, pero te amo.

—¿No has comprendido que yo también te amo?

—Pero cuando seas señor de todo el mundo y te adoren los hombres y las mujeres, ¿no me desdeñarás?

—Ésta es mi contestación —le dijo Ciro Dan—. Mira.

Se abrió la túnica que cubría su pecho varonil y con una lanceta de oro se produjo una incisión e hizo saltar la sangre.

Desgarró un pañuelo de purísima batista y entregó a Jezabel el retazo con que restaño la sangre.

—Quiero —le dijo— que un sacerdote católico mezcle undía mi sangre con la sangre de Cristo.

Y luego agregó:

—Al hombre que haga eso yo lo haré elegir papa, y tú entonces serás mi dueña, ¡oh, Jezabel, mi profetisa anunciada en el Apocalipsis de Juan...!

Ella, que respiraba las palabras de Ciro Dan, le respondió:

—Mi rey y mi dios: el papa que saldrá electo del cónclave mezclará en su cáliz tu sangre con la de Cristo y será tu precursor y llenará de sacerdotes consagrados todas tus iglesias, y por su propia mano te coronará rey del mundo en el Templo de Jerusalén.

—Anda y haz como has dicho —le dijo él, besándola.